

# N O S O T R O S

---

## EN MEMORIA DE FELIPE CARRILLO

**S**ENCILLAMENTE, sin filosofía y sin literatura, como lo habría deseado Felipe Carrillo, apóstol y mártir de la justicia social, quiero asociar mi nombre a la memoria del que fué Gobernador Constitucional del Estado de Yucatán y primer mandatario socialista llevado al poder por un pueblo de nuestra América Latina. Su misma humildad me impone el deber de este homenaje, pues si tuve la dicha de ser su amigo y confidente epistolar en horas de noble inquietud para él, justo es que ahora arrime una piedra para el monumento que en breve le erigirá — no lo dudo — el pueblo entero de México. Es una fatalidad demasiado humana que todos los apóstoles de algún ideal sean fusilados por sus contemporáneos, cuando no por el plomo o el puñal, por la maledicencia o la calumnia; y es su justa recompensa la gloria póstuma, que a veces tarda, pero siempre llega, cuando el recuerdo de las virtudes se sobrepone al rencor de los que por ellas se sintieron más heridos.

\* \* \*

A principios del año 1921 recibí de México una carta de firma desconocida. Entre tantas, ésta me llamó particularmente la atención por su fervoroso idealismo y por la sencillez simpática de sus conceptos; era de un hombre bueno y soñador, apasionado por la justicia social, militante en las filas avanzadas de la Revolución Mexicana, que en esos momentos adquiría un contenido renovador con el gobierno del general Obregón. Su autor

había leído, en diarios de México, algunos escritos míos acerca de la guerra y de la honda conmoción que era su resultado natural, teniendo por expresión más visible la Revolución Rusa, tan calumniada entonces por la prensa capitalista y amarilla, como enaltecida hoy por la misma en la personalidad ya histórica de su ilustre Lenín. Muy pocos creían entonces que los derrumbadores de la oprobiosa autocracia zarista se mantuvieran en el poder contra los ataques militares y periodísticos de la nueva Santa Alianza que las potencias aliadas habían protocolizado en Versalles; el autor de la carta me expresaba su optimismo, previendo lo que hoy todos sabemos: el triunfo de los revolucionarios rusos, histórica e internacionalmente consagrado ya con el reconocimiento del Gobierno de los Soviets por todos los gobiernos de Europa.

\* \* \*

¿Quién era mi optimista corresponsal? La carta — que he perdido — traía un membrete de la Cámara de Diputados, de México, y una firma para mí nueva: “Felipe Carrillo”. Le contesté sin demora, en términos cordiales, encareciéndole me favoreciese con informaciones amplias sobre el contenido social de la revolución mexicana. Así quedó establecida mi amistad epistolar con Felipe Carrillo Puerto, mucho antes de que la política le elevara al cargo de Gobernador del Estado de Yucatán. Le envié algunos libros que podían interesarle y no pocas publicaciones que le permitieran apreciar el movimiento político e intelectual de la Argentina; me retribuyó con publicaciones mexicanas, particularmente yucatecas.

No conservo sus primeras cartas. De fecha Octubre 10 de 1921 recibí, en Diciembre, una muy extensa, en diez carillas escritas a máquina, sobre papel con membrete de la “Liga Central de Resistencia del Partido Socialista”, datada en Mérida; tan importante la consideré que, después de leerla a varios amigos, la guardé celosamente y forma la primera pieza de la *Correspondencia de Felipe Carrillo*, que en homenaje a su memoria considero mi deber publicar.

Uno de los últimos párrafos de la carta — escrita a menos

de un mes de las elecciones en el Estado — decía, como información accesoria, lo siguiente: “El Partido Socialista, que domina y dirige la opinión pública de la mayoría de Yucatán, me postula su candidato para las próximas elecciones de Gobernador Constitucional, y, en el caso de llegar al poder, procuraré por todos los medios implantar una ley semejante (de expropiación y reparto de latifundios, vigente ya en el Estado de San Luis Potosí) que beneficie prácticamente a los trabajadores del campo”.

Con una simplicidad digna de los primeros apóstoles cristianos hablaba Carrillo, en sus cartas, de política social; tenía la visión clara de los males y de los remedios, adecuada al campo de experiencia que el destino podía poner a su alcance en un momento dado. Su mucha imaginación de reformador se presentaba siempre contenida por un gran sentido práctico, surgido del contacto con la realidad social; pero nada revelaba que el deseo de acción le sugiriese ilusiones de éxito privado. En ningún momento deseó el gobierno por vanidad; sus cartas de todo hablaban, menos de eso.

\* \* \*

A principios de Diciembre llegó a Buenos Aires la carta a que hice referencia; no alcanzó a prevenirme para una sorpresa que me resultó sensacional. El 6 de Noviembre de 1921 se efectuaron en Yucatán las elecciones y con fecha 9 del mismo la agencia *All America Cables* me entregó el siguiente cablegrama: “José Ingenieros, calle de Viamonte 776, Buenos Aires, Argentina — Partido Socialista Sureste triunfó definitivamente, gobernador, diputados, ayuntamientos, con sesentamil cientoveinteysiete votos, inmensa mayoría pueblo. — Afectuosamente, el presidente — Felipe Carrillo”. La carta del 10 de Octubre, en vez del anuncio previo, me trajo un mes después la prueba del alto valor moral del hombre sencillo, llegado a la más alta magistratura de su pueblo sin dar a la cosa otra importancia que la de poder servir con más eficacia sus ideales.

Entre tanto, por amable mediación de Julio R. Barcos, había trabado amistad en ésta con el poeta Antonio Mediz Bolio, distinguido intelectual y simpática persona, que era Secretario

de la Legación de México y provisionalmente Encargado de Negocios, desde la muerte de Amado Nervo. Por feliz coincidencia era Médiz Bolio nativo de Yucatán y amigo de Carrillo; me dió las más claras explicaciones sobre el contenido social de la Revolución Mexicana y sobre la organización sindical de la clase obrera de Yucatán. Pero, más que todo, me interesaron sus referencias sobre la personalidad de Felipe Carrillo, que en su verba expresiva y calurosa me pintó como el apóstol de las masas agrarias de Yucatán, que tenía el don de predicarles el advenimiento de la justicia social en el propio idioma de los Mayas. De aquellas conversaciones con Médiz Bolio — a que asistieron Muzio Sáenz Peña, Martínez Cuitiño, Coronado, Giusti, Icasate, Bianchi, Orzábal, Gómez, Cisneros, Bermann, Ponce, Méndez Calzada, Barcos, Peña, Del Mazo, Castiñeiras, P. López Buchardo, Pezzi, Moreau, Julio González, Vrillaud, Palcos, y otros amigos que olvido — adquirimos todos la convicción de que Felipe Carrillo era, por su fé y por su voluntad, capaz de afrontar con éxito las graves responsabilidades que el Gobierno le impondría.

\* \* \*

Telegrafíe de inmediato a Carrillo. Cuando llegó su carta, escrita antes de las elecciones, resolví esperar alguna posterior, para contestarle extensamente. Una fechada a 15 de Noviembre, nueve días después de electo, no comienza comentando el suceso, sino hablando de la necesidad de combatir el analfabetismo de las masas, como primordial labor de toda acción civilizadora. Y más adelante, en un párrafo único, dice con encantadora naturalidad: “El día 6 del mes en curso verificáronse en este Estado las elecciones para elegir Poderes. En el certamen democrático contendieron los dos Partidos que en el seno de toda sociedad dispútanse la primacía política: el conservador, con el nombre de Liberal Yucateca, y el revolucionario, con el nombre de Partido Socialista del Sureste. Este último, que me hizo la honra insignie de postularme para la primera magistratura del Estado, triunfó en las elecciones, por una inmensa mayoría, quedando consagrada políticamente la fuerza democrática de las masas organizadas de los trabajadores de la comarca. Mi preocupación

mayor consiste en el modo cómo podré resolver, en su debida oportunidad, los grandes problemas que, dentro de la relatividad ordinaria de las cosas, se ofrecerán, sin duda, en el periodo de mi gobierno”.

Carrillo me pedía pareceres y me invitaba a hacer un viaje hasta Yucatán. Estuve indeciso sobre lo que podría aconsejarle o prometerle. En Marzo recibí otras cartas, que contesté someramente, y con fecha 1º de Junio de 1922 le remití una más extensa, cuyo contenido podré intercalar entre las de Carrillo, por haberse publicado en todos los diarios yucatecos partidarios de Felipe. Tengo motivos para creer que esa carta, por su oportunidad, significó un gran apoyo moral para el nuevo gobernador, acosado ya por la oposición de viejos politiqueros tan hábiles como inmorales.

\* \* \*

Aunque mis relaciones con los grandes diarios de ésta eran francamente incordiales, desde que en 1919 sus propietarios se asociaron para combatir toda corriente de ideas renovadoras, hice en torno de Carrillo y de su orientación política alguna propaganda eficaz, no sin rememorar que en el experimento de Yucatán revivían los célebres proyectos de enfiteusis agraria que honran a nuestro genial Rivadavia.

Con fidelidad recíproca mantuvimos, con Carrillo, una correspondencia muy interesante, que de año en año aumentó mi afectuosa simpatía por el abnegado gobernador yucateca. Tuve testimonio de su reciprocidad por intermedio del amigo Alfredo L. Palacios, que visitó Yucatán en 1923, trayendo de Carrillo y de su obra las más gratas impresiones. No ocultaré la satisfacción con que el 1.º de Abril recibí el siguiente cable: “Después conferencia de Palacios, que le recordó cariñosamente, el pueblo aclamó su nombre. Afectuosamente, Felipe Carrillo”.

A su regreso, Palacios puso en mis manos un precioso bastón de carey que lleva grabado en su escudo el testimonio de simpatía del partido presidido por Carrillo; lo conservaré como prueba de afecto del hombre bueno que así retribuyó mis pobres obsequios de libros.

Las últimas cartas tuyas que he podido encontrar son de Abril y Junio de 1923, posteriores al viaje de Palacios. Le escribí por última vez en Noviembre, ya en plena revolución huerista; supongo que esa misiva no llegó a su poder.

\* \* \*

Releyendo las cartas de Carrillo, confirmadas por las publicaciones de la prensa yucateca, amiga y adversaria, se llega a la conclusión forzosa de que su labor representa el primer ensayo de gobierno socialista en la América Latina, tipificando con líneas más firmes el sentido general de la política mexicana. Sería injusto olvidar que en la gran nación hermana esa política no es nueva. Durante las presidencias de Madero y de Carranza se insinuaron claramente las tendencias que se han acentuado en la de Obregón; en los poderosos núcleos del movimiento laborista mexicano se recuerda actualmente a Zapata como un precursor y en varios estados se han puesto en práctica leyes agrarias tan radicales como las ensayadas por Carrillo en Yucatán. Más todavía; es forzoso reconocer que en Yucatán mismo, el gobierno del general Alvarado, definió su tendencia teórica en el mismo sentido, aunque no logró darle vida en el terreno de las realizaciones prácticas.

Estas consideraciones obligan a pensar que la inclinación hacia el socialismo agrario no es, en México, el resultado de una ideología doctrinaria que intenta violentar la realidad social, sino que emerge de las condiciones mismas de esa realidad, a punto de que cualquiera otra política resultaría allí inadecuada a las necesidades efectivas de la casi totalidad del pueblo mexicano. Así se comprende que casi todos los líderes del movimiento sean hombres salidos de las mismas filas populares, verdaderos portavoces del "hambre de tierra" en que la población agraria ha vivido durante el régimen de acaparamiento feudal que siguió al coloniaje español.

País esencialmente agrario, como muchos de nuestra América Latina, su socialismo ha brotado como una reivindicación de la tierra por la masa nativa, despojada por acaparadores latifundistas; su semejanza con el problema de Rusia es grandísima y

la visión realista del remedio no es otra que la señalada hace un siglo en la Argentina por Rivadavia.

En su organización y estructura el socialismo de México tiene un carácter marcadamente sindicalista, que es el propio y típico del movimiento obrero mientras las reivindicaciones sociales no son desplazadas por las necesidades de una acción política que, en muchos casos, acaba por hacer primar los medios sobre las fines. En sus últimos documentos la organización capital de las fuerzas políticas obreras usa el nombre de "Partido Laborista Mexicano".

\* \* \*

En el caso particular de Yucatán se mantienen las mismas características. Las primeras cartas de Carrillo, anteriores a su ascensión al gobierno, traen el membrete: "Liga Central de Resistencia del Partido Socialista", al que se agrega poco después: "del Sureste. Adherido a la Confederación Regional Obrera Mexicana". El lema es siempre "Tierra y Libertad", seguido de tres declaraciones que definen su programa de acción social (1).

(1) "CÓDIGO DEL TRABAJO VIGENTE EN YUCATÁN

"Trabajo diurno: Jornada máxima, 8 horas. Ordinaria, 6 horas.

Trabajo nocturno: Jornada máxima, 7 horas. Ordinaria, 5 horas.

Art. 2. — Todos los hombres tienen derecho de coaligarse en defensa de sus intereses, formando Ligas de Resistencia.

Art. 15. — Los trabajadores tienen derecho de modificar sus contratos con respecto a los salarios, cada vez que los artículos de primera necesidad suban de precio o por cualquier circunstancia se les encarezca la vida.

Art. 67. — La semana es obligatoriamente inglesa.

"ACUERDOS DE LA TERCERA INTERNACIONAL

"La clase obrera sin un partido político organizado, no es sino un cuerpo sin cabeza.

La idea de no adhesión al Partido Socialista, como principio, está cultivada hábilmente entre los obreros por la burguesía y sus acólitos, con el fin de alejar a los proletarios de una lucha organizada para el socialismo.

Toda lucha de clases es una lucha política; el fin de esa lucha que se transforma inevitablemente en guerra civil, es la conquista del poder político.

El poder político sólo puede ser adquirido, organizado y dirigido por un partido político. Y cuando el proletariado se organice en partido político, la conquista del poder público no será episodio accidental, sino punto de partida para la continuación comunista.

Considero inútil entrar en explicaciones. Por mi parte, requerido mi consejo al respecto por Carrillo, recuerdo haberle recomendado que, aun manteniendo la más completa solidaridad moral con la Revolución Rusa, no convenía adherir a la Tercera Internacional ni ligarse al Partido Comunista, aunque descartando toda vinculación con la Segunda Internacional y con los socialistas amarillos que servían los intereses de las potencias aliadas, esencialmente reaccionarios en esa época.

También le expuse la necesidad de adaptar la acción de su partido al medio en que actuaba, recordándole que la fuerza más grande de los revolucionarios rusos ha sido el profundo carácter nacionalista de su obra, felizmente acentuado por las invasiones de aventureros militares pagados por las potencias aliadas.

No le oculté la ventaja de dar un carácter latino-americano al movimiento, por considerar que nuestros países están en la situación de "estados proletarios" frente al capitalismo imperialista de Estados Unidos, que representa el único peligro común para la independencia de nuestros pueblos. El diario *El Popular*, de Mérida, al reproducir mi carta a Carrillo, interpretó mi pensa-

La necesidad de un partido político del proletariado no desaparece más que con la desaparición total de las clases.

Con el fin de sostener y dirigir con éxito la guerra de clases, el Partido debe crear, en el interior de sus filas, un orden militar férreo.

La Internacional Comunista confirma de la manera más categórica, como crimen contra el movimiento obrero, todo cisma o tentativa de cisma en el interior de los partidos políticos proletarios.

La dictadura del proletariado, llevará la reforma social para el bienestar del pueblo.

Es necesario que los trabajadores que vayan al poder, se instruyan para organizar y dirigir el poder político en beneficio de las clases proletarias.

#### "LEMAS:

"Haz lo posible de emanciparte de los amos, porque de Dios con sólo instruirte lo consigues.

Instruir al pueblo para su defensa en sustitución del ejército, es acabar con las tiranías.

Trabaja para ti, no dejes que otro explote tu trabajo.

El derecho y el deber son dos líneas paralelas.

La administración de la tierra y de los instrumentos de trabajo por los trabajadores, solucionará el problema económico social.

Unanse los trabajadores y los intelectuales de buena voluntad para llegar al fin deseado. El gran Anatole France está dando el ejemplo.

Si cobras el precio de tu trabajo, haz trabajo bueno.

Todos los ligados deben portar sus contraseñas en todas las fiestas que celebren las Ligas de Resistencia."

miento al ponerle como título: "Un gobierno socialista resulta el más leal y sincero defensor de los intereses nacionales".

Le expuse, en fin, mi opinión sobre la absoluta necesidad de asegurar equitativas indemnizaciones a todos los latifundistas cuyos bienes fuesen legalmente declarados de utilidad pública, pues toda forma de expropiación no indemnizada, además de injusta, resulta nociva por las formidables resistencias que levanta contra el gobierno que la efectúa.

Debieron coincidir mis opiniones con las propias de Carrillo, pues todas ellas primaron en la práctica.

\* \* \*

La obra realizada por Carrillo en sus dos años de gobierno respondió completamente a lo que sus lejanos amigos esperábamos de él; está relatada en sus cartas y documentada en publicaciones oficiales, que demuestran su desvelo primordial por la solución del problema agrario y por el desarrollo de la educación pública.

Desde el primer momento gozó del más alto concepto moral en todo México. Excelentes referencias de su gobierno me dió José Vasconcelos, en su breve estancia de 1922 en Buenos Aires; pocos meses después visitó a Carrillo en Yucatán, para asesorarle en sus iniciativas relacionadas con la instrucción pública. Debo declarar, sin ambages, que mi amistad con Carrillo fué un factor decisivo de los conceptos de simpatía política por la Revolución Mexicana, enunciados en mi discurso al ofrecer a Vasconcelos el banquete de los intelectuales argentinos, auspiciado por la revista NOSOTROS. Si en algo estimaron los mexicanos mis palabras, sepan que fué Carrillo uno de sus involuntarios inspiradores.

Poco después de Vasconcelos estuvo en Buenos Aires el ministro de México en Chile, Trejo y Lerdo de Tejada, hombre de inteligencia vivaz y de acción eficacísima, de quien obtuve nuevas y precisas informaciones sobre los ideales de la revolución mexicana; de sus labios escuché elogios entusiastas de Felipe Carrillo, de su sinceridad ideológica, de su capacidad como organizador. Todos los informes, que por diversos conductos me llega-

ban, coincidían en agrandar la figura del apóstol del socialismo agrario, por cuya labor llegué a sentir, además de simpático interés, una respetuosa admiración.

\* \* \*

No habiéndole conocido personalmente, me es imposible dar una impresión sobre su persona y su carácter. De un artículo de Carlos Loveira, reproducido en *Renovación*, de Buenos Aires, en Abril de 1923, transcribo las siguientes líneas expresivas:

“Felipe Carrillo, actual Gobernador de Yucatán, es hombre de cuarenta y ocho años. Alto, fornido, de aspecto saludable y mirada inteligente, toda su figura dimana fuerte influencia simpática. Por la consecuencia inalterable con que vive su socialismo, aun en las facetas de la moral personal que practica, contrariando valientemente rutinas y preocupaciones, y por el aislamiento de toda seducción social en que se mantiene, da influyente ejemplo disciplinario a sus colaboradores y prosélitos; por sus continuados y fervorosos esfuerzos en pro de la emancipación moral, material e intelectual de los indios, a precio de la miseria propia y de los suyos, de persecuciones y destierros en los años de opresión y tiranía más o menos disfrazadas: con Díaz, con Madero y con Huerta; porque, hoy, sin marearse con las alturas del poder, sigue pasando la mayor parte de su tiempo entre su gente de los pueblos y las haciendas, procurando mejorar sus condiciones en todos los órdenes; porque como en épocas anteriores y según va dicho, se pone siempre en contacto con los suyos en la lengua de los mayas, que habla con fluidez y casi con la pureza primitiva, en pláticas fraternales, apostólicas, mientras vive las costumbres sencillas de la raza; por todas estas sugestivas razones, los indios le idolatran con invulnerable fervor, dándole un poder social que le hará, indefinidamente, en tanto no se rinda ni violenta o dolorosamente le rindan los adversarios o las malas compañías, factor decisivo e imprescindible en todo movimiento político en el Estado de Yucatán”.

\* \* \*

Carrillo tuvo, entre otros méritos, el de no olvidar en el gobierno los principios que profesara en el llano. En el Congreso

Obrero celebrado en la ciudad de Izamal, presidido por él como Gobernador, se le aclamó Presidente del Partido Socialista del Sureste y se trataron los temas siguientes:

I. — Medidas que deben tomarse para asegurar la fidelidad de los socios y de las Ligas de Resistencia del Estado al credo socialista.

II. — Conveniencia de establecer el Consejo Federal de las Ligas de Resistencia e integrarlo con representantes de ellas que no sean funcionarios públicos.

III. — Acordar que los representantes políticos de las Ligas de Resistencia en el Congreso del Estado se opongan a la reelección de funcionarios, no aprobando credenciales de compañeros que se reelijan.

IV. — Fijar las cualidades sociales que deben reunir los candidatos a funcionarios públicos y las que deben reunir los representantes de las Ligas en el Consejo Federal.

V. — Fijar los preceptos de moral societaria que deben imperar en las Ligas de Resistencia del Partido Socialista.

VI. — Medios que deben emplear las Ligas para arbitrarse fondos y proporcionar los suficientes a la Liga Central o al Consejo Federal para su vida económica, no olvidando sobre este punto lo acordado en el Congreso Obrero de Motul.

VII. — Determinar las finalidades comunistas, que desde el punto de vista agrario, industrial y económico, deben perseguir las Ligas de Resistencia.

VIII. — Estudiar y fijar los medios para que la riqueza agrícola e industrial del Estado vaya pasando a manos de las Ligas de Resistencia hasta controlarla en su totalidad.

IX. — Procurar entretanto se realiza lo anterior, que el Gobierno socialice los servicios públicos, desempeñados ahora por empresas privadas, como tranvías, luz y fuerza eléctrica, etc.

X. — Fijar el tiempo que deben durar en sus funciones el Presidente del Partido Socialista y los componentes del Consejo Federal de las Ligas.

XI. — Conveniencia de evitar que los socialistas se *autopostulen* para los puestos públicos, y establecer para lograrlo las sanciones correspondientes.

XII. — Constituir la Federación de las Ligas del Partido Socialista del Sureste y las del Partido Socialista Agrario de Campeche.

XIII. — Medidas tendientes a levantar el nivel económico y con éste el nivel moral e intelectual de los socialistas.

XIV. — ¿El Partido Socialista del Sureste debe o no debe adherirse a la Tercera Internacional de Moscú?

El Congreso no se adhirió a la Tercera Internacional de Moscú, por entender que era más amplio y abierto a las aspiraciones de "la revolución que hoy impera en la tierra", declarar enfáticamente "estar de acuerdo con todos los movimientos encaminados a la transformación social del mundo".

El primer acuerdo recaído sobre el Tema VIII, dice:

"Debe prevenirse a los Gobernadores de los Estados que envíen a sus respectivos Congresos Locales un Proyecto de Ley, tendiente a obtener las siguientes facultades ejecutivas: a) para adquirir propiedades rústicas e industriales con sus respectivos medios de explotación; b) para ponerlas bajo la administración de las Ligas de Resistencia, o para enajenarlas a las mismas gratuitamente; y c) para que sean explotadas por los trabajadores."

Por último, el Tema IX promovió este acuerdo:

"1.º — El Ayuntamiento de Mérida, y los ayuntamientos restantes, deben presentar una iniciativa al Congreso Local, con el objeto de que éste ordene la expropiación por causa de utilidad pública, de los servicios públicos aludidos; asimismo solicitarán autorización para contratar los empréstitos con el fin de indemnizar a los propietarios de dichos servicios."

Carrillo y sus amigos, en el gobierno, fueron fieles a sus ideales y principios de renovación social. Ignoro las tachas que les harían sus adversarios; la única que nadie pudo hacerles, seguramente, fué la de inconsecuencia entre las predicaciones del apostolado y la obra ejecutiva del poder.

\* \* \*

Carrillo, como toda la izquierda de los mexicanos solidarios con el presidente Obregón, era partidario de la candidatura presidencial del general Plutarco Elías Calles, cuya popularidad entre el pueblo trabajador de México era inmensa. El triunfo de su candidatura se descontaba por una mayoría enorme, abrumadora. Así me lo ratificó en Buenos Aires, a principios del año 1923, el diputado obrero mexicano Ezequiel Salcedo, con quien hicimos mucha amistad en pocos días; Salcedo pertenecía al grupo de Carrillo y supo ilustrarme con rara sagacidad sobre la situación de los núcleos políticos en vísperas de la elección presidencial. Su impresión era definitiva: Calles o nadie.

El periódico *Renovación*, de Buenos Aires, que se había ocupado varias veces de Carrillo y su gobierno, publicó el manifiesto de Calles al aceptar su candidatura presidencial; basta leer ese documento para comprender lo que significaban las palabras: Calles o nadie.

\* \* \*

Adolfo de la Huerta, agente financiero en continuo trato con los yanquis y ministro de hacienda de Obregón, fué el personaje escogido por los conservadores mexicanos para obstruir la candidatura de Calles. Era De la Huerta "socialista amarillo", habituado al trato social con los pelucones de México y con los capitalistas norteamericanos; su candidatura, opuesta a la de Calles, era una de las habituales maniobras jesuíticas que los

políticos desleales suelen emplear contra sus adversarios más firmes. La candidatura de De la Huerta, hombre del partido gobernante, mereció el apoyo de todos sus enemigos internos y externos, asumiendo los caracteres de una simple traición.

Al verse desamparado por su propio partido, que prefería sin disputa a Calles, se lanzó De la Huerta a la guerra civil, contando con el apoyo de todos los elementos conservadores que estaban afligidos por las tendencias laboristas de Obregón. ¡La guerra civil! Todos los pueblos de la América Latina han conocido sus horrores y saben que hay siempre una multitud de caciques descontentos que la desean, para medrar mejor.

En México fué terrible esta vez, como otras. El cuartel general de De la Huerta estaba en Veracruz. La península de Yucatán, casi separada del Centro mexicano por su posición geográfica, permanecía ajena a la guerra civil, aunque el gobierno de Felipe Carrillo estaba con Obregón. Un día las fuerzas nacionales con residencia en Mérida recibieron orden de marchar sobre las fuerzas huertistas. Salieron en tren y a poco andar se produjo una sublevación. fué apresado el jefe y las fuerzas volvieron sobre Mérida para ocuparla en nombre de De la Huerta, el 13 de Diciembre de 1923.

Fué cuestión de horas, de momentos. Carrillo y sus amigos, sin fuerza armada que pudiera servir a su defensa, desde que la sublevada era la propia, abandonaron la ciudad. Cruzaron muchas leguas; al fin fueron alcanzados y el Gobernador volvió a Mérida prisionero, alojándosele en la cárcel.

\* \* \*

Habia asumido el gobierno de Yucatán el jefe de los sublevados, coronel Ricárdez Broca. Con los medios de fuerza que son de presumir y con bandos amenazadores de muerte que hemos leído, el bárbaro coronel logró contener la indignación casi unánime que causara el encarcelamiento de Carrillo. Pero, a pesar de todo, la protesta crecía en torno de los sublevados, pues el simple anuncio de que Carrillo estaba preso conmovía de uno a otro extremo a la población agraria de Yucatán. Corrían sordos rumores de alzamiento popular general contra los huertistas y el

coronel Ricárdez Broca tuvo la sensación evidente de que aquella marejada creciente acabaría por ahogarle, con todos sus parciales.

Obtuso de inteligencia y salvaje de corazón, acaso asesorado por algunos periodistas locales que combatieran antes a Carrillo, el coronel Ricárdez Broca creyó salvar su situación haciendo asesinar al apóstol que desde su prisión no podía comunicarse con ningún amigo.

El 2 de Enero de 1924, con pretextos fútiles, el coronel Ricárdez Broca dispuso un simulacro de Consejo de Guerra contra Felipe Carrillo, sus hermanos Benjamín, Wilfrido y Edesio, el presidente municipal Licenciado Manuel Berzunza y otros detenidos, todos civiles. En pocas horas se tramitó la innoble farsa y el 3 de Enero, al amanecer, Carrillo y sus compañeros fueron fusilados frente al muro del Cementerio de Mérida, que guarda los restos del poeta argentino Martín Goicoechea Menéndez, honrados por un hermoso monumento erigido a su memoria por los intelectuales yucatecas.

\* \* \*

Cuando el telégrafo anunció, en tres líneas, que el gobernador de Yucatán había sido fusilado por los reaccionarios huertistas, mi primera impresión de congoja fué atenuada por la incredulidad. Desde la guerra europea es tan grande la inmoralidad de las agencias noticiosas y telegráficas, así como de toda la prensa política conservadora, que me resistí a creer; no en vano, durante seis años, lo habían fusilado cien veces a Lenín y cincuenta a Trotsky. ¿Cómo es posible, me decía, que se mande fusilar a un prisionero civil inerme, que está en la imposibilidad de constituir un peligro para un gobierno militar de hecho? Se puede fusilar a quien conspira o se alza a mano armada contra una autoridad; pero así, a sangre fría, sacar de su celda a un hombre cuyo único delito es haber sido Gobernador y mandarlo fusilar parodiando en pocas horas la ceremonia de un Consejo de Guerra, no podía ser, era absurdo.

¡No era absurdo! En la prensa de Yucatán leímos la confirmación de lo que parecía imposible. Pocos días después reci-

bíamos el manifiesto de protesta del Partido Laborista Mexicano, firmado por el diputado Luis N. Morones. ¡Había que creer!

\* \* \*

Vencido al poco tiempo el alzamiento reaccionario, los sublevados huertistas se escaparon de Mérida llevando en la frente el ignominioso baldón de un crimen irreparable. Las fuerzas de Obregón entraron en su reemplazo y el clamor general del pueblo de Yucatán se oyó unánime en loor de Felipe Carrillo. Los diversos núcleos políticos que aspiran a sucederle invocan su memoria y prometen continuar su programa; el pueblo acude en compungidas procesiones a cubrir de ofrendas florales su tumba; sus mismos enemigos de ayer le entonan cínicas loas que pretenden ser homenajes de justicia póstuma. Seis meses después de su asesinato Felipe Carrillo es venerado por el pueblo de Yucatán, y de México entero, como un mártir de sus ideales.

La correspondencia de Felipe Carrillo, que considero necesario publicar, contiene la expresión viva y palpitante de su pensamiento político, unida a la inquieta emoción que acompaña al hombre de lucha cuando el destino le pone en situación de realizar el gran experimento de convertir sus sueños en realidad. Sus cartas, sin agregar ni suprimir una coma, dicen todo lo que anhelaba, todo lo que alcanzó a hacer, todo lo que habría tentado si la villanía de un coronel no hubiese tronchado en flor su noble apostolado social (1).

\* \* \*

Tengo noticia de que el diputado laborista Luis N. Morones, de acuerdo con las organizaciones obreras mexicanas, iniciará una suscripción nacional para levantar una estatua a Felipe Carrillo en una de las plazas de la ciudad de México. Creo que muy pronto tendrá también un monumento en Yucatán, que será en el porvenir un símbolo de redención para la raza Maya, que tanto amó y por cuyo enaltecimiento luchó sin descanso; pues fué, en su medio, el hombre representativo de una palingenesia social,

---

(1) En el próximo número publicaremos esa correspondencia, interesante documento de información histórica. — N. DE LA D.

como Dantón en Francia, Garibaldi en Italia, Moreno en la Argentina y Lenin en Rusia.

Con estas páginas de evocación, escritas sencillamente, como él las hubiera deseado, quiero señalar a la nueva generación de la América Latina esta figura de precursor humilde, más digna de recuerdo continental que muchos políticos cuya personalidad se encumbra sobre la tiranía política, la guerra civil o la injusticia social. Miro como un honor el asociar mi nombre a los homenajes que el pueblo de Yucatán tributa ya a la memoria de su apóstol y mártir.

Cuando allí se erija su monumento, cerca del que los intelectuales yucatecos levantaron a mi querido amigo de juventud, el poeta Martín Goycochea Menéndez, es mi deseo que en el pedestal pueda leerse el testimonio de mi solidaridad moral, expresado en la más sencilla placa: "A Felipe Carrillo, su amigo, José Ingenieros". Sé que si en alguna noche de luna pudiera su sombra levantarse para tomar fé de la lealtad sentimental, esas palabras le arrancarían la misma lágrima conmovida que sentí caer sobre mi mejilla cuando leí la noticia de su fusilamiento.

JOSÉ INGENIEROS.

Junio 25 de 1924.

## A LEOPOLDO DIAZ

**D**ULCE Leopoldo Díaz, el de las rimas pálidas  
Que son como del arte nativo las crisálidas  
Que sueñan con la hora de despertar en luz:  
Hoy que a la patria llegas cual extraño Romero,  
La efusión cariñosa de mis endechas, quiero  
Regar en tu sendero de trayectoria azul.

*Ambos, ayer, efebos de la castalía fronda,  
Recogimos el lauro o surcamos la onda  
Cristalina, que a Delos no nos quiso llevar;  
Hoy, miramos la puesta del sol, no ya muy lejos,  
Y en las vislumbres pálidas y en los yertos reflejos  
Nuestros encantos viejos pálidas flores dan...*

*Tu talega, es seguro, viene plena de estrellas.  
¡Cuánto gustar quisiera, yo, de tus flores bellas  
Que vírgenes doncellas sacerdotisas son,  
En esta paz amable de mi tranquilo techo  
Dónde la envidia nunca llegó, donde el despecho  
Se ha quedado a la puerta como hiena en furor!*

*¿Descansar no quisieras de tu patria argentina  
En esta real comarca, y en esta paz divina  
Donde enseñó a Obligado el Boyero a cantar?  
Aquí con los Recuerdos se vive y la Belleza;  
El día entre bondades y dulce encanto, empieza;  
Y en gracia y en nobleza se hunde en la inmensidad.*

*El Paraná de diario da su lección austera  
De pasar resignado... y la verde pradera  
Su fulgurar de glorias deja desvanecer...*

*Los bosques se resignan a ver caer sus días;  
Que aquí saben las almas soltar sus alegrías,  
Flores de breves días que deshójanse en Bien!*

*Todo es aquí sereno en la paz resignada.  
Ven Poeta Castalio; aquí no hallarás nada  
Que turbe ni un momento tu lírico fervor...  
Recordarás los hielos y los fiordos lejanos,  
Y entibiadas de nuevo ya tus divinas manos  
Pulsarás los lejanos sueños de tu canción.*

*Ven a ver a este viejo que niño se conserva.  
Oírás se aman las cosas, verás se une la hierba:  
Te confiarán los prados llanto y besos de azul;  
Y las rudas pasiones vueltas flores de campo  
En vez de rayos de odio sonreirán con lampo  
De una alta indiferencia, rayana ya en virtud!*

*Del Paraguay estuoso mi casa está en camino.  
He soñado tus sueños y seguí tu destino  
Y quisiera unas tardes ver tu fulgor febril:  
Ha de ser melancólica tu visión de la vida;  
Y tu votiva lámpara, también siempre encendida,  
Me recuerda la vida que yo siempre viví.*

*Yo te debo visita: mas mi suerte me obliga  
A quedar siempre en falla con la nobleza amiga  
Que canta como canto y ama con mi querer!  
Muchos me lo perdonan y me dan su cariño:  
Me saben, aunque viejo, cándido como un niño,  
Y quieren su cariño reposar en mi sien.*

*¡Ven también, tú, querido poeta! Rívarola  
Me prometió vendría; y aun la casa sola  
Lo espera, como un nido que esperara al zorzal.  
Han cantado su nombre todas las altas torres,  
No quiero que sus ondas tú con tus ondas borres  
Sino que de las torres redobles tú el vibrar.*

*¡Adiós! Fuera esta carta de largura infinita.  
Yo mismo me asustara cuando la viera escrita  
Y más que el largo viaje te fatigara a tí.  
¿Será un sueño, que vengas, como el de Rivarola?  
Su pendón nuevamente, sin embargo, tremola  
El mástil de homenajes que anuncia tu venir.*

*Adiós de todos modos. Se me corrió la pluma.  
Hace seis lustros quisete, y aun hoy te quiero, en suma,  
Por que te sueño dulce, como en la juventud.  
Me acuerdo de Benigno, me acuerdo de la infancia,  
Y un vislumbre exquisito y una santa fragancia  
Has traído a mi estancia con tus recuerdos, tú.*

*No me suelta la pluma que mi recuerdo escancia.  
Aun te veo armonioso, joven, y tu elegancia  
De fibra y pensamiento me entibia el corazón:  
Sueño dices de nuevo tus vibrantes sonetos;  
Siento que intercambiamos los fervores discretos.  
Y tus sueños secretos refrescan mi frescor.*

*Mis estrofas sencillas que con la resonancia  
De cariños pretéritos aun emiten fragancia  
Y que el afecto antiguo nos remanecerán,  
Te ofrecen esta casa de armonías poblada,  
Y aquella vieja y noble mano firme y honrada  
Que armoniosas y honradas manos quiere estrechar.*

*¡No hay medio que yo suelte la pluma parlanchina!  
Rafael; tú; Martinto; Lussich! la edad divina!  
Rubén; el Ateneo; la Belleza, y la Luz!  
La genitiva fuerza y el ensueño fecundo!  
Toda un alba de glorias! Todo un sentir de mundo  
Poderoso y jocundo me has remozado tú!*

FRANCISCO SOTO Y CALVO.

"El Paraiso".

## ERNESTO QUESADA

(A propósito de su libro: "La Epoca de Rosas")

### I

LA erudición profunda y minuciosa, maciza y segura, no ha tenido ni tiene muchos devotos fervorosos en la América de nuestra stirpe. En el pasado, la historia literaria apenas nos recuerda, entre muchedumbre abigarrada de metrificadores fáciles, de prosistas vacuos, de tribunos vocingleros, de pensadores simiescos y livianos, a Bello, López, Lastarria, Barros Arana, Gutiérrez, Vicente Quesada, Andrés Lamas, Rufino Cuervo, y algún otro, que fueron poseedores de verdadera ciencia, soberanos absolutos de alguna rama del saber, maestros resplandecientes en los temas que se propusieron desarrollar, espíritus diamantinos que trazaron una ruta de luz, y que legaron, a la posteridad, un valor esencial para la vida de los pueblos y la felicidad de los individuos: la cultura sazónada y densa. Y, en los tiempos que corren, son pocos los americanos que llegan al dominio integral de alguna materia. Los sabios, aquí, son raros y andan solos. Las universidades no forman especialistas ni crean vocaciones hondas para el estudio intenso. Los institutos de investigación científica, las academias, los ateneos, vegetan paupérrimamente, sin agitar jamás un problema sustantivo y vital. Apenas hay dos o tres entidades argentinas que han empezado a rectificar la manera antigua y a caracterizar su acción docente. Y la multitud no sigue a los solitarios de gabinete, no cree en la eficacia del trabajo lento para la producción de la obra sólida y perdurable. Los nuevos aman el oropel del aplauso fácil de la mayoría inepta, pues, no saben de la satisfacción interior de quienes, después de limar fuertemente un pensa-

miento o de revisar centenares de manuscritos, logran agregar una verdad inesperada al acervo ideológico legado por sus mayores. El diletantismo, la vaguedad, el "poco más o menos", de que hablaba Bunge, son los vicios capitales de la literatura de América. La universalidad, — que en algún caso excepcional puede ser plausible, — genera, ordinariamente, lo común y vacío, lo menguado y pueril. Y lo fundamental e inaplazable es crear cultura americana, ciencia y arte autónomos; abandonar las superficies y penetrar en las realidades profundas, donde vive lo original y desconocido, lo jugoso y fecundo. Deslindar los dominios del saber y especializarse en alguno de ellos a fin de producir aquella cultura y alcanzar esa autonomía, es el camino claro que señalan, a la juventud, los más graves profesores de americanismo en la hora que pasa. La minuciosa investigación histórica, filológica, literaria, es, entre otros, uno de los medios para evitar el verbalismo y la superficialidad. Y, también, para crear un racional amor al terruño y a sus tradiciones legítimas y sanas, sin ninguna prevención contra los extraños, abandonando el concepto, anacrónico y negativo, de la patria armada y en pie, siempre inquieta por los avances civilizadores de sus hermanos. Pues de los hechos del pasado pueden extraerse, cuando para ello se tienen las aptitudes primarias, ansias de reconstrucción y motivos de esperanza, lecciones pródidas y ejemplos de eficacia indudable. Porque, según la precisa frase de Renán: "Tous les siècles d'une nation sont les feuillets d'un même livre" (1). Y corregir o afirmar, ahora, la labor social e intelectual de quienes ya hicieron el camino de la vida, dejando un surco en la historia, es colaborar, eficazmente, en la obra del porvenir.

Por otra parte, la creación de una cultura americana, peculiar y distinta, traerá como consecuencia la formación de la conciencia americana, del rasgo diferencial del alma del Continente. Por eso, pues, la enseñanza, la legislación, la propaganda política, la acción de los directores espirituales, deben dirigirse a plasmar ese signo característico del futuro. Seleccionar y asi-

---

(1) ERNEST RENAN: *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*, pág. XXI. (Calman-Levy, París, 1913).

milar la inmigración que llega de los cuatro puntos del horizonte, y convertir a la que hoy es sociedad aluviónica y movable en conglomerado homogéneo y definido, es un corolario innegable y forzoso, también, para alcanzar aquel resultado.

\* \* \*

Tales son los problemas, hondos y vivos, que ha analizado, con agudeza extraordinaria, el doctor Ernesto Quesada, en su enjundiosa y vastísima producción jurídica, histórica, sociológica, crítica y literaria. Y es por eso que Ernesto Quesada es hoy la más alta afirmación de cultura en América. Ha dedicado al trabajo su vida, — una vida, en verdad admirable, de estudio serio, continuo, luminoso; de una absoluta sinceridad; de tolerancia comprensiva; de admiración entusiasta y pronta, — y ha conseguido adquirir una erudición prodigiosa en varias ciencias. De éstas conoce hasta los más insignificantes detalles, hasta las reconditeces más nimias y lejanas, pues, sólo viéndolo todo en determinado orden de conocimientos se puede poseer un concepto integral de la verdad que de él depende. Empero, no carece de la visión amplia y total que permite hacer síntesis apretadas y precisas, o señalar las soluciones ideales que surgen del fondo de los temas que preocupan su atención, porque, como ya lo observó Mariano de Vedia, es la suya “una erudición al servicio de un talento”. De una laboriosidad asombrosa y con una memoria de las más felices y seguras, todo le es posible abarcar, siendo por ello que está al tanto de todo el movimiento intelectual contemporáneo, y que ha penetrado, con ardor de fiebre, en tierras jamás holladas por publicistas de América. Escribe con *manera* propia, justificándose así, como antes, la observación de Taine: “*L'art d'écrire n'est que l'art de penser, et, pour bien dire, il suffit avoir beaucoup réfléchi*”. (1) Y su estilo literario, transparente y limpio de lugares comunes; no del todo castizo, — la pureza absoluta del idioma es prurito trivial de académicos, — no siempre exacto y justo; compuesto de frases naturales y claras, que dejan al pensamiento su libertad y amplitud originarias; formado de palabras simples y vivas, ni abstractas ni téc-

(1) H. TAINE: *Essai sur Tite Live*, (Hachette, 1910), pág. 193.

nicas, algunas pintorescas y vulgares; a veces revelador de premura excesiva en la ejecución, se caracteriza, también, por la longitud de los períodos, la densidad de las frases y la permanente vibración de los vocablos. Pues, Quesada tiene un alma y la sabe volcar sobre las blancas cuartillas que cubre con su ciencia.

Ernesto Quesada continúa con brillo, pues, la obra múltiple, varía y jugosa de su ilustre padre, don Vicente G. Quesada, que fué ayer una de las grandes mentalidades argentinas.

Tiene una concepción nítida de la eficacia de los valores espirituales en la vida de la sociedad, y, por eso, ha sido maestro. No ha actuado en la vida política activa más que por breves períodos, pero ello se debe más que a escepticismo o a retraimiento egoísta, a la ausencia de partidos con concretos programas ideológicos, donde pudiera servir doctrinas limpias y saludables, libres de las sugerencias interesadas de intonsos caudillejos y ajenos a las veleidades posibilistas de caciques aldeanos (1). Em-

---

(1) En *La evolución social argentina*, Quesada ha escrito una página que me parece explica el motivo de su retraimiento de la vida política. Dice así: "...nuestros gobiernos, tanto de orden municipal como provincial o nacional, parecen el patrimonio de una determinada minoría — los *polititians*, verdadera chafalonía de estadistas—, que se dedica a la política como otras clases sociales se aplican a la agricultura, ganadería, industria, comercio, etc.; la vida pública, con su complicado cuadro de elecciones, cuerpos colegiados y gobiernos, queda así entregada a un reducido grupo, que a las veces no hace novedad en el carácter genérico de la sociabilidad de antes, es decir, que constituye una clase determinada, tironeada por la influencia de tales o cuales personalidades, afecta todavía a las chirinadas, y, si bien suprimiendo la faz sangrienta del análogo fenómeno anterior y sin volver a las mismas herejías, tiene grande parentesco y afinidad con una segunda época de caciquismo amortiguado. Poco a poco esa sombra del antiguo sistema va trocándose en el *bass* de lugarejo o de barrio, que se ocupa de las masas de votantes, sacude su indiferencia, las hace concurrir a los comicios, y mistifica deliberadamente la opinión pública, convirtiéndose así en empresario electoral, lo que le da influencia decisiva en las antecámaras de los gobiernos y de las legislaturas, de lo cual se sigue gran pérdida de la paz y no poca legislación interesada, acordando granjerías más o menos censurables. Cuando el espíritu público doble su fuerza, sacudiendo de sí el polvo de la pereza, y las clases sociales trabajadoras hayan pasado este primer estadio de la formación de la riqueza, comenzarán todos los habitantes del país a preocuparse de la cosa común, aquella espina les punzará y podrán entonces formarse partidos políticos doctrinarios, con propósitos impersonales, e irán todos a votar para llevar a los parlamentos los candidatos que representen la ejecución del respectivo programa. Aun no pisa por los umbrales de ese estadio; todavía el anterior se encuentra en plena evolución y no es fácil prever cuando llegarán las cosas al fin: *natura non facit saltum*".

pero, su gesto permanente ha sido el de marcar un camino a su pueblo. Así lo revelan muchas de sus producciones más medulosas. En su estudio, *La evolución social argentina*, traza un programa de acción que, a pesar de su brevedad, lleva gérmenes de pensamientos interesantes. “Para cumplir nuestro *destino manifiesto*, — dice ahí, — necesitamos *pax multa* con todo el mundo y prestar atención exclusivamente a nuestro desenvolvimiento, sin entrometernos en el de los demás: en este punto se suma y comprende todo, de modo que nuestra política internacional tiene que ser pacifista, prescindente, amiga de todos, pero sin veleidad imperialista, pues cuadra con su condición e inclinación la británica *splendid isolation*. Necesitamos trabajar y que nos dejen trabajar; nuestra evolución social requiere todavía un siglo para adquirir contornos definitivos y, por más que por el hilo se saca el ovillo, no cabe prever ni adivinar cuál será el tipo argentino futuro, sea en lo físico o en lo mental, en lo nacional o en lo mundial; por ahora, sólo concierta con esto el dedicarnos exclusivamente a explotar nuestras riquezas, pues ya se ve el trabajo que cuesta y el tiempo que lleva; a poblar nuestro suelo; a fusionar nuestra población; a formar el alma nacional; a organizar un gran país del porvenir, creando *ante omnia* una administración modelo por su honradez y preparación técnica, y adaptando la república a sus exigencias futuras en obras públicas e instituciones: en una palabra, mostrándonos firmes en la fe y eficaces en las obras”.

Los problemas económicos y financieros también han inquietado a Quesada. Sus estudios sobre “Las finanzas municipales”, la “Reorganización del sistema rentístico federal — El impuesto sobre la renta”, “La deuda argentina: su unificación”, demuestran la veracidad de ese aserto. Y alternando con tal labor ha publicado libros sobre las otras materias de su especialidad, no sabiendo el observador de su obra quién es más grande en él, si el historiógrafo, el juriconsulto, el sociólogo, el profesor o el crítico, pues, todo lo realiza con la misma maestría, idéntica honradez, igual conciencia de la necesidad de agotar el tema que desarrolla, semejante austeridad mental. Por ello este autor tan fecundo, — 146 volúmenes han salido de su pluma, — no aplaude

a los que conciben sin dolor y escriben con espontaneidad (1). Y si bien, como dijo Remy de Gourmont, "*dans un état social extrêmement démocratique, on est porté à mesurer et à peser, plutôt qu'à juger*", (2) Quesada no se ha contaminado con la moda y ha detenido su atención sólo ante quienes traducen una forma superior de belleza o sacrifican en el altar del bien y de la verdad. Eso explica que no haya ejercido la crítica negativa. Renan, que fué maestro suyo, expresó, en un libro admirable: "No se debe nunca escribir sino sobre lo que se ama. El olvido y el silencio son el castigo que se inflige a lo que se ha encontrado feo o común, en el paso al través de la vida". (3) Y si, en países de literatura rudimentaria, es tarea sana la de probar que ciertos libros difundidos están ayunos de méritos superiores, a fin de atenuar el daño que causan entre quienes los leen, — lo mismo que es necesario siempre combatir los ajenos errores y las extrañas tergiversaciones para que no suplanten a la verdad, — no puede emplearse, licitamente, el venablo intoxicado o la sátira maligna contra los que ejecutan noble labor o enfocan, de manera distinta a la común, problemas fundamentales. Por eso el pensamiento de Renan es sólo parcialmente cierto. La crítica, empero, en su acepción más alta, es análisis de ideas más que observación de detalles, aunque éstos no deben pasar inadvertidos para el comentarista. Y así procede Quesada, bien que empleando su soberbia erudición y aguda perspicacia para iluminar el contenido vertebral de la obra que estudia. "En vez de émulo en-

(1) En el opúsculo: "ERNESTO QUESADA: *Un Hombre de Letras Argentino: Angel de Estrada*, (Buenos Aires, 1917), pág. 9, dice: "...sólo los muy ilusos o los muy malévolos pueden decir osadamente y a boca llena que se concibe sin dolor y se produce sin esfuerzo: cabalmente el secreto del arte está en regalar con esa ilusión los ojos del lector, pero no llegan tales descos al fin que se proponen sino mediante una previa y hercúlea tarca de benedictino laico, y de ocupar todo el tiempo y su fuerza en erudición honda y probada. Y en esto consiste, cabalmente, la difícil facilidad de un autor: no a todos es dado el ostentarla. Por cierto, cuando el andamiaje del edificio se retira sólo se admira la construcción misma, pero cada libro digno de elogio representa una exuberante labor oculta, y antes de llegar los originales a manos del cajista posiblemente han sido rehechos un sinnúmero de veces, pulidos y retocados para reparar los descuidos de la pluma".

(2) REMY DE GOURMONT: *Promenades Littéraires*, (París, 1919), pág. 50.

(3) RENAN, op. y ed. citadas, pág. VIII y IX.

vidioso, han dicho a propósito de una producción suya, es nuncio de los méritos de sus compañeros; y lejos de derribarlos a golpes, les empuja y anima para que se levanten más y más". Y él mismo, en un denso y sentido opúsculo sobre Bunge, recuerda estas palabras de aquel robusto pensador: "Decíame discreta y bien intencionadamente alguna vez, que siempre le había repugnado esa triste tarea de cunuco intelectual, que se goza de ver caído al prójimo y se entristece de verle ensalzado, buscando derribar a los demás en la errada creencia de que le hacen sombra y que es menester mordiscar a diestra y siniestra para que resulte un claro y pueda entonces destacarse la figura de pigmeo de quien así procede: es la hidrofobia de la impotencia — exclamaba — y denota verdadera inferioridad mental el recurrir a semejante procedimiento, aisladamente o en "patota" más o menos numerosa, teniendo a los demás por blanco de los venenosos tiros de sus lenguas..." (1).

Tales son los postulados directores de la crítica de Quesada. Por eso sus estudios se leen con placer y aprovechamiento, tanto cuando escribe sobre Carlos Guido y Spano o sobre Ortega y Munilla como cuando analiza "El criollismo en la literatura argentina" o "El problema del idioma nacional". Angel de Estrada, el artista magnífico, el poeta y prosador exquisitos, el "profesor de idealismo", el erudito profundo, el ateniense en el verbo y en el espíritu, recibió de Quesada la consagración de un consciente homenaje, que fué palabra de justicia y de desagravio en tierras que no lo admiraron todo lo que mereció. Y Alberto del Solar, Manuel F. Mantilla, Rafael Obligado, Martín García Merrou, han tenido en él, entre otros, un comentarista sincero y honrado, efusivo y cordial.

La cuestión universitaria ha inquietado, asimismo, hondamente a este escritor consagrado a la enseñanza. Y su producción sobre asuntos de esa índole es muy vasta y de clara orientación. "La crisis universitaria", "Los sistemas de promoción en la universidad de Londres", "La enseñanza de la historia en las universidades alemanas", "La formación del profesorado secundario", "El ideal universitario", "La universidad y la patria",

---

(1) ERNESTO QUESADA: *La psicología de Carlos Octavio Bunge*. (Buenos Aires, 1918), pág. 5.

son los títulos de algunas de esas obras. Su aspiración universitaria está concretada en estos principios cardinales: autonomía técnica y económica de las universidades y enseñanza especulativa. "Las universidades, dice, no deben ser escuelas administrativas al servicio del criterio variable de los ministros en lo relativo a la preparación profesional: no existen para el gobierno sino para la ciencia y sólo se orientan de acuerdo con ésta, transformándose como la misma lo indique, sin tutela oficial, pues conviene que el estado deje a la ciencia que se desenvuelva sola y que sus hombres representativos la encarrilen como correspondía"... "Y sin que las universidades disfruten de vida económica propia no será posible independizarlas de cualquier medida gubernativa que eventualmente modifique sus tendencias, trunque su enseñanza, suprima sus cátedras, o cambie su orientación imponiéndoles planes de estudio distintos de los que considere más acertados, o las someta a la camisa de fuerza de un régimen docente que no le ha sido siquiera pasado en consulta"... "Hay error al considerar que la misión primordial de la universidad debe ser la de formar profesionales prácticos; no: debe impartir la cultura científica desinteresada, sin limitarla a la idoneidad requerida para el ejercicio profesional. La investigación y el método científico han de ser el objetivo universitario y no las bolillas de los programas profesionales: de lo contrario se excluye todo lo que se conceptúa noción teórica innecesaria y superflua, para no admitir sino lo que tiene una finalidad práctica y responde a una aplicación profesional... La libertad de aprender para los estudiantes debe ser un hecho y sólo será posible con el criterio de la universidad como templo de ciencia y no como taller de practicones: una instrucción superior con exclusiva finalidad práctica y profesional es un atraso verdadero, pues es la cultura científica desinteresada — sin exclusivo objetivo utilitario — lo que constituye la esencia de una universidad, cuyas aulas deben ocuparse de estudios culturales netamente tales, y no de la aplicación inmediata profesional de los conocimientos que se enseñen con finalidad práctica *pro pane lucrando*" (1). "Los anfiteatros

---

(1) ERNESTO QUESADA: *El Ideal Universitario*, (Buenos Aires, 1918), págs. 14, 22, 34, 35, 36.

universitarios tienen que ser laboratorios de vida: la ciencia en ellos cultivada debe ser real, positiva, vibrante, adherida a los fenómenos de la existencia diaria; los libros son, sin duda, indispensables, pero tan sólo como elemento coadyuvante, pues la observación directa y la personalísima meditación del maestro resultan imprescindibles para extender, virtualmente, los fenómenos sociales sobre la mesa de trabajo y disecarlos a la vista de los estudiantes... Espíritu crítico, en grado máximo, es lo que la ciencia exige en maestros y discípulos: horror le causa el respeto supersticioso por el texto *ne varictur* o el dogmatismo de una cátedra que reemplaza el razonamiento convincente con la afirmación rotunda del *magister*"... (1).

La universidad ideal para Quesada es la de tipo alemán, donde se hace vida académica perfecta, investigando con fervor y en la más absoluta disciplina científica todos los que concurren a los claustros, pues, se estudia para aprender, sin ningún otro obojetivo ni propósito. En su libro *La enseñanza de la historia en las universidades alemanas*, trata a fondo el problema. Y por eso es ésta una obra inquietante para todos los que se detienen a pensar esos asuntos vitales. Se agitan allí cuestiones substantivas y eternamente debatidas en las más sabias y prestigiosas cátedras de Europa y se sugiere a la América romántica una ruta científica nueva para penetrar en los arcanos del pasado. Libro renovador, enseña a desdeñar las afirmaciones perentorias y las prematuras síntesis; opone a la vaguedad de las improvisaciones agresivas la justeza matemática en los hechos y en las consecuencias; predica la renunciación del patriotismo vacío y trivial, y propicia una severa entonación nacionalista en los programas universitarios.

Tal obra forma un volumen de más de 1300 páginas cargadas de erudición fatigante y cabal, pero es de un fuerte interés para todos los que sienten atracción por los estudios de esa índole. Fruto de una inteligente y minuciosa investigación en 22 universidades de Alemania, donde el autor asistió a centenares de clases y discutió ideas y sistemas con los más ilustres profesores

---

(1) E. QUESADA: *La enseñanza de la historia en las universidades alemanas*. (La Plata. Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, 1910), págs. XIX y XX.

de la materia en aquel país, ese libro está repleto de notas personalísimas y de enorme utilidad, singularmente porque no existe en idioma alguno otro de similar enjundia y amplitud.

Resumiendo la impresión que deja en su espíritu la enorme variedad de los cursos históricos en las diversas universidades alemanas, dice Quesada: "Todas las manifestaciones del pasado sirven de materia a cursos de historia, distinguiéndose el amplio criterio de la historia de la civilización aplicado a las fases política, social, económica, religiosa, literaria, artística y filosófica, en cada pueblo o época. La proliferación de cursos, mayor en las grandes universidades que en las pequeñas, muestra cuál es la tendencia de la época, qué es lo que ésta exige, qué le interesa y qué ocupa la actividad del cuerpo docente, constituido por todos los sabios del país: es decir, por los que dedican su vida al estudio, a la enseñanza y a la producción intelectual. La metodología y la crítica, — severamente científica, — lo mismo se aplican a la historia eclesiástica, que a la de cualquier institución jurídica, a la historia política o social de un país, o una época, a su literatura, a su arte, a su filosofía. Se parte siempre de la fuente histórica, del documento de primera mano: se le interpreta a la luz de la filología y de las disciplinas auxiliares de la historia; se le compara con todos los trabajos análogos existentes; se practica, en una palabra, una investigación admirablemente meticulosa, antes de formular conclusión alguna. De ahí que cada docente circunscriba cada vez más el campo de su enseñanza, porque debe dominarlo a fondo; por eso ya no se usan los cursos generales y enciclopédicos: cada uno estudia su capítulo, por más que suceda con frecuencia que varios trabajan simultáneamente el mismo rincón" (1).

A ese procedimiento de pedagogía histórica, indudablemente serio y proficuo, de una gran eficacia para formar investigadores de primer orden y sabios de cultura profunda, le formula Quesada dos objeciones fundamentales. La primera se basa en el excesivo predominio que se concede a la historia alemana sobre la del resto del mundo, como si la de éste careciera de importancia o fuera un asunto secundario y banal. Por eso, apenas figuran la

---

(1) E. QUESADA: *La enseñanza de la historia*, etc., págs. 543 y 544.

de Oriente, América y África entre las materias enseñadas, y la de los mismos pueblos de Europa se estudia sólo en aquellos episodios que han tenido relación con la existencia de Alemania. Este método produce una visión parcial y, desde luego, errónea, del universo; pero sugiere el concepto de la grandeza de la nacionalidad que tan fuertemente conmueve a los espíritus germánicos y que se concreta y define, con precisión admirable, en el verso de la canción patriótica: *Deutschland über alles*. La segunda objeción esencial de Quesada ataca la tendencia a la investigación microscópica que caracteriza a aquella enseñanza. De tal método extrae el profesor argentino una consecuencia pesimista, que traduce así: . . . “en el aula, los profesores explican apenas capítulos de historia, y lo hacen con un lujo tal de detalles que se pierde de vista el resto de la historia, sea nacional o universal; en el seminario, se embarcan en investigaciones de puntos tan secundarios, que el estudiante no alcanza frecuentemente su conexión con el resto de la historia, y su horizonte se limita de tal modo, que investiga por investigar y no por aprender historia. He salido de muchos cursos con un sentimiento de verdadero desconsuelo, admirando la enorme y benedictina tarea, la conciencia perfecta y la ciencia soberana, con que ha practicado su estudio el profesor, pero explicándome cómo el estudiante que no piense en dedicar su vida a ser profesor de historia resulta desconcertado, pues aprende a iluminar un rincón perdido del inmenso cuadro de la historia, pero nada ve, ni sospecha, ni adivina, del resto, a cuyo respecto queda como ciego: de modo que, al abandonar la universidad, manifiesta a las veces, ante las cosas más relativamente triviales de la historia, la misma ingenua sorpresa de quien, tras largo encierro en cuarto oscuro, sale por vez primera a la luz” . . . (1). De ese afán de fijar permanentemente la atención en acontecimientos pequeños e insignificantes, de esa tendencia a contemplar sólo lo infinitesimal, descuidando el estudio integral de los periodos y las épocas, surge la imposibilidad para agitar ideas generales y observar la vida de la humanidad en su sucesivo desenvolvimiento, dando a la historia una orientación sociológica. Por eso dice Quesada que a esa enseñanza

---

(1) E. QUESADA: *La enseñanza de la historia*, etc., pág. 880.

le falta espíritu filosófico y que no proporciona elementos para desarrollarlo en el investigador.

Esas dos observaciones a la pedagogía de la historia en Alemania no impiden, empero, que Quesada aconseje, con las debidas variaciones de ambiente, la implantación en la Argentina de un procedimiento similar para las investigaciones del pasado de su tierra natal. El libro formula un programa de labor. El análisis y la crítica tienen en él, pues, un sentido constructivo.

\* \* \*

El criterio histórico de Quesada es claro: la historia es una ciencia perfecta que debe tener un acentuado carácter sociológico. Por eso predica la supresión de la historia superficial, "que hoy repite lo que los otros dijeron, con prejuicios estrechos de raza o de partido, creyendo que hay hasta conveniencia en mistificar lo pasado, deformándolo para servir a propósitos mezquinos de secta o bandería, y que prefiere el diletantismo declamatorio y pedante a la indagación paciente, minuciosa e imparcial"... (1). Y refiriéndose a su país, escribe esta página, que también aclara su pensamiento en la cuestión: "La historia argentina está todavía en pañales, a pesar de los trabajos admirables de algunos de nuestros escritores nacionales. De ahí la necesidad de estudiarla a la luz de archivos inéditos, tarea que es verdaderamente patriótica; y aún cuando la crítica histórica así ejercida corre peligro de ser a su vez corregida por nuevos documentos, el hecho sólo de provocar ulterior esclarecimiento bastaría para justificar plenamente a aquélla, sobre todo cuando la guía solo el amor altivo de la verdad y el celo de un patriotismo que consideraría menguado el mantener en las páginas de nuestra historia cualquier apreciación acerca de sucesos o de hombres, que resulte errada, — por más que ella pueda halagar la vanidad mal entendida de los que creen que no deben considerarse a los personajes o a los hechos del pasado sino de una manera grandilocuente, y no como en realidad han sido, esto es, con las luces y las sombras de todo lo que es humano. La leyenda sólo puede practicarse y respetarse cuando se refiere a las épocas heroicas o a las

---

(1) E. QUESADA: *La enseñanza de la historia*, etc., pág 1146.

cuales no alcanza el microscopio de la historia, pero tratándose de un pasado reciente y cuando los que en él actuaron solo ayer han muerto, sería vano y pueril empeño querer mantener una concepción errada respecto de hombres o de sucesos, siendo así que es posible y fácil investigar y demostrar su verdadero carácter. En esas condiciones, la pretendida leyenda sería una mistificación. Si héroes tenemos en nuestra corta historia, aquel carácter debe basarse en la severa verdad: querer cimentarlo sobre el falseamiento de la misma o sobre la injusticia para con algunos cometida, deprimiendo a unos para ensalzar a otros, es tarea vana que no resistirá al examen. Menguada sería la teoría que pretendiera sustraer lo que se ha dado en llamar nuestra tradición nacional, al análisis que permiten las fuentes de información de la historia. Se honran las glorias patrias haciéndolas pasar por el crisol del análisis, y se deprimen, por el contrario, cuando se las quiere sustraer al mismo, como si se tuviese el temor de que salgan depuradas o modificadas. La piedad por nuestros antepasados y el respeto por nuestros héroes se aquilata haciendo brillar sus méritos verdaderos, y no empañando sus figuras históricas con relumbrones de oropel. La justicia y la verdad deben ser la única norma de los estudios históricos" (1).

Esa orientación absolutamente científica de la historia que sostiene Quesada en la teoría y que poseen sus libros, es la única que da motivo y fundamento a los estudios de tal materia. Pues, sin severo y minucioso examen de las fuentes, sin prolija crítica de los documentos, sin criterio desapasionado y objetivo, sin el deseo ferviente de decir la verdad, sin el ansia de agregar una cifra nueva al acervo de cultura heredado, ¿qué es la historia? Una fábula desdeñable, un cúmulo informe de hechos inexpresivos, una leyenda sin contenido sustancial y sin fuerza emotiva. "La historia es un arte, dice Taine, es cierto, pero es también una ciencia; pide al escritor inspiración, pero le pide también reflexión; si tiene por obrera a la imaginación creadora, tiene por instrumentos la crítica prudente y la generalización circunspecta; es preciso que sus pinturas sean tan vivas como las de la poesía,

---

(1) ERNESTO QUESADA: *La Época de Rosas*, (Arnoldo Moen, editor. Buenos Aires, 1898), págs. 359, 360, 361.

pero es menester que su estilo sea tan exacto, sus divisiones tan señaladas, sus leyes tan probadas como las de la historia natural" (1). Por el historiador debe limitarse a la profunda averiguación de los hechos, al conocimiento de lo que ellos llevan en sí, del momento en que ocurrieron, de las psicologías de quienes en ellos actuaron, a recoger todo lo verdadero, nada más que lo verdadero, sin preocuparse de predicar la virtud, sin pretender superiorizar a sus contemporáneos, ni indicar actitudes. Su tarea termina ahí y su obra tendrá, por tanto, carácter sociológico. Los moralistas, los filósofos, disertarán sobre el cuadro que él trazó con absoluta veracidad, con total imparcialidad de criterio.

El desconocimiento de estos principios, que llamaré vertebrales, ha hecho que muchos libros de historia escritos en América tengan un carácter proselitista y polémico, y estén repletos de deformaciones caricaturescas de la verdad. Síntesis fundadas en documentos dudosos o falsos, hechas antes de que se agotara la investigación del tema que explican, esas obras carecen de valor científico y dejan los problemas en el mismo estado en que los encontraron, sin poder cimentar, por la ausencia de exactitud en los hechos y sus detalles, ninguna apreciable observación sociológica o filosófica. Pero la misma posibilidad de deducir leyes de los acontecimientos históricos es un asunto que inquieta a muchos espíritus selectos de estos tiempos. La que ayer pareció premisa indiscutible e intocable es atacada hoy por eminentes especialistas en historia. Xenopol, por ejemplo, en un libro que constituye una verdadera peripecia intelectual, niega que se puedan formular tales leyes históricas. Para él, "los hechos históricos, es decir, los hechos sucesivos del espíritu, no son nunca generales en el sentido de la universalidad; su extensión está limitada a un espacio y a un tiempo. Jamás podríamos remontarnos en historia de un caso singular a todos los de la misma especie. de lo que ha ocurrido una vez a lo que ocurrirá siempre". (2) Piensa que los hechos se producen por la acción permanente de

---

(1) H. TAINE: *Essais de critique et d'histoire*, (Hachette et Cie. Paris), pág. 95.

(2) A. D. XENOPOL: *Teoría de la Historia*, segunda edición de *Los principios fundamentales de la Historia*. (Daniel Jerro. Madrid. 1911), pág. 534.

las leyes psicológicas, pero el hecho individual histórico es siempre único y particular. De ahí que la historia sea, según su opinión, “un encadenamiento de hechos singulares que no se producen más que una vez en el transcurso del tiempo y que jamás se reproducen de una manera idéntica”. La historia es, pues, para Xenopol, una ciencia de sucesión que no puede, como las de repetición, formular leyes de predicción del futuro.

Altamira, con su gran sagacidad, ha formulado una objeción estimable a esa teoría. “La doctrina de Xenopol, dice, es, sin duda alguna, errónea por exagerada, pues no hace falta que los hechos obedezcan a leyes *fatales* para que tengan su ley dentro de la indefinida posibilidad de formas en el hacer libre (relativamente libre) del hombre; aparte de que sea o no posible reducir a unidad la aparente diversidad de los hechos cumplidos, cuyo particularismo ofusca a Xenopol haciendo que se cumpla no poco de aquella sentencia según la cual “los árboles no dejan ver el bosque”. Pero hay un fondo de verdad en esta doctrina, o por lo menos (para no ser dogmáticos), representa el sentido hoy dominante entre los veraderos sabios”... (1) Y más adelante agrega: “El historiador es, en efecto, como el naturalista: un observador, un puro testigo de los hechos, que unas veces ve por sí propio (restos de lo pasado, fuentes directas), otras por mediación de un testimonio ajeno, que necesita depurar antes de utilizarlo. La averiguación de la ley de los hechos tiene que ser, para él, un resultado exclusivo de la observación misma, y no es legítima en la ciencia histórica, sino a título de *hipótesis* (puro andamio de la investigación futura), toda otra deducción” (2).

Ese problema de la posibilidad de deducir leyes de los hechos históricos, estudiado con alguna detención, deja la duda de si el hombre llegará a resolverlo alguna vez, si no es superior a los medios humanos de conocimiento, si no será baldío gastar energías y tiempo en procurar solucionarlo. Pero lo real es que aún dentro de la posibilidad de que exista la filosofía de la historia, — la circunstancia de que no se haya llegado a la solución

---

(1) RAFAEL ALTAMIRA: *Cuestiones modernas de Historia*, (Daniel Jorro, Madrid, 1904), pág. 9.

(2) RAFAEL ALTAMIRA: Obra citada, pág. 10.

clara de la ecuación no es suficiente para negar la existencia de la filosofía de la historia, — ésta no puede fundarse si no sobre el conocimiento hondo y extenso de los hechos, pues, cualquier realización filosófica cimentada en asuntos de veracidad discutible o incompleta será débil y expuesta a sucumbir bajo la acción del menor análisis. Por eso dice Altamira: “Lo que importa es que nuestro saber de los hombres y de las sociedades de los tiempos pasados llegue a ser — mediante el riguroso empleo de los métodos críticos de investigación — tan seguro como el saber de los hechos naturales; aunque ni unos ni otros entreguen al observador, ni al experimentador, el total de su rico y (hoy por hoy, al menos) misterioso contenido” (1).

De manera, pues, que en América antes de formular síntesis incompletas y, por tanto, inexactas, es fundamental emprender el estudio profundo y acabado de la historia, agotar los elementos de archivos ricos y someterlos a la crítica externa, realizar la empresa de acumular y clasificar los papeles históricos, y, principalmente, trabajar con total buena fe, sin prejuicios ni apasionamientos, sin la vanidad de haber dicho la última palabra en materia que, como verdadera ciencia, está siempre expuesta a rectificaciones. Por eso ha dicho Menéndez y Pelayo, con su gran conciencia y probidad: “La Historia no se escribe para gente frívola y casquivana, y el primer deber de todo historiador honrado es ahondar en la investigación cuanto se pueda, no desdeñar ningún documento y corregirse a sí mismo cuantas veces sea menester. La exactitud es una forma de probidad literaria y debe extenderse a los más nimios pormenores, pues, ¿cómo ha de tener probidad en lo grande el que se muestra olvidadizo y negligente en lo pequeño? Nadie es responsable de las equivocaciones involuntarias; pero no merece nombre de escritor formal quien deja subsistir a sabiendas un yerro, por leve que parezca” (2).

Expuestos esos principios primarios que rigen el estudio de la historia, cabe preguntar: ¿Es Quesada un historiador en la verdadera acepción del vocablo? ¿Está su obra por encima de

---

(1) RAFAEL ALTAMIRA: Obra citada, pág. 135.

(2) M. MENÉNDEZ Y PELAYO: *Historia de los heterodoxos españoles*, (Madrid, 1911), t. I, pág. 10.

las mistificaciones y de las insuficiencias que anulan el mérito de las producciones en esa disciplina? ¿Tienen sus libros verdadero acento científico? La respuesta a tales preguntas no puede sugerir dudas a quienes conozcan la labor de Quesada. Es un historiador. Lo es, porque llega, por su erudición asombrosa, a las fuentes incorruptibles de los sucesos; porque no deja de examinar ningún documento, moderno o antiguo, completo o mutilado; porque conserva un criterio objetivo, sereno e imparcial, ante los textos; porque posee la aptitud de hacer análisis y síntesis de épocas e ideas; porque descubre y siente, al través de códices inertes, los odios, los intereses, las inquietudes, los desfallecimientos, las almas; porque traza cuadros admirables, cargados de emoción y graficismo; porque tiene visión histórica, extensa y profunda; porque comprende el pasado con una admirable agilidad de espíritu, situándose en el período que estudia. Empero, no ha realizado aún la vasta obra orgánica, el libro que abarque toda una época y la haga revivir y estremecer al calor de la evocación científica y artística. Mas, ello se debe a la necesidad en que se ha visto de indagar acontecimientos sobre los que no se había realizado ningún serio estudio anterior; de trabajar en períodos vírgenes para la historia, entre un cúmulo contradictorio de testimonios públicos o privados, a fin de descubrir la verdad, aclarando definitivamente asuntos falseados por la improvisación audaz. Así lo ha hecho en su larga serie de monografías sobre la época de Rosas, que, organizándolas cuidadosamente, podrían formar una obra perdurable.

## II

La época de Rosas ha sido el período de la historia argentina al que Ernesto Quesada ha dedicado mayor atención y estudio, y sobre el que ha escrito más. Su bibliografía, al respecto, es muy vasta (1) y significa el mayor esfuerzo que se ha hecho

---

(1) NARCISO BINAYÁN: en su estudio, *El concepto de la dictadura de Rosas*, págs. LXXVII y LXXVIII, que precede al libro: ERNESTO QUESADA: *La Época de Rosas*, (Edición de jubileo, Buenos Aires, Talleres s. a. Casa Jacobo Peuser, Ltda., 1923), presenta una lista completa de las monografías de Quesada sobre aquel período de la vida histórica argentina.

en América por iluminar un fragmento del pasado. Por ello, hoy no se podría hablar del tirano argentino sin detenerse, a cada paso, a examinar la producción de Quesada, a discutir o aceptar sus conclusiones, a rebatir su criterio, a impugnar o admitir sus fuentes documentales. El olvido de esa labor sería trivial e injusto. Y el mismo ilustre polígrafo se ha lamentado, alguna vez, de ese descuido en no fijarse en sus libros, repitiéndose, así, como ciertas, cosas que él había demostrado ser falsas. En *La guerra civil de 1841 y la tragedia de Acha* (1), dice: "... el sistema de silenciar la crítica fundada merece severa condenación, porque de tal modo jamás se adelantaría en las investigaciones históricas y el lector tiene derecho a que se le trate con mayor respeto. Es éste un rasgo demasíadamente común entre nosotros: los que de historia se ocupan no cuidan de informarse convenientemente antes, siendo así que es deber primordial de honestidad literaria tener en cuenta todos los elementos de juicio aparecidos con anterioridad, para aceptarlos o rechazarlos, porque no cabe la suposición de creer que, por afectar ignorar lo que es demasíado notorio, se entienda poder continuar sosteniendo un error ya desmentido". Y en carta a Alberto Palomeque, ha expresado: "Ay, mi amigo: es desalentador escribir e investigar... cuando ni los entendidos, como usted, tienen en cuenta lo publicado!" (2).

Por otra parte, Quesada revisa, en la actualidad, los originales de su *Historia de la guerra civil argentina*, que tenía pronta, para publicar, en tres gruesos volúmenes, cuando ingresó en la magistratura, pero que ahora debe someter a un prolijo examen, debido a que en los últimos treinta años la historiografía de Rosas ha progresado mucho, y, por lo tanto, modificado algunos conceptos erróneos de ayer. Ese libro de Quesada será, sin duda alguna, el más completo y serio que quede sobre aquel intenso período de la evolución social argentina, pues, su autor tiene condiciones excepcionales para realizarlo de manera definitiva.

---

(1) ERNESTO QUESADA: *La guerra civil de 1841 y la tragedia de Acha*, (Córdoba, Imprenta Cubas, 1916), pág. 204.

(2) ERNESTO QUESADA: *Minucias históricas*, en *Nosotros*, tomo XLIV, (Buenos Aires), pág. 197.

Será, pues, la síntesis, sabia y armoniosa, de aquella vasta labor que ha dedicado a estudiar ese asunto; será la concreción, sistemática y orgánica, de lo que, por las fuerzas de las circunstancias, ha sido fragmentario; será, por último, el resumen de una bella vida consagrada a desentrañar la verdad de los vestigios del pasado.

Empero, en algunas de sus monografías se encuentran trozos insuperables, — dentro de la relativa perfección que pueden poseer las obras humanas, — grabados a cincel. Su libro, *La guerra civil de 1841 y la tragedia de Acha*, tiene evocaciones de ambiente, estudios de psicologías, retratos de personajes, descripciones de batallas, que poseen calor, fuego, nervio, que están animados por una relampagueante vividez de inteligencia, por una especie de lirismo férvido, que produce emoción honda, *frisson* en las vértebras, ansias de admirar con pasión, con urgencia. El retrato de Lamadrid y la pintura de la batalla de Angaco son de un graficismo y de un dramatismo admirables. De Lamadrid dice: “Había nacido para la batalla, y sólo estaba en su elemento cuando peleaba cuerpo a cuerpo, como los semidioses mitológicos. Parecía un rezago de la Edad Media, un retoño de aquellos famosos varones del “reinado del puño”, que fiaban todo a su brazo y a su audacia; nada calculaba, ni jamás preveía la posibilidad de ser vencido: hasta se asombraba ingenuamente de no resultar siempre vencedor; nada le arredraba, todo le parecía fácil, mientras blandiera una lanza y tuviera a su frente un adversario. En la batalla se transfiguraba: se olvidaba del mando, sólo veía la pelea, y se lanzaba bravío a derribar con su espada de sublime Quijote a los que osaban resistirle; mientras fué un simple oficial, nadie igualó sus méritos ni sobrepasó sus hazañas; era la encarnación misma del denuedo y del coraje; apenas tuvo mando, sus desaciertos fueron sin cuento, porque provenían de sus cualidades mismas: había nacido para combatir, no para dirigir. Cuando el andar del tiempo haya borrado el recuerdo de sus errores, su figura se agigantará y será, sin duda, el héroe por excelencia de las tradiciones populares, el pa-

ladín guerrero de una epopeya homérica, cuyas acciones parecerán increíbles, más exageradas todavía que las que puede inventar la exaltada fantasía de las leyendas nacionales; ninguno de nuestros guerreros puede comparársele, de ese punto de vista; ninguno le disputará el primer puesto en la fama; las generaciones venideras le aclamarán como el prototipo del valor argentino. Indomable era su energía, y su coraje no conoció límites: los años no hicieron mella en él; soldado a la edad en que los niños están aún en el regazo materno, era siempre el mismo soldado cuando el peso de los años pudo sólo disputarle a la vida, entregando a la muerte un cráneo tan cubierto de cicatrices que pasará a la historia como un fenómeno singular" (1).

A la batalla de Angaco la describe con una minuciosidad y con una soltura en la evocación de los menores detalles, que parece fuera la narración de un testigo presencial, o más bien, el capítulo culminante de una novela. El lector siente inquietud por conocer el resultado final de la lucha; se encariña con los actores; desea el triunfo de Aldao o de Acha, el gallardo general unitario; aspira a corregir, previendo el desenlace, tal o cual actitud de su héroe preferido; quisiera mover este o aquel regimiento, cuya intervención le parece decisiva en el cruel combate.

Pero la obra de más trascendencia que sobre la dominación rosista ha escrito Quesada, es *La Epoca de Rosas*, publicada en 1898 y reeditada ahora por el "Instituto de investigaciones históricas de la Facultad de Filosofía y Letras", con motivo del XXV aniversario de la aparición del libro (2).

*La Epoca de Rosas* es la reproducción de algunos artículos

---

(1) E. QUESADA: *La guerra civil de 1841 y la tragedia de Acha*, ed. citada, pág. 44.

(2) Facultad de Filosofía y Letras. Publicaciones del Instituto de investigaciones históricas. Número XVIII. *La Epoca de Rosas*, con una introducción sobre *La evolución social argentina*, por Ernesto Quesada. Un apéndice que contiene la bibliografía crítica y precedida de *Un ensayo sobre el concepto de la dictadura de Rosas*, por Narciso Binayán. Edición de jubileo en el XXV aniversario. (Buenos Aires. Talleres s. a. Casa Jacobo Peuser, Ltda., 1923).

publicados por Quesada en la revista *La Quincena* (1), durante el año 1897. Y el autor los reunió en forma de libro, con el objeto de "trazar una síntesis de la época de Rosas, y juzgarla con arreglo al novísimo criterio histórico", (2) "sacrificando los detalles y la enumeración de las pruebas, a la forzada concisión de un trabajo de esta índole" (3).

Es, pues, un ensayo de interpretación de la dictadura de Rosas. Por otra parte, "el estudio difícil e ingrato de aquella época, apasiona en razón misma de los obstáculos que hay que vencer: preciso es proceder con la máxima prudencia, practicando el *sensu festina lente* que aconsejaban nuestros antepasados, y publicar fragmentariamente el resultado de las investigaciones respecto de tal o cual punto o faz de la cuestión, procurando así provocar alguna rectificación, aclaración o complemento eventual, por parte de cualquiera de los que tengan la posibilidad de hacerlo, sea por conservar aún vivaces los recuerdos de hace medio siglo, sea por poseer papeles o documentos que puedan arrojar vivísima luz sobre lo que parece a primera vista inexplicable". Y el motivo de esa curiosidad es complejo: "por de pronto, lo publicado durante la época misma se compone de la avalancha de escritos, en todas formas y lugares, de los emigrados unitarios y sus amigos; y de lo que el gobierno de Rosas juzgó conveniente dar a conocer en la prensa oficial". (4) Empero, el ti-

(1) Narciso Binayán, en el estudio citado, indica que los siguientes artículos constituyen, *mutatis mutandi*, *La Época de Rosas*.

Ernesto Quesada, "La época de Rosas, su carácter histórico", en *La Quincena*, V (Buenos Aires, 1897), 10-22.

Ernesto Quesada, "El terrorismo de Rosas, Razón de ser y filiación histórica de ese régimen", en *La Quincena*, V, 69-80.

Ernesto Quesada, "Lavalle y Rosas, 1840. La invasión a Buenos Aires", en *La Quincena*, V, 183-202.

Ernesto Quesada, "Estudio de la época de Rosas, Objeciones relativas al criterio histórico del caso", en *La Quincena*, V, 291-307.

Ernesto Quesada, "La invasión de 1840, Retirada de Lavalle, en *La Quincena*, V, 396-424.

Ernesto Quesada, "El general Mariano Acha y su odisea sanjuanina", en *La Quincena*, VI (Buenos Aires, 1898), 113-147; 225-233.

(2) ERNESTO QUESADA: *La Época de Rosas, su verdadero carácter histórico*. (Buenos Aires, Arnoldo Moen, 1898), pág. 5.

(3) ERNESTO QUESADA: *La Época...*, ed. citada, pág. 25.

(4) ERNESTO QUESADA: *La Época...*, ed. citada, págs. 14 y 15.

rano sólo dió a conocer determinados documentos y no siempre en su integridad total; los emigrados, por su parte, no todas las veces dijeron la verdad, pues, antes que a las conclusiones fatales de ésta atendían a la necesidad de combatir a Rosas. De manera que esas fuentes documentales deben ser prolijamente analizadas antes de poderlas utilizar. ¿“Cómo hacer para conocer entonces la verdad? Quedaba un supremo recurso: compulsar los archivos oficiales... Pero nadie ignora que Rosas, al embarcarse para Inglaterra,—él el *rico home colonial*, cuya fortuna particular, antes de subir al gobierno, era quizá la más considerable del país, — no llevó dinero, se fué pobre, sin recursos, pero hizo encajonar casi todo el archivo del gobierno para llevarlo consigo, a fin de que la posteridad pudiera conocer la verdad de su larga dictadura. No acertó a llevarlo todo: el tiempo faltó, y quedaron estantes enteros llenos de papeles, y muchos cajones en poder de algunos particulares” (1).

El autor afirmándose en su rectitud de historiador, dice:... “para formar nuestro juicio busquemos, siempre que sea posible, el documento, el texto, la confesión involuntaria de una carta, de un papel; lo escrito cuando no se soñaba en la posteridad, sino cuando se obraba con las pasiones del momento” (2). Y agrega: “Persiguiendo ese propósito, años hace que venimos pacientemente juntando cuanto papel y documento al respecto encontramos; todo lo que, añadido a la base riquísima del archivo del general Pacheco, que tan prominente figura hizo en la época, permite reconstruir parte de los elementos que faltan. Veinte mil piezas inéditas, provenientes en su mayor parte de los personajes de entonces, facilitan la investigación; a lo cual deben agregarse el archivo de Lavalle, tomado en la batalla del Quebracho, y el de Lamadrid, capturado en la del Rodeo del Medio” (3).

Quesada sabe, por tanto, todo lo que sobre Rosas puede saberse. Podría decir, pues, de su *Epoca de Rosas*, lo que Aulard de su *Histoire Politique de la Révolution Française*: “*Je ne pense*

(1) ERNESTO QUESADA: *La Epoca...*, (Moen, 1898), págs. 20 y 21.

(2) ERNESTO QUESADA: *La Epoca...*, ed. citada, pág. 23.

(3) ERNESTO QUESADA: *La Epoca...*, ed. citada, págs. 23 y 24.

*pas avoir omis une source importante, ni avoir émis une seule assertion qui ne soit directement tirée des sources" (1).*

Todo eso es promesa de verdad y de exactitud (2).

ARIOSTO D. GONZÁLEZ.

Montevideo, 1924.

---

(1) A. AULARD: *Histoire Politique de la Revolution Française*, (Armand Collin), pág. X.

(2) En el próximo número cerraré este ensayo con el examen del contenido de *La época de Rosas* y de sus ideas cardinales.

## POESIAS

### Lámpara de amores

**M**i lámpara de amores,  
Tu luz alumbra venenosas flores,  
Ferrados cepos, grises alimañas  
Y la Muerte que va por las campañas  
Primaverales de la dulce Vida.  
¡Te llevaré encendida  
Oh intrépida! Mi frente  
Recibirá de tí claror de oriente  
En la noche temida...

### Arbol de oro

**B**OGA mi corazón dulce y divino  
Por el alegre mar. En la ribera  
Lejana, entre oros pálidos, te espera  
El árbol más hermoso del Destino.

Hacia las islas de la Primavera  
Boga mi corazón dulce y divino,  
Que es huyente la mística ribera  
Y el árbol de oro bajo el sol marino.

### Don de alegría

**H**OY, Señor, me donaste una alegría.  
Saltó mi yermo corazón de gozo.  
Vi azul el agua lóbrega del pozo.  
El sol un bello rostro parecía...

## Dulzura mía

**D**ULZURA mía, en el oculto germen  
 Cereal, en los ángeles que duermen  
 Sobre alboros purísimos de luna,  
 En el vario querer de la fortuna  
 Te descubro. Es la tarde. Tiembla un nido  
 Tras el verde granado florecido  
 Lleva la roja nube voladora  
 En su flanco solar fuego de aurora...

## La dicha del mundo

**¡A**LEGRÍA de estar en este mundo  
 De danzas y colores,  
 Mientras los vanos sueños desertores  
 Se esfuerzan en correr de vagabundo!  
 ¡Llene mis ojos el fulgor del cielo,  
 Endúlceme los labios la dulzura  
 Del fruto del ciruelo  
 Y lejos pase la vil Muerte obscura!...

## Ilusiones idas

**T**ODAS se me fueron como gente loca;  
 Premura en los ojos, sonrisa en la boca.  
 Todas se me fueron tras finos regalos.  
 Pero bien me quedan sus rotas guirnaldas,  
 Tejidos laureles, frescas esmeraldas,  
 Luciérnagas de oro, la luna con halos...

ARTURO VÁZQUEZ CEY.

## ESTUDIOS SOBRE LA NOVELA INGLESA

George Meredith y Thomas Hardy

**G**EOERGE Meredith es un literato de excepción, se adelanta en medio siglo a sus contemporáneos. Adopta ante la vida y todos sus problemas un criterio modernísimo de franca y libre investigación. Ninguna convención y menos las impuestas por la rigidez de la corte, le detiene. Por una extrañísima paradoja, este espíritu educado en Alemania, — bajo la excelente dirección de los hermanos Moravos, cuya influencia sedante también sufrió Goethe, — es el menos germanizante de los novelistas ingleses. Su humor recio, a la vez humanista y drolático, es bien inglés. A la edad de diez y seis años regresó a Inglaterra y muy jovencito aun, se unió en matrimonio a la hija del novelista Thomas Love Peacock, — cuyo consejo no fué ajeno a su desarrollo mental, y se instaló en la casa de campo de su suegro.

¿Hay campiña tan bella como la inglesa? Sus verdísimos prados cuidados con primor y donde a trechos brillan los geranios perennes, dan vista a las majestuosas moradas estilo Tudor, cubiertas de hiedra y, zurcados por senderillos se extienden bajo los olmos frondosos y los robles vetustos hasta un río silente que duerme en su confín.

¡Ah, qué inolvidable es todo ello! Cerca de tal hogar, — alguna abadía derruida, meta otrora de devotos cortejos o centro donde la caridad u hospitalidad eran gentilmente dispensadas, alza sus venerables muros, simulando una nota de poesía medioeval al ambiente tranquilo; próximo a otro, yergue gallarda sus torres un castillo, desde cuya terraza almenada al panorama se ve con orgullo. Al leer la obra de Meredith aperci-

bese al punto estos observatorios austeros de la naturaleza: ella constituye su inspiradora y a sus ojos es por contrariarla, que adolecemos de todos los males.

Este aristocrático sentir expresado en un estilo trabajado en epigramas, antitesis y giros rebuscados, al dificultar la comprensión de lo escrito, ha sido uno de los motivos de lo tardamente que fué reconocido el autor de *The Egoist*.

El eufemismo vuelve a florecer, al extremo de ser tenido Meredith, por un John Lily, que fuera además, un grandísimo poeta. También ha recordado su nombre al de Roberto Browning, cuyo estilo sibilino es la tortura de los eruditos y de sus adoradores: A las complicaciones señaladas, vienen a agregarse la doctrina estética y la filosofía del autor. No es sólo exquisito poeta y novelador, sino que hay en él constantemente un filósofo, deseoso de satisfacerse y de expresarse. El se ha encargado de exponer sus ideas en detalles a veces en el curso de sus propios libros novelescos, y en ninguna parte con tanta finura, como en *Essay on Comedy* (1897), que es uno de sus últimos trabajos, escrito treinta y ocho años después de la publicación de su gran primer libro. En su credo se alían positivismo y fatalismo con ráfagas panteístas. Nacemos en este astro que en su mayor parte no vive como nosotros de pensamiento lógico, sino de instintos informes, nuestro esfuerzo limitado a él, no debe ir más allá del horizonte donde el foco solar desciende todos los días.

¿Qué hay allende los campos de estrellas? No nos incumbe el averiguarlo. ¿A qué la metafísica, a qué la ciencia, cuando abandona el suelo donde pisamos con firmeza? Todo ello es vanidad de vanidades. ¿Cuál es el objeto de nuestro vivir? Su filosofía responde: trabajar y ser útiles. Probarlo todo y retener lo bueno. La dicha está en el esfuerzo, en las dificultades de la prueba, no en el resultado de las mismas. No debe interesarnos el final del viaje, sino el mismo y las experiencias del camino. La finalidad y el sentido de la vida nos escapan. Si no tenemos fé, se sobreentiende, no hay certidumbre respecto de la vida para la inteligencia humana o la razón razonante. Meredith se ciñe tan solo al reino de lo visible y no va más allá, pero como todo ser, cuyo fondo es poesía y saber, emoción

y sentir, humor y sonrisa de piadosa ironía, tiene que ofrendar a alguien el exceso de su amor. Tal es el origen de su culto por la "Mother Earth", a menudo tan sensualmente descripto y tan serenamente seguido. Para él, hace falta las veces de Dios y de todas las manifestaciones e instituciones en que se manifiesta su existir y su providencia. ¿Columbra el lector a qué desastre conduciría este pragmatismo terreno? Seméjase *prima facie* al naturalismo de Zola o al ultra-realismo, rayano en lo brutal de Guy de Maupassant, pero nada de eso, Meredith es inglés, impasible en medio de la tormenta, atraviesa el fuego sin quemarse y como Ulises, deja sobre el más alto peñón, a la ninfa Calipso, pesarosa e inconsolable de verle partir para siempre. La magia de los sentidos no le conducirán al laberinto del cual tan difícilmente alcanzan a salir nuestros novelistas latinizantes. Así, su credo moral o su filosofía, no deprime ni enerva, da coraje y es verbo deleitoso para los inteligentes.

Para explicarnos el porqué pone sobre la portada de su libro doctrinal: *Essay on Comedy*, debemos remontarnos a esos convites de donde salieron los diálogos platónicos. Junto el fruto de la mies, y la deliciosa sangre de las viñas y las frutas, amaban esos insuperados antiguos, reclinarsse y conversar de cosas trascendentes con la sonrisa fácil y la emoción a flor de piel. ¿Quién no se ha sentido festivo, en ocasión de reuniones semejantes, cuando el buen humor se escancia con el *Médoc* bermejo o el oro del *Sauterne*, mientras los suculentos vapores del asado confortan a los comensales? En ese sentido imaginario palpita el optimismo, a veces dionisiaco de Meredith, su espíritu zumbón, su dicha de vivir.

Estos placeres no son sino para las excepciones, para los iniciados en la plenitud de las formas eternamente seductoras de las cosas; así, la novela que ilustra con su nombre este autor, es esencialmente obra intelectual para letrados.

Otro aspecto simpático de su moral, testimonio de su naturaleza superiormente viril, la constituye su penetrante comprensión de la mujer moderna.

Ante todo conducirse como caballero. El *Corteggiano* de Baltasar Castiglione, resumiría su actitud, hacia esa compañera en que el hombre ha de ver siempre la figura enternecedora de

la madre. Esta ha sido una tradición de las letras británicas, aun desde Shakespeare: tratar con la debida delicadeza al sexo femenino. ¡Cuánta heroína ha trazado en sus libros! Nataly en *One of our conquerors*; Clara Midleton, Nesta, Cecilia, Renée, Carinthia, Jane, Rosamuna Culling y la fascinadora Mrs. Warwick de la *Diana of the Crossways*. La sonrisa y el amor de la mujer arrancan a su paleta los efectos más exquisitamente encontrados. No la asocia de preferencia, con los:

"Desórdenes en el fondo vacíos y tristes  
De los amores sin lazo y cuya impiedad  
Temen a la fecundidad como a un infortunio".

La fuente es pura; se puede beber en ella.

En 1856 aparece su primera obra de fondo, *The shaving of Shagpat*, donde ensaya con mano feliz su *weltanschauung*. Describe allí la carrera de un joven reformador que llega a la meta del ideal propuesto, sin inquietarse mayormente de los reveses y decepciones de la ascensión. Es un peregrino de piedra. Tres años más tarde (1859), escribe *The ordeal of Richard Feverel*, la primera, entre las grandes producciones de Meredith. Puede juzgársele la más bella y clásica. Es la más ordenada en su composición e intensa en su desenvolvimiento. Tiene una significación especialísima dentro de la obra total del escritor y muéstrase representativa cual ninguna, porque en ella se dan cita sus mejores cualidades. Ofrece todo el aspecto de una experiencia personal generalizada. Es el romance, si queréis absurdo de la pedantería cultural de la ciencia ciega y vana, substituyéndose a la naturaleza en la dirección de un ser viril de primer orden, tallado no obstante para ser un carácter. Tan óptima promesa se marchita por uno de esos desencantos del primer amor, trágicamente fuerte y a los que nadie puede sobrevivir, sin peligro de enloquecer. *The Ordeal of Richard Feverel*, es a su manera grandilocuente, una novela filosófica. No es por ello, tratado filosófico sino ejemplo, documento palmario. Mejor que otro cualquiera de los novelistas del siglo, Meredith realiza el tipo del hombre de letras, viviendo él mismo en sus propios personajes. Derrama en sus libros toda su maravillosa sensibilidad, su emoción armónica, su ternura, su re-

beldía, su indignación, su piedad y su ironía, estas dos últimas actitudes, las más necesarias de la vida.

El don de ver vivir sus creaciones, lo posee en grado superior. Algunas de ellas tienen el relieve de las de Dickens y Balzac; siendo aun más vigoroso, más inteligentemente impresionante en la pincelada con que las arranca del seno de la imaginación creadora. Podemos escuchar el latido de los corazones de sus personajes y desnudar todos sus pensamientos hasta anticipar así sus propósitos y conjeturar de antemano sin trabajo, cómo se van a portar en determinados momentos.

El estilo preciosista, gongórico, cuajado de antítesis, metáforas, comparaciones, envíos, ritornellos, es consubstancial al autor como dijera Montaigne. Sin aprendizaje de miseria cual tuviera el autor de *Nicholas Nickleby* o los reveses de fortuna de Thackeray, es de admirar cómo profundiza los casos de esa infelicidad, traída por la intromisión en la vida ajena. Es atentísimo al mal que causamos a los otros, sentenciándolos a través de nuestro carácter y no desde su punto de vista, que no puede ser otro que el llamado de su instinto o el empuje de su destino.

Nada hace zozobrar tanto su alma pagana y renaciente: su visión de lo divino en todo, como cuando este dominio es ejercido sobre los impulsos de la juventud, para quien quisiera todos los elementos de la verdadera nobleza ética y toda la libertad para poder manifestarse.

*Richard Feverel*, es la historia minuciosa de un joven aristócrata inglés, cuyo padre imbuido de la ciencia eugénica, quiere hacer con su hijo un experimento de selección. Ha sido lector de Spencer y de Darwin; y, deslumbrado por la rigurosidad de la ciencia, la interpreta en raptó de sincero, pero errado amor paterno, para basar en sus dictados, la felicidad futura de su único hijo.

En la primera ocasión, precisamente en el momento crítico del despertar de los sentidos, Ricardo, sólo moldeado a medias por la disciplina mecánica, cede ante un par de bellos ojos. Su idilio descrito con poética maestría comienza en los claros del bosque de la propiedad paterna, al borde de un arroyo. Un beso femenino ha bastado para borrar una educación, en que la virtud y el saber no se consiguieron con la espontaneidad del cora-

zón o la natural curiosidad de la mente virgen. El drama sigue a la aurora del primer amor puro y exquisito; viene luego el choque con el padre; la separación; la lucha; el tormento que impone una civilización malsana, en nombre del pensamiento fosilizado de una *élite* social.

El instinto es poderoso en Ricardo; pero la voluntad no está a su altura; y así, después del triunfo de un amor ferviente, catastrófico como el de Romeo por Julieta, se separa de la esposa cuyo vivir está en la sangre de sus venas.

Con rasgos de un realismo cruel, en que nada se deja tan solo a la imaginación, Meredith, persigue con saña su demostración de la maldad de todo fanatismo.

Hay cuadros y escenas de una belleza rara vez superada: el himno en prosa del capítulo XIX; desconsoladores, de una amargura angustiosa son los adioses entre el débil Ricardo y su adorable esposa, nueva Miranda, nimbada de fatal inocencia y divina belleza. No conozco en idioma alguno, situación más dolorosamente trágica que la de aquellos dos seres, que todo lo han inmolado a su invicto amor, y que separados por una débil pared no pueden verse, retenidos por el impío y diabólico temor de una ciencia médica despreocupación por las realidades supremas de la vida. Arranca lágrimas, el presenciar ese cuadro determinado por una maldad tan honda y tan inútil. La ausencia del amado, es el origen del mal; tan sólo su presencia puede curarle. Mas todo se interpone para que ello suceda. Triunfan las sinrazones del egoísmo y la impasibilidad de la ciencia.

El corazón que ha anhelado tanto, ya no sostiene la sangre en sus gastadas paredes; estalla en el inmoderado deseo. Cuando ya ha muerto la amada, puede entrar Ricardo. Más, todo ha concluído, quimera generosa, ensueño que hacen tan amables y casi seres divinos a sus héroes: todo ha sido sacrificado a un falso principio.

Tres vidas se han tronchado: la de un padre, la de un hijo y la de una amante esposa que se alza para siempre entre ellos, como un espectro.

¡Qué abismo de pesar el de Sir Agustín, frente a las cenizas de un fuego casi extinto, maldiciendo sus ideas directrices insanas. Cerca de él está el hijo, a quien nadie puede arrancar

del estupor en que lo ha sumido su desgracia. ¡El había nacido para ser feliz, con todas las perfecciones físicas, con todas las ventajas de la fortuna y los privilegios del alto rango social!

La ventura ha desaparecido para siempre para estos dos seres, cuyo sobrevivir es todavía peor que la muerte. Ya nunca sonreirán.

La crítica contemporánea censuró como inmoral y hasta grosera tan contundente demostración de un gran error de conducta.

Era por la época en que en Francia se instituía un proceso a Gustavo Flaubert por su *Madame Bovary*. *Evan Harrington* (1861) y *Rhosa Fleming* (1865), manifiestan el desarrollo de almas contrariadas por circunstancias adversas.

En la primera de ellas, abundan los hermosos pensamientos, traducidos en expresiones tan oportunas que, aun sin haber escrito otra cosa, Meredith sería recordado por la concepción de la moral y de la vida enunciadas en ella con un arte selectísimo. Tiene sed de la expresión artística acabada y de la verdad, por sobre todo. En *Harry Richmond* (1871), se muestra de manera suscinta la unidad de este arte y el de la doctrina de este pensador.

La novela *Beauchamp's career* (1876), se ocupa de la vida política muy de otra manera que lo hacía el dandysmo elegante de Disraeli o la prosopopeya de Bulwer Lytton. Es una de las grandes novelas del siglo que tratan sobre la astucia y la hipocresía aplicadas a un arte tan moralmente inferior como el de gobernar a los pueblos con las ideas de los comités partidarios.

Posee a veces Meredith, la forma literaria impecable, el argumento impregnado de energía y el elemento patético que mantiene vivas las emociones del lector. *The Egoist*, aparecido en 1879, es, fuera de duda, la obra más típica del autor. Estudia el yo y su auto-culto, tan revelador de las pequeñeces y miserias humanas. La sátira se dirige principalmente al hombre en esa situación en que perturba y hace vibrar el amor, sus más delicadas fibras. La audacia ridícula, como en el episodio famoso de Edmond Rostand, nunca desalojó al buen sentido con tanta fuerza.

La trama se reduce a la búsqueda de una esposa por parte

de Sir Willoughly Patterne adornado de todas las virtudes de la época victoriana. El análisis harto minucioso en un sentimiento que ha de ir acompañado de espontaneidad, no lleva sino a perder lo que fácilmente se obtiene con sólo seguir el cauce de nuestros sueños. Así ocurre a Sir Willoughly Patterne: habiendo dejado pasar como sombras sucesivamente la belleza, el carácter y la abnegación, acaba por desposarse con una dama que es sólo reflejo pálido de su torturado ideal.

Esta crítica, no exenta de aguda sátira, contra el rol masculino en las relaciones de los sexos, ha sido para la mujer, quisquillosa de su libertad, un aporte voliosísimo a su causa emancipadora. El movimiento feminista debe en gran parte sus éxitos, a esta simpatía comprensiva.

Con *One of our Conquerors* (1891), y *The Amazing Marriage* (1895) persigue con sus dardos de Juvenal, la práctica a *outrance* del amor en el matrimonio, donde la mujer engañada o equivocada no debe mirar hacia atrás so pena de que el Código Civil la petrifique como a la mujer de Loth, al salir de Sodoma, la ciudad feria de la Lujuria.

Cuando se es feliz, — dice Remy de Gourmont, — a uno no le es posible permanecer en casa, sólo se vive bien por el deseo.

Por sus alusiones a un escándalo del gran mundo, *Diana of the Crossways*, es la obra de Meredith más al alcance del público. Menos análisis, más claridad en el desarrollo y humanidad en el alma de los personajes, han dado a esta novela marcada preferencia sobre las demás.

Meredith, no es ni será jamás, un autor popular. Le falta la ingenuidad y el arte casi infantil de contar un cuento encantadoramente. Su obra se resiente de su intelectualismo, de su *humour* elevado y fino, pero llevado a veces a un exceso tal, que se torna cruel. El estilo en general demasiado amanerado, brillante de púrpura y oro, deja a la idea envuelta como Brunilda en engañosas llamas, espejante artificio que ahuyenta a los tímidos y a los simples. Pero, cuando uno se familiariza con él, ¡qué fiesta para la inteligencia y qué música para el oído!

Sin embargo, la influencia de Meredith es enorme sobre la sociedad y la literatura. A la una le ha adelantado modos de

encarar y de vivir la vida; a la otra, le ha aportado una preocupación de selecciones artísticas e ideológicas, nueva en la literatura inglesa. Si no ha descendido en sus obras a la multitud, ha llegado hasta ella por intermedio de los autores menores que se han abrevado en sus doctrinas estéticas. Nadie ha contribuido más que él con su crítica, y su gusto depurado al hundimiento de los valores culturales de la época victoriana. Durante varias décadas ejerció una autoridad incontestada, cuyo influjo se extendió cada vez más, de año en año.

No es meramente por amor a las clasificaciones que el juicio literario, agrupa juntos ciertos grandes hombres. Son ellos, a menudo, el complemento los unos de los otros. En la aurora de la época victoriana, hemos reunido el nombre de Dickens y el de Thackeray; luego el de Carlota Brontë y el de George Elliot y en el extremo de este período, aproximamos Meredith a Thomas Hardy. Así como los dos grandes de la mitad del mil ochocientos, habían hecho de Londres y sus habitantes el ambiente de sus investigaciones, Meredith y Hardy, recurren a la vida rural. Un contrato más íntimo con la tierra los caracteriza; ella inspira su arte y aún su concepción general de la vida. Partiendo de un mismo punto de vista, sus reflexiones respectivas conducen al uno a un optimismo alentador, y al otro, al nihilismo moral.

Meredith admite la lucha contra el aparente determinismo de la existencia, pero Hardy, al eliminar de sus consideraciones, el esfuerzo y la virtud, hace del hombre un juguete de las fuerzas ciegas del universo.

La vida era para el autor de *La prueba de Ricardo Feverel*, un deporte, un juego renovado sin cesar, y al cual no se gana todas las veces, mas donde el buen humor acaba casi siempre, por vencer la mala suerte.

Debido a una profunda decepción acaso, o a algún ensueño no realizado o a la misma amargura que surge de los intereses encontrados en nuestra vida, donde acontece tan poco lo que proyectamos y sucede harto a menudo lo que tememos, es Hardy un pesimista. La misma naturaleza, con sus brutales aleccionamientos, nos conduce a pensar así.

Sin embargo, ¿dónde puede mejor un escritor mozo meditar, soñar y componer que en medio de la incomparable seducción de los paisajes ingleses, donde cada generación agrega algún recuerdo de su amor por el hogar donde nació? La predilección de este escritor por su rincón natal, el condado de Dorsetshire, es un rasgo muy inglés.

El pensamiento de Taine, nacido también él, en un sitio de bosques seculares, nos aclara este temperamento vigoroso; las almas apasionadas aman profundamente las bellezas de la naturaleza.

Sus héroes son los paisanos, los terratenientes, los montaraces, los rurales, en una palabra. Se complace en pintarlos como son, sin idealizarlos: esclavos de las fuerzas naturales. No describe al paisano únicamente lúbrico y feroz, como lo hacen ciertos novelistas. Les revela tal cual nos aparece el rural, enigmático, concentrado, movido a veces por sórdido egoísmo, estupidez y codicia. Si las pasiones, a veces, se manifiestan más intensamente en las personas de la gente de campo, también en ellas se mantienen incólumes muchas virtudes de la raza.

Encontramos una seriedad de propósitos, una fuerza cerril de carácter, una terneza espontánea y una nobleza insospechada en los rústicos silenciosos y lentos.

Desde la muerte de Meredith, es Tomás Hardy el escritor más eminente de Inglaterra. Desde hace veinte años vive en el retiro y en el silencio.

Entre los novelistas ingleses es quien más se ajusta a un plan de composición y de objetividad general. Hállase en su manera de escribir la novela, algo de científico que afirma los caracteres pintados en la misma, con las leyes del medio ambiente, del clima, de la historia, del pasado y hasta del oficio. ¿No es el sentido de la eurythmia el primer paso hacia la obra del arte? Hardy posee este sentido, que le hace un maestro en el género novelesco. Por el alma también pagana, se acerca al ideal heleno-latino. La belleza divina de los campos, la emoción llena de presagios de la fecundidad de la naturaleza vegetal, las voluntades arcánicas del aire, del cielo y de la tierra, no han sido mejor sensibilizadas por ningún novelista contemporáneo.

La vida no se reduce a la sola pasión del amor: este es

sólo uno de sus aspectos y como todo, queda sometido a la inexorable deidad que, con la misma impavidez aumenta los amargos padeceres del justo, o colma de prosperidad al malvado y al inepto.

Este sombrío pesimismo que no hallará reposo sino en la muerte o en el olvido, singulariza a Hardy entre los escritores insulares. Ha vivido al margen de su tiempo; se ha adelantado al espíritu de rebelión, en cuyo fuego arderá el templo ordenado del puritanismo victorioso.

Los conflictos entre la religión y la ciencia, de la democracia y de la práctica cristiana, la confusión inevitable y el desconcierto que estas antimonías producen en el hombre sensible y contemplativo, condujeron a este escritor a este estado espiritual muy generalizado hoy.

Comenzó su carrera literaria en 1870, habiendo abandonado previamente su vocación de arquitecto. Su educación artística y científica explican la belleza severa, selecta y ordenada de su obra.

De 1872 al 1891, publica un ciclo de novelas rústicas, fiel pintura de esa vida de las *granjas* inglesas y de las aldeas campesinas, o de la existencia doméstica en el *cottage* que hace sentir continuo la amabilidad, la sabiduría y el arcaísmo del vivir inglés.

En 1872 *Under the Greenwood Tree*; en 1873, *A Pair of blue eyes*. Con *Far from the Maddening Crowd* (1874), templóse en la plenitud de su ideal artístico y empieza para él, la celebridad y el éxito de librería.

Síguenle en (1878) *The Return of the Natives*, en 1881 *A Laodicean*; *The Mayor of Casterbridge* (1866); *The Woodlanders* (1887), donde los árboles asimilados a deidades protectoras, velan por el conjunto humano. Vivos los divinos bosques silenciosos, contribuyen a la salud del campesino; muertos, son aquellos su riqueza. Su garbosa silueta, por cuyo ramaje se columbra el cielo como al través de un vitral, envuelven el paisaje en el cendal de la poesía y del amor. *Tess of the d'Urbervilles*, la obra cardinal, aparece en 1891. Refiere el mismo caso dolorosísimo que *Adam Bede*: el instinto sensual del hombre ava-

sallándolo todo, — pureza, inocencia, noble beldad, para satisfacerse.

La amarga lección de uno y otro libro, es que: mientras la inocente es castigada, el culpable escapa por lo menos a la sanción pública. Hay sin embargo una disyuntiva entre la intención de uno y otro y de los escritores. Jorge Elliot, por ejemplo, parte de un principio inexorable, cuya transgresión acarrea la pérdida irreparable del honor. No es siquiera concebible vivir sin él.

Hardy, en cambio, desconoce el factor psíquico en el universo. No atisba leyes en él, y por consiguiente descuenta la sanción moral de nuestros actos. Más, no es posible sustraerse a la modalidad ingénita del espíritu humano; por alguna cosa, no importa cuan insignificante sea ella, estamos ligados a las verdades eternas. Lo que niega el novelista al poder inmanente de Dios, lo imputa al poeta cósmico, a los agentes naturales, y a la fuerza acumulativa de la herencia. Tal es Thomas Hardy, estoico, pero sin ninguna razón divina o humana para su resignación de *homo sapiens*. Ha rechazado él, las tibias quimeras, los sueños inquietantes, las ilusorias caricias; se ha puesto a ver pasar el raudal desde el observatorio de su experiencia personal.

Hacia el fin de su carrera, escribe *Jude, the obscure* (1896). y *The Well Beloved* (1897); en estas novelas se aparta de la manera que le dió su fama. Le pasó lo que al gigante Anteo, al abandonar a su madre terrestre perdió en ello .....

¡Qué visiones de la vida y sus luchas, qué exhortaciones, qué consuelos y qué esperanzas nos traen estas novelas y sus autores! Perdura al través de la página escrita, la fuerza moral de estos escritores que al solazarnos, nos dan una promesa de inmortalidad y quizá muy a menudo se constituyen para nosotros en faros del mar proceloso de la vida humana.

ALBERTO NIN FRÍAS.

Buenos Aires, Junio 20 de 1924.

## RECORDANDO A MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA

¡POBRE María Eugenia! Ahora al recorrer los versos que no sabemos cómo han recogido (¡tal vez manos piadosas o acaso un editor venal!), mientras hojearnos el pequeño volumen que alardea de antología, entrevemos el carácter extraño de la autora, de aquella poetisa que fué joven y bella, para quien parecían dispuestos todos los triunfos, incluso la gloria y el amor. Pero María Eugenia debió darse buena cuenta de su fracaso, cuando cantara:

    Mi esperanza, yo sé que tú estás muerta;  
        no tienes de los vivos  
    más que la instable fluctuación perfecta;  
    no sé si un tiempo vigorosa fuiste.  
        Ahora estás muerta.

¿Qué hondo misterio, qué derrota sentimental se oculta tras esas expresiones pesimistas?... No lo sabemos, acaso no lo sepa nadie. Lo cierto es que María Eugenia Vaz Ferreira, lentamente, fué cayendo en un abandono que parecía renunciación. Sus ojos, sus hermosos ojos negros, unos ojos estupendos, penetrantes y dulces que nadie que los haya contemplado una vez logrará olvidar, parecieron velarse de melancolía. Era en vano que María Eugenia sonriera. ¡Y sonreía tanto!... Su corazón sentimental se había puesto el "camouflage" de la ironía. Pero en su desgano estaba transparentada su pena. No era ya la arrogante walkyria que exigió antaño:

## HEROICA

Yo quiero un vencedor de toda cosa;  
Invulnerable, universal, sapiente,  
Inaccesible y único.

En cuya frágil mano  
Se quebrante el acero,  
El oro se diluya  
Y el bronce en que se funden las corazas;  
El sólido granito de los muros,  
Las rocas y las piedras,  
Los troncos y los mármoles  
Como la arcilla modelables sean.  
A cuyo pie sin valla y sin obstáculo  
Las murallas amengüen,  
Se nivelen los pozos,  
Las columnas se trunquen  
Y se abran de par en par los pórticos.

Que posea la copa de sus labios  
El licor de la vida,  
El virus de la muerte,  
La miel de la esperanza,  
Las beatas obleas del olvido  
Y del divino amor las hostias sacras.

Que al erótico influjo de sus ojos  
Se empañen los cristales,  
La nieve se calcine,  
Se combustione el seno  
Virginal de las selvas  
Y se empenache con ardientes ascuas  
El corazón de la rebelde féminá.

Que al rayar de su testa iluminada,  
Resbalen de las frentes  
Las más bellas coronas,  
Los lábaros se borren,  
Repliegue sus insignias  
La faz del estandarte  
Y vacilen los símbolos ilustres  
Sobre sus pedestales...

Yo quiero un vencedor de toda cosa;  
Domador de serpientes,  
Trasponedor de abismos,  
Encendedor de astros;  
Y que rompa una cósmica fonía,  
Como el derrumbe de una inmensa torre  
Con sus cien mil almenas de cristales  
Quebrados en la bóveda infinita,  
Cuando el gran vencedor doble y deponga  
Cabe mi planta sus rodillas inclitas.

Es muy posible que nosotros nos equivoquemos, pero se creería que la poetisa había sufrido un hondo desengaño, una gran decepción, un desenamoramiento, porque al decir de Tomaseo, "el amor es como la muerte. pocos son los que llegan hasta él bien preparados". Los versos se hicieron cada vez más escasos y tristes, como cuando suspira con su

BALADA DEL ESCEPTICO

Alma mía  
que tornas al viejo lar  
con la red seca y vacía  
de las orillas del mar!...  
Con la red seca y vacía  
que en la plenitud del día  
no te atreviste a arrojar.

Yo he visto los pescadores  
pescando glorias y amores  
que disiparon, después;  
unos llevan cosas muertas,  
otros las llevan desiertas,  
lo mismo es...

Alma mía -  
que la red seca y vacía  
no te atreviste a arrojar,  
entre la arena y las olas  
existen dos cosas solas:  
morir o matar...

Alma mía  
que traes la red vacía  
de las orillas del mar...

Cuando le hablaban de publicar, ella lanzaba un displicente "¿Para qué?"... Se convirtió en esa fémica rara de que habla Barret, cuando dice que "las mujeres no tienen las exigencias del espíritu, sino las del corazón". Es que María Eugenia, la María Eugenia intrépida de los primeros tiempos, había exigido demasiado, como puede verse:

RENDICION

Quebrantaré en tu honra mi vieja rebeldía  
Si sabe combatirme la ciencia de tu mano.  
Si tienes la grandeza de un templo soberano  
Ofrendaré mi sangre para tu idolatría.  
Naufragaré en tus brazos la prepotencia mía  
Si tienes la profunda fruición del océano;

Y si sabes el ritmo de un canto sobrehumano  
 Silenciarán mis arpas su eterna melodía.  
 Me volveré paloma si sientes ampliamente  
 La garra vencedora del águila potente.  
 Si sabes ser fecundo seré tu floración.  
 Y brotaré una selva de cósmicas entrañas  
 Cuyas salvajes frondas románticas y hurrañas  
 Conquistará tu imperio si sabes ser león.

El superhombre ansiado no surgió. María Eugenia debió desesperarse viendo la vulgaridad, la pacatería de los hombres que llegaban hasta ella. Tal vez no tuvo un desengaño, sino "el desengaño". Y ella misma rió de los ingenuos, apasionados versos que años antes forjara:

#### SERENATA

Te gusta que esté a tu lado,  
 Te gusta mi canto alado,  
 Aunque tú no me lo digas, mi amor...  
 Eres triste peregrino,  
 Amas la gloria del trino  
 Y yo soy un ruiseñor.

La misma fuente murmura  
 Tu ventura y mi ventura,  
 Aunque tú no me lo digas, mi bien...  
 Y aunque no me digas nada,  
 Ni tu voz ni tu mirada,  
 Todo tú me dice: "¡Ven!"  
 Alguna cercana noche  
 O alguna noche lejana  
 Romperá mi pico el broche  
 Secreto de tu ventana,

Y con las alas tendidas  
 Para remontarte en ellas,  
 Llevaré nuestras dos vidas  
 A fundirse en las estrellas...  
 Verás qué dulce fulgor,  
 Aunque tú no me lo digas, mi amor...

María Eugenia Vaz Ferreira era una gran poetisa. Vale, aún más que por los versos que hizo, por los que pudo y no quiso hacer. Su obra, esparcida en periódicos y revistas de hace doce o quince años, debe ser estudiada como quiere Altamira que se consideren esta clase de producciones: sin prejuicio de escuelas, viendo lo bueno, sin acordarse "de críticas, reservas y distingos", de los que, como muy bien afirma el maestro, no se salvan ni los genios más ilustres.

Nunca olvidaremos la última visita que hicimos a María Eugenia. Fué hace unos tres años. Debíamos presentarle al director de NOSOTROS, Alfredo A. Bianchi, que le exigiera colaboración. La artista se excusaba; quitó toda importancia a su labor poética. Por fin se avenía a darle un par de composiciones, pero exigiendo que no le pusiera la firma al final, sino al principio de todo, en letras casi invisibles.

—¿Y por qué no en la forma acostumbrada? — le preguntó Bianchi, vivamente extrañado por lo que acaso se le antojó una extravagancia de aquella mujer superior, a la que desequilibraba su propio talento.

—Porque el nombre al final es jactancioso — repuso María Eugenia. — Parece el colegial que enseña su cuaderno y se pavonea: “¿No ven?... Todo esto lo hice yo!”

Hablóse — hablamos nosotros — de la conveniencia de que María Eugenia recogiera en un volumen sus poemas dispersos. Y asentía:

—Yo iba a permitir que hicieran el libro. Pero con una condición.

—¿Cuál? — le preguntó Bianchi.

—De que una vez concluída la obra, se empaquetaría, depositándola en un sótano sin que la viera nadie.

Bianchi se desconcertaba, sin comprender aquella extraña alma, que era pueril y genial a un tiempo, y que acaso sufría la más cruel de todas las torturas: la tortura de no poder olvidar lo que había soñado:

#### BERCEUSE

“Era de noche; yo tocaba  
Una “berceuse” de Chopin  
Y aún sin mirarlo bien sentía  
Fijos en mí los ojos de él.

Cuánto, Dios mío, nos amamos  
Cuando escuchábamos los dos  
Aquella rítmica armonía  
Que nos llegaba al corazón!

Mas yo no sé porqué olvidada  
De su presencia aquella vez,  
Todas las fuerzas de mi espíritu  
En la “berceuse” concentré.

La repetí dos y tres veces  
Siempre "pianísimo" el compás.  
Yo lo llevaba muy despacio,  
Muy cadencioso, muy igual...

Cuando después que hube concluido  
Volví los ojos hacia él,  
Hallé los suyos ya cerrados;  
Nada me dijo, yo callé.

No sé qué extraño sentimiento  
Hizo a mis labios sonreír  
Al verlo tan serenamente  
Adormecido junto a mí...

¿Fué real su sueño? ¿fué un elogio?  
Aún hoy lo ignoro. Sólo sé  
Que yo me dije sin despecho:  
Fui más artista que mujer".

María Eugenia nos había recibido en una salita baja, de muebles desteñidos y anticuados, con una ventana que daba a la calle. Ardía el poniente con el crepúsculo, cuando a ruego del crítico argentino — ¡ruegos bien insistentes por cierto! — María Eugenia se avino a recitar. Decía sus versos en una forma admirable, que nos encantaba. Poco a poco, la habitación se iba llenando de sombras. Los muebles desaparecían en la penumbra. Hubo un momento en que ya ni siquiera nos vimos nosotros.

La voz vibrante, cálida y apasionada de María Eugenia, era un encanto sumado al de sus versos, reveladores de aquella fuerte visión: honda raíz de su estilo vigoroso, con lo que nos sugestionamos de tal modo, que llegamos a soñar que estaba, a un paso de nosotros, la mujer más genial y más bella del mundo.

VICENTE A. SALAVERRI.

Montevideo, Junio 1914.

## EL QUE CALLA OTORGA... O NO OTORGA

### Diálogo

—¿P UES ahí es nada lo que pide?... ¡Tacto, ponderación, oportunidad!... virtudes que no hallará Vd. por cierto a la vuelta de cualquier esquina.

—Pero en quien ocupa un puesto destacado, tales condiciones son primordiales. Al menos podría exigirse...

—(*Interrumpiéndole*). Desilusionéme, amigo, mio. Cuanto más exija usted de los hombres, y así sea por la recta medida de quien empieza por exigirse a sí mismo, más amargado e infeliz se sentirá en el mundo. Obre desinteresadamente, esto significa, claro está, con el mayor desinterés. Siga su camino tratando de no perder su ruta, y sobre todo, no espere nada de nadie.

—Pero es que yo... (y permítame que le abra mi corazón) que no he podido nunca conformarme con no tener amigos, verdaderos amigos...

—Lo comprendo.

—(*Continuando*). ¿Cómo podría llegar a conformarme con no hallar en mi camino ni siquiera personas justas o de buen sentido?

—Le repito a Vd. que pide mucho. Malos tiempos corremos para esperar justicia o buen sentido.

—Es lo que me resisto a creer... por más que...

—Sí, por más que no haya sino que rendirse a la evidencia.

—Me resisto. ¿qué quiere Vd.?, no puedo conformarme...

—Pues no advierto más que un recurso.

—¿Cuál?

—Conformarse, sin conformarse.

—No entiendo.

—¡Vaya, hombre! A mi vez no comprendo, cómo no entiende Vd. lo que demasiado entendemos todos por propia experiencia, lo que demasiado practicamos a cada instante.

—¿Querrá Vd. decir que me adapte a las circunstancias?

—¿Y qué otra cosa hace Vd. al fin de cuentas? Cuando uno no puede reformar a los hombres, no queda otro recurso sino tomarlos como son, o dejarlos.

—Transacciones... y transacciones.

—¿Qué otro remedio? Sin contar con que puede Vd., sin dejar de adaptarse, por decirlo así, exteriormente a las circunstancias, conservar en su fuero íntimo, cuanta protesta y rebeldía quiera.

—Lo que yo quiero es vivir abiertamente, de acuerdo con las normas que mi conciencia me indica como mejores, y no con las que otros me impongan y que reputo peores.

—Ideal muy noble y que aplaudo. Solo que me permito observarle que nuestra libertad es un poco mayor de lo que queremos reconocer en nuestros momentos de fatiga para la lucha. Muchas veces creemos que nos alienta el puro deseo de vivir de acuerdo con nosotros mismos, cuando lo que buscamos es que los demás nos ayuden a vivir de acuerdo con nosotros mismos.

—No creo que exista hombre alguno capaz de resistir la absoluta soledad.

—Todos vivimos solos. La única diferencia estriba en que no todos tienen conciencia de su soledad.

—¿Hay algo más espantoso que la soledad?

—No le diré a Vd. parodiando el dicho vulgar, que la soledad de dos en compañía, pero sí le diré a Vd., que la soledad prostituída, la soledad en medio de todos, esa es la más terrible, la más ateneante soledad. La que vive uno a solas consigo mismo...

—(*Interrumpiéndole*). ¡Calle Vd. por Dios! Esa es la más espantosa.

—¿No? Dolorosa sí, pero dulce también.

—No podría vivir solo.

—No crea Vd. que no lo comprendo. Lo comprendo perfectamente ¡y cómo no habría de comprenderlo!...

—Necesito que otros compartan mis ideas y mis aspiraciones, y no veo cómo con el silencio, o la conformidad...

—(*Interrumpiéndole*). Porque Vd. se imagina sin duda que las apariencias pueden tapar la realidad, pero yo no lo creo. Los que se conforman o callan a la manera que yo preconizo, quizás influyan más con su silencio, que los que protestan a grito herido.

—El que calla otorga... dice el refrán.

—El que calla otorga... o no otorga. Y en lo que se refiere a mi experiencia personal, recuerdo que de muchacho, las refutaciones que se me hacían en silencio, eran de todas las que hallaba al paso las que más me impresionaban y las que más me aleccionaban. La conducta de una persona, será siempre una refutación de más peso que la que fluya del mejor discurso.

—Convengo en que vivimos rodeados de un exceso de imperfecciones verdaderamente aplastante y abrumador, pero con todo me parece que uno debe luchar por el bien de todos, por disminuir.

—(*Interrumpiéndole con lágrimas en la voz*). ¡Cuánto me commueve su candor! ¡Qué va Vd. a disminuir ¡hombre de Dios!... ¡qué va Vd. a disminuir!

—¡Déjeme la ilusión!

—(*Sin airtc*). ¡Democracia! ¡reivindicaciones obreras! ¡penurias económicas! ¡olas de frío, o de calor! son cosas insignificantes al lado de la ola de vulgaridad que nos envuelve a todos. El desenfreno de las costumbres en sus formas más idiotas o absurdas. La superficialidad entronizada. Campeonatos tras campeonatos. No ya la irrespetuosidad, la grosería en auge: Mire Vd., esa ola de vulgaridad de quien nadie o punto menos, habla ¡y Dios sabe por qué motivos! eso es lo que constituye el espectáculo pavoroso por excelencia!

—¿Y cree Vd. que con el silencio?...

—(*Desesperado*). ¡Figúrese!... con nada. ¿Quiere usted conocer mi opinión desnuda? Nos encaminamos a una catástrofe que ninguna fuerza humana ni divina puede atajar.

—¿Nada menos que una catástrofe?

—Sí, amigo mío. Una catástrofe preparada por graves errores de legislación, por la ignorancia del pueblo, y por la desesperación de los intelectuales que entre la perspectiva del shimmy por un lado, o vivir como puercos pensando sólo en comer... optan por lo último.

DELFINA MOLINA Y VEDIA DE BASTIANINI.

## LOS LLANOS

**L**A llanura es un dolor pobrísimo que persiste.  
La llanura es una estéril copia del alma.  
El arenal es duro y enceguecido y en él no brilla la videncia del agua.  
¡Qué cansados de perdurar están estos campos!  
Esta flagrada y dolorida ausencia es toda La Rioja.  
Por este llano urgió su imperio hecho de lanzas Juan Facundo Quiroga.  
Imperio forajido, imperio misérrimo.  
Imperio cuyos vivos atambores fueron cascos de potros redo-  
[blando ciudades humillada  
Y cuyas encarnizadas banderas fueron los cuervos que una vez  
[muerta la pelea se abaten.  
Imperio que rubricaron facones criollos encrueleciéndose en las gargantas  
Imperio cuyos únicos palacios fueron las desgarradas y ávidas llamas.  
Imperio errante. Imperio lastimero.  
Aquella torpe vida en su entereza se encabrió sobre las llanos  
Y fueron briosa intensidad la espera de los combates ágiles  
Y el numeroso arremeter detrás de las profundas tacuaras  
Y la licencia atestiguando victorias  
Y el saquear desbocado  
Y la estrella ardorosa que trazan el varón y la mujer en juntándose.  
Todo ello se perdió como la tribu de un poniente se pierde  
O como pasa la vehemencia de un beso  
Sin haber enriquecido los labios que lo consienten.

Es triste que el recuerdo incluya todo  
Y más aún si es bochornoso el recuerdo.

JORGE LUIS BORGES.

## LA CAUSA POPULAR CONTRA LAS LEYES DE JUBILACIONES

### I. — Socialismo y Servilismo

**D**E todos los ataques, y son innumerables, sostenidos de tiempo en tiempo por los apóstoles del socialismo, pocos han sido tan mortíferos como los que, en Inglaterra, en los años inmediatos anteriores a la guerra, lanzábanle dos escuelas de idealismo sociológico, aliadas hasta cierto punto en su modo de encarar los problemas sociales, aun cuando separadas por diferencias fundamentales en sus finalidades. Compuestas por hombres de buena voluntad, desinteresados y de una sinceridad manifiesta, apoyando su propaganda en los mismísimos motivos de altruismo que constituyen la fuerza principal del socialismo, la sugestividad y significado intrínsecos de los ideales que predicaban, hicieron sensibles y peligrosos sus ataques de una manera y en un grado que jamás hubieran alcanzado las fuerzas reaccionarias. Diferentes, como hemos dicho, en sus finalidades, un motivo, por lo menos, les era común. Conscientes de la naturaleza esencialmente transitoria e inestable de la estructura de la sociedad moderna, observándola en proceso de cambio, lento pero claramente visible, de la base capitalista a que había evolucionado durante el siglo pasado, ambas, desde sus distintos puntos de vista, vieron con alarma creciente la dirección a que ese cambio aparentemente tendía.

De estas dos tendencias, la una, en lugar de la idea generalmente aceptada del socialismo, sostenía la necesidad de la evolución de la anarquía existente hacia un orden nuevo cuya base sería la organización de la sociedad en un vasto sistema

de corporaciones ("guilds"), algo que sería como la vuelta a la relativa independencia económica de la edad media, ese período de la historia que produjo los maestros artesanos. La esclavitud jornalera del industrialismo debería reemplazarse por una nueva organización de la sociedad, cuya base fundamental sería el servicio a la comunidad como finalidad de la vida de cada uno y no como etapa, las más de las veces desagradable, hacia la satisfacción de la ambición personal. haciendo que el fin y objeto únicos de la vida sean la lucha, puramente egoísta, para la adquisición del bien privado. El individuo, en semejante organización, daría sus servicios al bien común, al igual que rinde el soldado servicios a su patria, en pos de un ideal definido, y a su vez la sociedad, además de satisfacer sus necesidades materiales, le daría no un jornal, pero sí cierto pago de acuerdo con una escala determinada, pago que recibiría como tal y,—puesto que los servicios que rindiera no guardarían proporción alguna con esa escala,—en modo alguno como recompensa. Ideal imposible, se decía, consideradas las cualidades esenciales de la naturaleza humana, conglomerado de egoísmo, codicia y apetitos inmoderados: e imposible parecía, en efecto, aún a muchos de los que con mayor simpatía acogieron la idea, hasta que el estallido de la guerra, con su espectáculo de centenares de miles de ciudadanos abandonando voluntaria y gustosamente toda preocupación de ambición personal en aras del patriotismo, vino a demostrar, en forma concluyente, todo lo contrario.

Los de la otra tendencia abogaban por lo que ellos llamaban el "Estado Distributivo" y oponían a la teoría del colectivismo y al ideal socialista de la nacionalización de las fuentes de producción, una mayor expansión antes bien que restricción de la propiedad personal. Admiradores aún más entusiastas de lo que reputaban la mayor organización social de otra época, igualmente opuestos a los males inherentes al sistema industrial, llenos en igual grado de profunda indignación frente al desamparo, al sufrimiento y a la miseria abyecta que en todos los grandes centros modernos se arrastran, codeándose con la ostentación ofensiva del lujo insolente, los que profesaban esta otra teoría sostenían, no obstante, que el anhelo de posesión de la propiedad constituía una de las pasiones dominantes de la humanidad,

pasión que no se podía ni debía tratar de arrancarle, y que, por lo tanto, en vez de buscar la abolición de la propiedad, era preferible que los cambios que se efectuaren en el engranaje social, fuesen de tal naturaleza que permitiesen una distribución cada vez mayor de la propiedad — el Estado Distributivo — existente ya, parcialmente, en Francia, por obra de las leyes de herencia del Código Napoleón, en que, por otra parte, también se basan las leyes de herencia imperantes en esta República.

Tales, brevemente reseñadas, son las ideas que en la Inglaterra de la pre-guerra, pugnaban por desviar o cambiar la tendencia de ese idealismo sociológico, cuyo esfuerzo persistente, continuado año tras año, frente a toda clase de obstáculos, ha convertido una fuerza débil e ineficaz, en un poder de primera importancia.

Pero, por otra parte, la idea del socialismo no interesa directamente al asunto de este artículo. El conocimiento de estas manifestaciones del pensamiento contemporáneo constituye un preludio necesario a lo que sigue, y las hemos tratado sucintamente a fin de indicar la naturaleza de ciertas corrientes de opinión existentes en uno de los países europeos en ese período de la historia inmediatamente anterior a la guerra, período de fértil idealismo por una parte y por otra de organización de las fuerzas de la reacción en núcleos que se constituyeron en centro principal de oposición a ciertas tentativas perniciosas y ante todo a ese magno experimento que constituía la Ley de Seguro Nacional (“National Insurance Act”), ley que el liberalismo británico, en lucha moribunda por mantener un predominio que se le escurría de las manos, importó de Alemania para servir de piedra angular a su edificio de “Reforma Social”.

Hace algo más de doce años, el autor de este artículo asistía, en Inglaterra, a un debate público celebrado bajo los auspicios del Partido Laborista Independiente, en que el hombre que actualmente rige, como primer ministro, los destinos de la Gran Bretaña, fué desafiado por un escritor célebre a que negara la veracidad de esta premisa: “Que todos sus actos y manifestaciones demuestran que el rumbo que siguen los discípulos moder-

nos del socialismo tienden, no al socialismo, no al colectivismo, sino al Estado Servil". El debate, uno de los más sugerentes, probablemente, en que jamás tomó parte el señor Ramsay MacDonald, sirvió para demostrar el abismo que separaba a ese excelente liberal escocés trajeado de socialista, de las realidades crueles y duras que constituyen la suma total de la vida de los pobres, en cuyo nombre hablaba. Maestro indiscutible en el arte fácil de la oratoria parlamentaria, consiguió sin ninguna dificultad los sufragios de su auditorio, compuesto en gran parte de correligionarios del dirigente obrero. Pero en las respuestas, un tanto vagas, a su desafiante, respuestas abultadas con esa retórica hueca que provoca el aplauso fácil de las muchedumbres, parecía faltar cierta simpatía humana. En vez de la palabra del compañero que, compenetrado de la dura realidad de la vida de los pobres, aplica sus conclusiones lógicas, sólo se oía la aridez del doctrinario. El hombre se había perdido en el político. En cuanto al tema discutido, a pesar de las simpatías evidentes del auditorio, no cabía duda alguna de qué lado estaba la verdad. El socialismo, a la izquierda en esos días del liberalismo capitaneado por ese maestro de los cambios kaleidoscópicos, Mr. David Lloyd George, tendía en efecto, en todos sus actos, hacia algo muy distinto del colectivismo y ese algo era el *Estado Servil*, concepción moderna, inteligentemente desarrollada, de las viejas organizaciones de siervos, cuyo ideal era la eliminación de las privaciones, la satisfacción de las necesidades materiales, la abolición de todo ese espectáculo degradante de miseria abyecta que doquiera se encuentra en el mundo moderno,—inconscientes o indiferentes sus apóstoles al precio que exigía, al hecho de que el logro de ese ideal involucraba la entrega de los últimos vestigios de libertad a que aún se aferraban tenazmente los pobres, el sacrificio de esa dignidad humana que constituye la base, estructura y objeto íntegro de la Democracia.

## II. — El estado servil

Es decir, la organización de la sociedad, sabia y universalmente regimentada, en dos categorías, distintas y netamente definidas, la libre, compuesta de los poseedores de toda propie-

dad y constituyendo en todo sentido el cuerpo directivo y gobernante, y la no libre, es decir, la inmensa mayoría (titulada en la famosa Ley de Seguros Nacional "personas empleadas") que comprendía el proletario, desposeído de toda propiedad y ofreciendo a la venta una sola y única mercancía — su propio trabajo.

Ya en un gran país europeo, Alemania, ese hogar de las masas sumisas y disciplinadas, que poco más tarde la historia mostró cuan fácil era convertir, rápida y eficientemente, en una sola y vasta máquina que prestaría inmediata y ciega obediencia a la voluntad omnipotente de sus poderosos gobernantes, ya en ese país, el sueño del Estado Servil se había convertido del todo, menos en el nombre, en una casi realidad. Poco había, que ofendiera la vista, en sus grandes centros industriales, de esa pobreza degradante, esa positiva necesidad física que constituía una característica tan desfiguradora de otros países y ese solo hecho era suficiente en sí para atraer la simpatía admirativa de esos liberales, del todo sinceros, y sus lugartenientes socialistas, que no percibían o no se detenían a buscar los peligros ocultos de la mar a cuyas aguas habían lanzado, entusiastamente, el barco del estado. La suerte de los pobres, en todos sentidos menos uno, haríase más llevadera. El brazo protector de los poseedores de toda propiedad — el sector libre y gobernante de la comunidad que ellos llamaban el Estado — se extendería en todas direcciones hacia los desposeídos. Proyectos de amparo del estado, cada vez más ambiciosos, se convertirían en ley. Todos los "beneficios" imaginables serían otorgados, y el ideal habríase alcanzado cuando se hubieran satisfecho todas las necesidades humanas del proletariado (que consistiría, obsérvese, en la inmensa mayoría) cuando se le hubiera "regalado" todo... todo, menos la propiedad y el derecho de dirigir sus vidas de acuerdo con su criterio ininteligente, ese criterio que un prejuicio ridículo de libertad permitía que siguieran concibiendo sus mentes ignorantes.

De todos los proyectos, tendientes a la implantación en Inglaterra del nuevo concepto de la Sociedad, ninguno tuvo defensores tan empeñosos y tan resueltos y ninguno provocó una oposición tan tenaz y tan violenta como la Ley de Seguro Nacional

(“National Insurance Act”). Importada directamente de Alemania, se la juzgó el golpe maestro, como fué el desafío abierto, de los abogados, conscientes o inconscientes, del nuevo orden. Por vez primera en la historia del país, desde que existía la libertad y la igualdad ante la ley, se hizo distinción, en una ley del Parlamento, entre un ciudadano y otro — las “personas empleadas” (que correspondían al sector servil en el nuevo concepto) y el resto del país. Por vez primera, se sentó el principio de que lo que un hombre ganara no era, en efecto, su propiedad inviolable, a emplearse como mejor le pareciera, sino que podía — por lo menos en parte — serle arrebatado, para con ello asegurarle ciertos “beneficios” que se consideró deseable poseyera, y por los cuales, quiera que no, sería por fuerza obligado a pagar. La historia de esta ley, antes de su sanción, es la de una de las luchas más obstinadas y más enconadas de los tiempos modernos. Los enemigos de lo que ellos veían y temían como una tiranía que se avecinaba, tanto más peligrosa por ser impuesta con mano suave e insinuante, hicieron el máximo de esfuerzos, y llegó a ser tan formidable la oposición, que la propuesta quedó a punto de ser rechazada por el país. Empero, los partidarios del proyecto dirigidos por el señor David Lloyd George, se mostraron igualmente tenaces, y ellos, finalmente, ganaron la jornada. Pero vencieron, no en mérito de las cualidades intrínsecas de su proyecto, sino por un ardid electoral, por un llamado a la avidez humana, por la oferta (que hubiera honrado a cualquier charlatán callejero) de “nueve peniques por cuatro!” “9d. for 4d.”, ese grito de guerra electoral, a todas luces deshonesto, inventado por el señor Lloyd George y repetido como un eco por sus acólitos, a través del país entero! Por los cuatro peniques que pagaría la “persona empleada” (ellos no decían que le serían sustraídos a la fuerza!) recibiría oportunamente, de acuerdo con la ley, nueve peniques de beneficios. Los cuatro peniques han sido y continúan siendo deducidos de su sueldo, pero los nueve...? ¡Preguntad a cualquier inglés de hoy lo que ha sido de los nueve peniques prometidos!

Los que tomaron alguna participación en esa lucha y han vivido para ver la inconsistencia de las promesas hechas con tanta liberalidad, tienen la satisfacción un tanto desoladora de haber

visto cumplidas muchas de sus predicciones. Pero también les consuela la satisfacción mucho mayor y más legítima de saber que, no obstante ese éxito temporario, la implantación del Estado Servil ha sido, aparentemente, abandonada o prorrogada indefinidamente. La gran catástrofe que, poco más tarde, irrumpió sobre la humanidad, fué causa de una preocupación de muy distinta índole. Con el estallido de la gran guerra, todos los "ismos" fueron momentáneamente relegados al olvido, por la concentración de los pensamientos y energías íntegros de los hombres en un solo y único empeño, el de su mutua destrucción. A pesar de lo paradójica que puede parecer a la observación superficial, la sumisión, voluntaria y gustosa, a la disciplina más severa y al sufrimiento físico más intenso, el abandono, en respuesta a la voz del patriotismo, de toda ambición personal, produjo, en la generalidad de los hombres, un estado de ánimo netamente contrario al que prevaleció durante el período de evolución hacia el Estado Servil, en los días que precedieron a la guerra. Conscientes de su individualidad, de su esencial hombría, reacia a cualquier tentativa de disminución de su libertad individual, la humanidad que emergió de la guerra era una humanidad poco propicia a cualquier sistema de regimentación. Al terrible precio de la guerra, el peligro inminente había sido conjurado, pero la tentativa de minar y destruir las bases de la libertad humana, que constituye el único derecho al respeto de la organización moderna de la sociedad, había tenido casi el éxito más completo, y lo había conseguido por obra de la atmósfera singularmente propicia existente en esos días, atmósfera en que la impotencia y apatía cansada de los pobres, por una parte, contrastaba con la superioridad apenas disimulada, el orgullo intelectual, la piedad mitad desdeñosa de los poderosos gobernantes.

Eran estos los días — quizá los sucesos venideros arrojaban su sombra ante sí — del culto de la fuerza, de la admiración no disimulada por la voluntad fría y dominante, de la eterna cantilena del superhombre... Las crueles y nauseabundas propuestas de los Eugenistas para experimentos de segregación (a practicarse, por supuesto, entre los pobres) corrieron de boca en boca. Era la moda hablar en tono despectivo de la democracia, como de un experimento que, tras prolijo ensayo, había

fracasado del modo más completo. Sostuvóse la necesidad de subordinar las masas a la inteligencia superior y a la autoridad saludable de una clase dominante, y el mundo — antes que la tragedia de la guerra demostrara a donde conduce la adoración de la fuerza — parecía maduro para la implantación definitiva del Estado Servil. Firmemente plantado en Alemania, sus principios directivos extendíanse a otros países, apareciendo en Inglaterra con el nombre inocente de la “Reforma Social”, con su serie de leyes para el ordenamiento y regularización obligatorios de la vida de los hombres, y en carrera vertiginosa corría el mundo hacia el nuevo orden. Pero de repente la carrera se suspendió. Por un espacio de años todo se paralizó y el cataclismo universal consiguió lo que probablemente no hubieran conseguido nunca la oposición unida de las fuerzas a que nos referimos al principio de este artículo y de los que aún se aferraban desesperadamente a la Democracia como única esperanza de la humanidad — evitar la conversión de la organización actual de la sociedad en una nueva en la que, cualesquiera que hubieran sido sus virtudes, la dignidad humana no hubiera cabido y la libertad del individuo, que todavía reputaban algunos una conquista sin precio, hubiera sido, para la gran mayoría de la humanidad, palabra sin sentido.

### III. — Las Leyes de Jubilaciones

En el capítulo anterior, nos referimos a ciertas corrientes de pensamiento que prevalecían en la Europa del anteguerra e intentamos diseñar el proceso manifiesto de cambio o desintegración de la estructura de la sociedad, la evolución de la organización transitoria existente desde el advenimiento del capitalismo industrial, hacia un orden nuevo, fundado en la eliminación de las terribles llagas que se exhiben hoy en todos los grandes centros de actividad humana, a costa, empero, de algo que no nombraban nunca los abogados del nuevo orden, algo intangible, inmaterial, que no se podía pesar ni apreciar en términos de ninguna de las medidas conocidas de valor — esa libertad individual a la que, en medio de todos sus sufrimientos, aún se aferraban obstinadamente los pobres.

No es de extrañar que, planteada así la disyuntiva, se hicieran, aún entre las mismas víctimas, muchos prosélitos al nuevo concepto, cuya finalidad quizá no vilumbraban sino vagamente. Los de carácter más robusto, de espíritu, a pesar de sus circunstancias, libre e independiente en el fondo, resistían y resistían con toda su fuerza. Los otros, abrumados por las duras necesidades de la vida, el desamparo y la miseria en que se debatían, aceptaban sin mayor dificultad un régimen cualquiera que les asegurara una mejora material.

El problema, a través de las épocas, de todo esfuerzo humano, gira en torno de esa alternativa trágica entre la libertad y la lucha salvaje y sacrificios interminables que implica y — en una forma u otra — la esclavitud, con su ausencia de preocupaciones, su satisfacción de toda necesidad material y... sus cadenas. La revuelta en el desierto de los Israelitas hambrientos, al recordar las amplias comidas de Egipto, los esclavos liberados de Norte América, reclamando a gritos la vuelta a la servidumbre, despreocupada, libre de la necesidad de luchar por la vida, son incidentes que, mil veces repetidos, repercuten por el largo corredor del tiempo, significativos de un problema tan palpitante hoy como en cualquier otro momento de la historia del mando. Para los desposeídos de toda propiedad, la alternativa es en verdad trágica.

¡Y no nos engañamos! Sólo los menos inteligentes entre los patrones, se resistían a la implantación de esos proyectos de "Reforma Social". Los de visión más amplia y de una percepción más ajustada de sus propios intereses, reconocían fácilmente la ventaja de tener permanentemente a su disposición una masa de labor obediente y más o menos servil, obtenida, es cierto, a un costo que implicaba, *prima facie*, cierto sacrificio pecuniario para ellos, pero que, como veremos más adelante, era sólo aparente, y que, en todo caso, se compensaba con creces por el abandono de la individualidad que resultaba de la sumisión a las nuevas condiciones.

La guerra, con su llamamiento imperioso e indistinto, al sacrificio, detuvo en Europa, con mano violenta, la marcha incontenible hacia el Estado Servil, y su prosecución, como hemos visto, produjo en el carácter y la naturaleza de los hombres

una revolución de tal magnitud que por el momento todo nuevo intento en esa dirección resultaba imposible. Entretanto, en este país, que había quedado alejado del flagelo de la guerra, pasaba algo muy curioso. En el momento en que, en Europa, se relegaba temporarily al archivo todo el vasto y complicado proyecto de regimentación, cuando — ignorándolo, por supuesto, las fuerzas dirigentes y aún, probablemente, los mismos hombres — se operaba en la naturaleza de éstos una evolución que más tarde hizo imposible su prosecución, en ese preciso momento de la historia, la República Argentina recogió la cadena rota. y los proyectos de "Reforma Social", abandonados en otras partes, encontraron en este país un eslabón de continuidad en una serie de leyes, más ambiciosas y más trascendentales que cualquiera hasta entonces intentada — las Leyes de Jubilaciones, hijas de la Ley de Seguros Nacional británica, como ésta, a su vez, fué hija de una legislación similar existente en Alemania. Fáltán doles, es verdad, algunas de las disposiciones más odiosas de aquella ley, y conservando, como más adelante veremos, una válvula de seguridad importante y preciosa para la democracia amenazada, las Leyes de Jubilaciones desarrollaban los principios obligatorios de esa famosa Ley de Seguros, de una manera y en un grado que hubiera despertado la envidia de los promotores de esa medida.

Infinidad de comentarios, tomando a veces la forma de la extrañeza un tanto apenada, otras, de la protesta indignada, se han suscitado alrededor de la actitud atribuida en primera instancia, y por lo general con justeza, al elemento extranjero de la comunidad, con respecto a las Leyes de Jubilaciones. Envejecidos en la experiencia de esta clase de legislación, desilusionados muchos que en un principio la apoyaban, confirmados en su oposición los que en todo momento la detestaban, no juntaban sus voces al coro de júbilo, pero sintiéndose impotentes para detener el curso de lo que parecía un entusiasmo popular sin límites, optaron por la actitud, algo inepta, del "laissez faire", el encogimiento resignado de hombros, el fatalístico "qué le vamos a hacer", adquirido en el contacto diario con sus amigos argentinos.

La acción lenta del tiempo, empero, ha convertido a su pun-

to de vista muchos de los que fueron en un tiempo propagandistas convencidos de estos proyectos. A la primera ola de entusiasmo desbordante que provocó la naturaleza vagamente comprendida de estas leyes, ha sucedido una división en las filas de los trabajadores que fueron designadas ostensiblemente a “beneficiar”. Un cuerpo de oposición importante y en constante aumento, ha empezado a hacerse sentir, especialmente entre el elemento más pobre de la comunidad, lleno de dudas inquietas acerca de lo que finalmente pueda significar para él esas leyes, y consciente, como con toda justicia se ha hecho notar, de su único elemento de certidumbre absoluta — los sacrificios a que, quiera o no quiera, estará obligado a someterse.

Esta oposición, es indudable, con el correr del tiempo, y a medida que el verdadero significado de lo que sucede, empiece a ser comprendido por la antes entusiasta mayoría, aumentará constantemente, hasta llegar a formar un cuerpo de tanta importancia que, a no ser que sobrevenga la reacción y se elimine de estas leyes el error fundamental en que descansan, todo el edificio, trabajosamente erigido por los esfuerzos, enteramente sinceros si bien imperfectamente concebidos, de unos pequeños núcleos de entusiastas, será demolido y los pesados sacrificios de centenares de miles de los habitantes de esta tierra, habrán sido hechos en vano.

\*

\* \*

Hasta aquí, en el desarrollo de nuestra tesis nos hemos sujetado a los que reputamos principios fundamentales y es en esos principios fundamentales y no en simples posibles errores de detalle, en los que desearíamos descansara la verdad o error que le fueran imputados. Aquí no nos ocupa el aspecto puramente técnico del asunto, la cuestión, respecto a la que se oye expresar las mayores dudas, de la solidez financiera de las diversas Cajas. Aún entre los ferroviarios, cuya caja es en muchos sentidos la más fuerte que hasta ahora se ha creado, existe, creemos, la mayor inquietud en cuanto a lo que será, eventualmente, su capacidad para llenar los compromisos objeto de su creación, el temor de

que llegue el día en que se descubra que ha ofrecido “nueve peniques por cuatro”. Y si, en efecto, es este el ánimo de muchos ferroviarios, cuan mayores han de ser las dudas de los afiliados a otras cajas, especialmente de las de más reciente creación. El asunto, empero, tiene un significado mucho más profundo aún que el que emana de esa eventualidad asaz seria. Envuelve el principio en que hemos insistido precedentemente, el principio — ni más ni menos — de la libertad, del derecho inalienable del individuo de ordenar su propia vida de acuerdo con su propio criterio, el derecho de poder decir de lo que es suyo, lo que ha ganado con el sudor de su frente y la subordinación voluntaria de su personalidad a las necesidades de la vida, de poder decir: “Esto es mío, por derecho indiscutible e indiscutido, para emplear a mi voluntad, gastar tal como deseo, retener como deseo. Esto, que constituye el único hilo precario que me ata a las leyes universalmente aceptadas de la propiedad privada, esto yo puedo utilizar, en parte para sufragar mis gastos inmediatos y de los que de mí dependen, y en parte, cuando las circunstancias me lo permitan, para proveer al amparo de mi vejez y a la obtención de cualesquiera otros “beneficios” que pueda adquirir. Pero, por otra parte, cuando las circunstancias de mi vida requieren, para las necesidades mías y de los que de mí dependen, el gasto de cada centavo que gano, entonces seré libre, en igual forma, de ejercer mi derecho indiscutible de gastar así hasta el último centavo”. Eso y ningún otro es el principio fundamental que nos ocupa y es allí donde se encuentra el error fundamental de las Leyes de Jubilaciones — la inclusión entre sus cláusulas del odioso y odiado elemento de compulsión.

Bien lejos de nuestra mente la condenación de la concesión de jubilaciones a los trabajadores de este o de cualquier país. La teoría del derecho a la pensión en la vejez o cuando la enfermedad o accidente invaliden al trabajador el continuar en el servicio, es de la más elemental justicia. Pero hay un solo y único principio básico en que debería descansar. Es el principio que expresa el axioma: El servicio crea derechos. Es este el dogma — ya admitido — que impulsa a gran número de patrones en el mundo entero, a otorgar, voluntariamente, la jubilación a sus empleados, no, en verdad, las jubilaciones ambiciosas que las

diversas Cajas esperan poder dar a los trabajadores de este país, pero jubilaciones que, por poco importantes que sean, no requieren, al fin y al cabo, deducción forzosa alguna de sus sueldos, sin tomar por un momento en cuenta las circunstancias de su vida, y si éstas permiten o no semejante disminución de sus medios de vida. Indudablemente, por todo lo que significa la palabra justicia, debería el hombre incapacitado gozar de la jubilación. Reconocemos francamente y sin restricción alguna el principio. Hagámoslo, si se quiere, extensivo uniformemente a todos los trabajadores del país, obligando a todo patrón que no ha querido, de su propia voluntad, reconocer ese derecho elemental, a apartar, tal como se le requiere ahora por estas leyes, cierta contribución mensual por cada uno de sus empleados, para con esos fondos poder otorgarle alguna forma de jubilación. Hasta algo podría sostenerse, convenimos, en favor de la centralización de todos estos esfuerzos aislados. Pero dejemos que la contribución del empleado sea enteramente voluntaria, dejémosle a él la facultad de poder decir: "Porque me he convencido de la necesidad imprescindible de proveer, contra las vicisitudes de la edad o la incapacidad, a mi sostén eventual y el de mi familia, de mi propia voluntad y sin que nadie me obligue a ello, contribuiré cada mes con cierta porción de mi sueldo para aumentar el beneficio de la jubilación que eventualmente me corresponderá". Pero no le quitemos el derecho de poder igualmente decir: "Mis necesidades y las de mi familia absorben la totalidad de mi capacidad actual de ganancia. No me es posible disminuir el importe de mi sueldo en un solo peso y por tanto, a menos que las circunstancias alteren en adelante mi situación actual, me veré obligado a contentarme con la jubilación que pueda otorgarme la Caja formada por los fondos acumulados de los patrones".

Eso, se ha dicho, es el deseo de conseguir algo por nada. Los desafectos, se suele insinuar, buscan mejoras sin que por ellos les sea exigido ningún sacrificio personal. Quieren, en una palabra, su caja de jubilaciones, pero no quieren pagarla. Y sin embargo, lo que en realidad les preocupa, es menos el deseo de conseguir algo por nada, que el temor de que por algo eventual no se les diera nada. No es que busquen mejoras sin sacrificio personal, sino más bien que renuncian a las mejoras por estar los

sacrificios impuestos más allá de sus fuerzas. No reclaman, en fin, la Caja de Jubilaciones sin quererla pagar: repudian la Caja, porque se dan perfecta cuenta de que no pueden pagarla. Y no hay nada, en todo esto, que sea abstracto o paradójico. Es la exposición, simple y lógica, de los hechos, tal como se presentan a todo hombre que se ve obligado a hacer frente a la lucha por la existencia y modelar su vida de acuerdo con su capacidad. A ese hombre, que carga quizá con el fardo de una familia que bajo ninguna circunstancia podrá mantener con menos de lo que gana cada mes, es un pobre consuelo por la fuerte pérdida que sufre, hablarle de "beneficios" posteriores, "beneficios" por los cuales le es materialmente imposible pagar, pero que, no obstante, se le obliga a adquirir. Constituyen estos "beneficios", para semejante hombre, un lujo imposible y ese lujo, al que tendrá derecho cuando al correr de los años se retire de la lucha, es el que se le obliga a comprar, aun cuando se arruine, él y su familia, en el intervalo.

Pero, se sostiene: la contribución de cada uno es tan suave que no podrá, en el peor de los casos, significar más que una pequeña molestia y quizá alguna privación momentánea. Error profundo. La contribución no es de ninguna manera suave, sino extremadamente pesada. 10 % de su sueldo mensual durante dos años, y después, por lo menos, el 5 %, no es ya ninguna bagatela. Pero no nos hagamos ilusiones. Pagará, igualmente, el 8 o 5 % que constituye la contribución del patrón. Aun en el mejor de los casos, en el caso que a todos los empleados se les aumentara el sueldo, que todos los empleadores, en fin, se hicieran cargo del aporte de sus empleados, tanto esto como el aporte patronal, se cargará a precios, y en aumento del costo de la vida, el "beneficiado" de las Leyes de Jubilaciones pagará íntegramente su costo. De nada sirve el hacer comparaciones con la Ley de Jubilaciones de ferroviarios, que según las palabras del presidente de la Caja creada por la Ley N.º 11289 —palabras típicas de todos los abogados del Estado Servil— "tuvo que imponerse en un principio a la voluntad irreflexiva del individuo". A esa ley, dice el autor de este magnífico ejemplar de superioridad innata, "casi todos hubieran renunciado de no ser obligatoria". De lo que resulta, claro está, la necesidad del empleo de la

fuerza, Pero el caso de la Ley de Jubilaciones de ferroviarios era en un todo distinto de las últimamente sancionadas, como era igualmente distinta la situación creada cuando existía únicamente esa primera ley de jubilaciones. Al sancionarse, todos los sueldos de los ferroviarios fueron aumentados y el costo del aumento, por disposición legislativa, se cargó a precios (las tarifas), de manera que todos y no sólo ellos ni sus patrones pagamos el costo de las jubilaciones de los ferroviarios. Pero cuando es el caso que cada trabajador del país tenga su ley de jubilaciones, cada uno pagará, no sólo su aporte, sino también el aporte del empleador, y puesto que no es concebible que a todos se les aumente el sueldo, los que se vean obligados a cargar directamente con su propio aporte, verán también gravitar sobre sus hombros parte del aporte de sus compañeros más afortunados.

Así, se aumentarán aún más las desigualdades, y será éste el resultado inmediato del primer experimento llevado a cabo en este país para la reglamentación obligatoria (para su "bien") de la vida de los hombres. Una válvula de seguridad, como hemos dicho ya, ha sido asegurada en estas leyes para los que aún depositan su fé en la Democracia, una y una sola, pero es de una importancia fuera de toda ponderación. Nos referimos al control directo sobre sus propios fondos que asegura la representación en las diversas Cajas. Fué una inspiración afortunada, que distingue estas leyes de todas sus predecesoras, y siempre que sepa aprovecharla una democracia vigilante, puede servir de freno efectivo que evite su degeneración en un instrumento más de opresión. Pero no obstante la existencia de tan precioso elemento de seguridad, subsiste y seguirá subsistiendo el error fundamental de la compulsión. Séanos permitido esperar, si han de perdurar estos experimentos, que el principio no se hará más extensivo, que las contribuciones obligatorias empezarán y terminarán con las Leyes de Jubilaciones. Hoy, con el objeto de poder darles los beneficios de la jubilación en su vejez, se les quita a la fuerza a los trabajadores del país un pesado porcentaje de sus sueldos. Mañana, el Seguro Nacional, cuya ley básica se sancionó en las postrimerías de las últimas Sesiones, les quitará quizá (e igualmente para la adquisición de "beneficios") otro poco. El principio podrá prolongarse indefinidamente hasta con-

cederse —a costo de otras tantas deducciones forzosas— innumerables “beneficios” más, y se habrá llegado al milenio a que, conscientemente o no, aspiran todos los que abogan por estos experimentos legislativos — al milenio del Estado Servil — cuando, mediante la confiscación de la totalidad de su sueldo, se habrá conseguido proveer al trabajador de todo lo indispensable para la vida, se le habrá alejado toda preocupación material... y el esclavo de nuestros días — el esclavo jornalero de hoy, — se habrá convertido en el esclavo sin jornal de mañana.

R. RUMBOLD.

## ESTANCIAS EN EL CREPUSCULO

### I

**E**L alma mía se alejó del cuerpo  
y se cerró los ojos con un canto...  
El alma mía fué tras un recuerdo,  
yo sé que pronto volverá llorando...

### II

Una canción se hizo caricia y quiso  
llegar por el camino de los brazos  
hasta el valle del pecho... En el camino,  
la caricia, de pronto, se hizo canto!

### III

Cerrar un libro que se quiere mucho,  
Asomarse en un beso y no ver nada.  
¡Corazón, corazón que estás desnudo  
refúgiate en las voces del que canta!

### IV

Los caminos más tristes y más solos.  
El cielo una mentira, el sol de seda.  
Sentir que lloran sombras en los ojos...  
¿es alguien que se va, o alguien que llega?

## V

*El hilo del camino que se aleja,  
enhebró el corazón y sigue andando...  
¡Llévate toda la dulzura, lleva  
esta dulzura mía por los campos!...*

## VI

*Un cordero, (pedazo de la luna),  
camina hacia el ocaso enrojecido...  
¡Mi secreto es un pájaro que cruza,  
levantando las sombras del camino!...*

## VII

*Perfume del crepúsculo... ¿perfume  
o canto o música que muere?...  
¿que viene hasta nosotros o que huye?  
Corazón, no interrogues ¡es que viene!*

## VIII

*El alma mía se alejó del cuerpo  
y me cerró los ojos con un canto;  
el alma mía fué tras un recuerdo,  
a su retorno yo estaré llorando...*

ENRIQUE M. AMORIM.

## PAGINAS OLVIDADAS

Del Valle, juzgado por Groussac

**S**OLEMNEMENTE ha sido inaugurada en estos días en Palermo la estatua de Aristóbulo del Valle, y con tal motivo las autoridades, el pueblo y la prensa han rendido al ilustre tribuno y luchador un merecido homenaje. Ninguna nueva palabra podríamos agregar a las muy justas que se han pronunciado y escrito en la circunstancia; por eso, hemos preferido reproducir aquí, traduciéndolo del francés, creemos que por primera vez, el artículo en que Paul Groussac, hace treinta años, el 28 de Marzo de 1895, esbozaba, en *Le Courrier Français*, la fisonomía simpática del orador, aunque sin disimular sus defectos, al contrario, señalándolos con un alto fin educativo que aun hoy día tiene valor de actualidad. No dudamos que nuestros lectores sabrán agradecernos que sustituyamos el obligado panegírico por la crítica culta y docente. — N. DE LA D.

Los diarios no dejan de señalarnos dos o tres veces por semana, el éxito creciente de las conferencias oratorias nuevamente inauguradas en la Facultad de Derecho. Alrededor de la cátedra transformada en tribuna, se apretuja una muchedumbre entusiasta de estudiantes y sobre todo de aficionados más o menos esclarecidos. Como la moda se agrega al viejo amor criollo de la palabra, la sala siempre está llena; a muchos les está impedida la entrada. El aula austera es uno de los atractivos del momento, y a los extranjeros de paso por Buenos Aires se les invita a saborear una lección de Derecho Constitucional.

Apreciamos como ninguno el talento oratorio del doctor del Vallé, a quien sinceramente tenemos hoy día por el primer ora-

dor argentino. Es lamentable, de todo punto de vista, que él no ocupe una banca en el Congreso, donde, no sólo su elocuencia y sus conocimientos generales, sino también su alta moralidad y su patriotismo, rendirían innegables servicios. Su sitio en el Congreso debiera ser implícitamente inamovible. Del Valle es de aquellos a quienes buscamos instintivamente allí y de quienes puede decirse, repitiendo el viejo dicho de Tácito, que, cuando faltan, "brillan por su ausencia".

Este dicho, debemos deplorar que, habiendo aceptado una cátedra en la Facultad, no se haya defendido suficientemente contra sus gustos dominantes y sus cualidades *maitresses*. El ha creído que debía trasladar a la cátedra los procedimientos de la tribuna; ahora bien, la fría exposición y el análisis de los textos constitucionales son justamente antagónicos en las sonoridades oratorias. No hay un solo rasgo de elocuencia verbal en los cuarenta capítulos de los *Comentarios* de Story. Y, si se nos objetara que éste es un tratado didáctico, contestaríamos que lo mismo sucede con los cuatro volúmenes de Kent, los cuales son ciertamente lecciones orales, lecturas pronunciadas por él, profesor de derecho, ante los estudiantes del Columbia College.

Siempre domina el tono tranquilo y uniforme, sin estruendo teatral; es la explicación *terre à terre* de aquel que desea enseñar como maestro y no hacerse aplaudir como actor. Por lo demás, la tradición se ha conservado: nosotros mismos hemos podido certificarlo, así en la *Columbia University* de Washington, como en la de Harvard, en Cambridge. Allí, por ejemplo, el sabio profesor Thayer ilustra un artículo de la Constitución con casos prácticos, sacados de sus recuerdos personales o de la práctica corriente de las instituciones; los estudiantes llevan revistas y diarios, piden permiso para interrumpir la exposición, discuten respetuosa y seriamente como hombres y *gentlemen*. El derecho es considerado en estas conferencias como el espíritu de la ley viviente y diaria, de ningún modo como un texto doctrinario y un tema de declamación.

Lo mismo ocurre en Europa. La *mise en scène* de Cousin o de Michelet está arrumbada junto con los accesorios de la era romántica. La evolución científica se ha hecho sentir en las escuelas y en los congresos. Ya no se quieren frases, se piden *sta-*

*tements of facts*; y la facilidad vulgar de la amplificación en los imitadores, ha disgustado de la propia facilidad de los maestros. El último profesor oratorio ha sido el pobre Caro; a causa de su hermoso lenguaje y de los éxitos logrados ante un auditorio mundano, no se ha querido ver en ese espíritu superior otra cosa que un filósofo para damas. ¡Desconfiad de la popularidad en las materias que no la comportan!

El gusto, simplemente, pudo advertir al señor Del Valle. ¿Cómo es que no ha puesto una especie de coquetería en evitar el éxito previsto, manifestándose precisamente bajo el aspecto que menos se esperaba? En el Colegio de Francia y en la Escuela de Bellas Artes, los cursos menos "literarios" eran los de Renan y de Taine. Los dos mayores literatos de Europa no se salían de los textos y de las demostraciones técnicas, hechas a media voz, conversando, con las mil repeticiones y retoques de la conversación.

No afirmamos que nuestro profesor de derecho constitucional no llegue a tratar, durante el año, siquiera sea superficialmente, el programa de exámenes; pero lo cierto es que los estudiantes, suponiendo que tomen apuntes, por ellos no podrían guiarse, y en definitiva se prepararán bien o mal en el manual impreso. En cambio, tememos que aprendan, en el método puramente exterior de un maestro admirado, nuevas razones para caer del lado por donde más se inclinan, y para cultivar sus defectos naturales o adquiridos: el énfasis sonoro, la superficialidad frívola, la falta de información y de crítica, — la ausencia de personalidad.

No es posible que el señor Del Valle — y le pido perdón de mi insistencia — se disimule a sí mismo la indigencia actual del pensamiento argentino, así como el reblandecimiento funesto de las conciencias y las voluntades. Si las generaciones que ocupan la escena ya no tienen tiempo para reaccionar, no es imposible mejorar la juventud, relativamente maleable y dócil. Es preciso rehacer la entera educación de la juventud, comenzando por corregir esas mentes jóvenes que formarán mañana la clase enseñante y dirigente del país. Ahora bien, la sola propaganda eficaz es el ejemplo: las fórmulas de nada sirven.

Sin atribuir a la elocuencia todo el valor que la gente le da,

no caeremos en el exceso contrario de algunos grandes espíritus, como Bismarck y Carlyle, que la tratan con supremo desdén y la ponen inmediatamente por encima de la nada. La razón de ello, a nuestro juicio, reside en que el puro orador, el mercader de frases vacías y de clisés hinchados, el *cymbalum tinniens*, que no es más que eso, felizmente es una excepción en la vida pública, — hasta bajo el reinado de los políticos! Uno se vuelve orador por oficio y ocasión, sin dejar por eso de ser inteligente y capaz de cosas útiles. No es el señor Del Valle quien podría desmentirnos.

Pero la educación oratoria es la más vana y estéril de las disciplinas intelectuales, pues consiste precisamente en escamotear las dificultades, en disimular lo que las cosas, las leyes de la naturaleza y las relaciones entre los acontecimientos tienen de complejo e incierto. La elocuencia, desde Aristóteles, es el arte de persuadir; ésta podría ser también la definición de la sugestión mental. Y es innegable que esta especie de soborno intelectual es lo contrario de la crítica científica y de la libre especulación. Pues bien, no se adquiere un real saber sino por medio de la apreciación original y el libre juicio, — vale decir por el esfuerzo personal. Uno no sabe bien sino lo que él mismo ha vuelto a encontrar, después de haber dudado de todo. La labor es incesante y penosa; pero sólo cuentan en el orden del pensamiento aquellas naciones donde los mejores trabajan infatigablemente con este espíritu de fecundo escepticismo.

Esto es lo opuesto, pues, de la educación oratoria, la cual se encierra en estas palabras: superficialidad e improvisación. Es también la divisa de la prensa, y una y otra se equivalen en cada país, pues su acción es correlativa. El periodista y el orador, con sus improvisaciones no persiguen otra cosa que el éxito inmediato y el efecto efímero. ¿Qué les importa la verdad? Sin duda es harto inútil hacer el proceso de la prensa todopoderosa: ella tiene su misión que cumplirá hasta el fin. Pero tenemos el deber de combatir el reinado de la frase en la alta educación, repitiendo que los pueblos que hablan, en vez de pensar y de obrar, no son más que los parásitos de la civilización: consumen y no producen.

## LETRAS ARGENTINAS

### VERSO

**Perfiles en la niebla**, de *Margarita Abella Caprile*.

**P**OR diferentes razones esta escritora es, para toda la gente de pluma del país, algo tan familiar y tan diversamente discutido, que sólo forzando nuestra voluntad, podemos decidirnos a escribir los cuatro renglones con que acostumbramos a comentar la aparición de cada libro. Por cierto que este comentario debería serlo de algo más que de la aparición de *Perfiles en la niebla*, pero esta página bibliográfica se ocupa de las obras que escritas en verso pueden tener o tienen alguna importancia en cualquier sentido, aun en sentido negativo.

Son tantos y tantos los comentarios que sobre Margarita Abella Caprile se han publicado en el país, que su valor no puede ser negado por nadie, a menos que a renglón seguido se declare que es el bluf más extraordinario de que se tiene noticia entre nosotros. Claro que a esa multiplicación del aplauso, contribuyó y contribuyen las conocidas o supuestas vinculaciones de la escritora con *La Nación*, mas es bueno que las personas que no podemos ser sindicadas como sirviendo intereses inconfesables, no nos excluyamos de la tarea bibliográfica.

Nadie ignora hoy en los países de origen latino y aun en Inglaterra — que *La Nación* hace — si no reputaciones literarias — ya que esto está por arriba de todo — el mercado de un escritor, mediante su apoyo y aun con solo atacarlo. De ese modo, cuantas ocasiones se presentan para adular a *La Nación*, aunque sea adulando al perrito del portero, son aprovechadas celosamente hasta por algunos hombres honorables que con actitudes poco

discretas suelen provocar un repudio caprichoso hacia el objeto de su atención.

A poco de publicarse *Nieve*, el primer libro de la señorita Abella, fué tal el número de crónicas que sobre esa obra se escribieron, que pudo pensarse, y con razón, que en nuestro país había perecido la probidad literaria. Escritores que hasta el día anterior podían considerarse respetables, aparecían firmando artículos de extremoso elogio que muy luego se encargaban ellos mismos de condenar en todos los corrillos, deseosos de salvar, al parecer, sino su honestidad, su criterio artístico. Como si hubiera necesidad de repujar la obra, gente extranjera ignorante de nuestro movimiento poético, se despachaba graciosamente con afirmaciones que las mismas personas destinadas a darles giro, desmentían en privado.

Claro que para tal "éxito" se aprovecharon experiencias que luego sirvieron también para otros "éxitos" a que nos vamos acostumbrando, pues si la industria en general no prospera mucho en el país, ésta de la gloriola, a base de tipo de imprenta, ya cuenta con algunos triunfos, dignos de mención.

¿De aquel éxito de *Nieve* se benefició la escritora? Puede que poco y puede que se haya perjudicado, ya que a varias personas de nombre y con títulos para manifestarlo hemos oído decir que *Perfiles en la niebla* es inferior al libro que le precediera. Se afirma, por ejemplo, que todo él acusa una técnica débil y que la facilidad con que están realizadas muchas composiciones no pertenece al género de la *difícil facilidad* a que tantas obras maestras se deben, sino a la que no tiene más causa que el exceso de confianza, madre de mucho efímero.

Tal vez fueron pocas las líneas desinteresadas escritas sobre ambos libros y pocos también los comentarios imparciales que se han emitido, pues si consejero que no debe oírse es el interés, mal aconseja también la pasión que enceguece. Por nuestra parte, antes de leer estos *Perfiles*, nos dimos a la tarea de escuchar y leer lo que a tal libro se refería, y podemos afirmar que si antes hubo una cierta injusticia, ya que el exceso de elogio es también una suerte de arbitrariedad, hayla también ahora al creer que todo comentario favorable a este poeta es una concesión graciosa u homenaje a los penates de la calle San Martín.

Margarita Abella Caprile puede ser citada entre los poetas actuales por una serie de páginas que, sino maestras, son de alto valor, aunque se muestren como debilitadas entre muchas que una selección inteligente y algo cruel para cariñitos domésticos, hubiera excluído del volumen.

Y hasta agregaremos que cuando retorne a cierta normalidad eterna el arte — pues ahora tal vez éste no aparezca manifestado sino en un cúmulo de respetables intenciones, respetables porque a nadie es dado presuponer qué línea describirán ciertas tendencias — puede que ofrezca interés la lectura de composiciones como *Soledad*, poema de un género bastante superior al de esas tonterías con que nos regalan a cada paso nuestros poetas más difundidos. Hay en *Soledad* una angustia cierta y humana que, aunque agrave el dolor de las almas sin esperanza, sirve acaso para que prenda en algunos espíritus esa prometeana inquietud espiritual que deben mantener siempre encendida los poetas, como lo sintetizara ese admirabilísimo lírico que es Ventura García Calderón: *es preciso, poetas, que en las sumidades urbanas alguien vele repitiendo, como un telegrafista de lo invisible, el llamado que no tiene respuesta, para que siquiera dure en el mundo la dignidad humana de la pregunta.*

Muchas veces hemos expresado esta idea, combatiendo la exterioridad que se torna endémica entre nuestros poetas, mas puede que nadie sea capaz de detener este desborde de sensualismo que, más o menos alquitarado, se presenta con marbetes ultras y acompañado de recetas donde un ingenioso verbalismo — alegando que los viejos dogmas le cierran las puertas del mundo porque es él la vida—quiere convencernos de que todo el arte, pretérito y pasado, no tiene significación alguna y que recién está formándose, aunque muy luego se eche de ver que, cuando mucho, se trata de un retorno a los días iniciales del siglo pasado, días atronados también por una generación que más que de construir se preocupó demasiado de negar lo que encontraba, ignorando con una pedantería jamás vista lo que tenía ante sí, para, en resumidas cuentas, rebajar el nivel de la humanidad a un plano inferior al en que se encontraba, pues el siglo XIX muestra como ninguno al *homo homini lupus*, o sea la explotación más cruenta.

El siglo anterior, que también fué acompañado por una nue-

va generación, tal vez no alcanzó un verdadero triunfo humano, por el exceso de optimismo de su gente, exceso de optimismo que está ya perdiendo a la generación que proclamándose por antonomasia la nueva, se desespera por contar los cables con que pueda aparecer unida a las que la preceden.

Ese exceso de optimismo, más que alarde de fuerza y de conciencia, es manifestación de imprudencia, muy justa, pues sus principales voceadores son burguesitos de vida fácil a quienes ni el amor crea obligaciones, ya que debido a progresos orgánicos pueden prescindir de él, y aquí debe señalarse otro retorno.

Como la adulación es infinita, hay quienes, bien por inclinación servil o a fin de atraerse a tal cortejo, no tienen a menos testimoniar *sobre la existencia* de la tal nueva generación, dando como es natural por existente toda una modalidad personalísima y superior, hasta con su arte propio. Quizá nos encontremos muy pronto en la necesidad de comentar los perjuicios del elogio prematuro y de la traición que entraña la tarea de embriagar con irrazonado aplauso a quienes es inútil pretender mostrar en una actitud nueva, es decir, con una nueva conciencia. Es incierto; carecen de actitud consciente; cuando mucho podrían indicar que por exceso de sensibilidad o por alteración morbosa de la poca que tienen, carecen de adecuado reposo, pero actitud definida a favor de una tendencia consciente, nó por ahora, y si algún día alguno de entre estos novedosos llega a figurar en el plano superior que ocupan bellos espíritus de la época y correspondientes a la generación pasada, aparecerá en una actitud o mostrando una faz en la cual él mismo no reparó, pero que pudo ofrecer sin saberlo por la infinidad de vueltas que diera o por el gran número de veces que pasara sin saberlo, por el punto coincidente con el arte futuro. Creemos que lo que es innegable en esta generación novedosa, es su inquietud, una inquietud del que quiere algo, sin saber con certeza qué es. Podría concederse que los que la forman son el rumor alado de las arboledas cuando la luz tiembla en una claridad iridiscente. Mas ellos no podrían decir qué saludan: si la llegada de un nuevo día o el descenso de un sol que muere.

Obsérvese que si se exaltan es por exceso de vanidad y de ambición egoísta, pues les falta esa profunda fe en nuevas y

nobles luces que se halla siempre en las generaciones anunciadoras. El mejor será el *Don Juan* de Byron, pero entre ellos no aparece la alondra del divino Shelley.

Esa generación novísima carece de un nuevo espíritu; basta para probar tal afirmación, mostrar su falta de solidaridad con el dolor del mundo. Hasta ahora se trata de la algarabía de media docena de retrógrados. Retrógrados por aquello y por lo otro.

¿Es perjudicial la influencia de tal gente?

Contribuyen a la desorientación mental de muchos, que podrían ser mejores, si el murmullo de la taberna no les impidiera oír la voz íntima que siempre desde el fondo de las almas clama por encontrar la palabra que todos comprenden.

Por eso mismo muchos sedientos pasan junto a la fuente sin advertirla; de ahí también que *Perfiles en la niebla*, sea un libro para el que se concede, cuando más, palabras indulgentes, aceptándose sin discusión que sea inferior a *Nieve*. Pero léanse páginas como: *Y después*, *La Puerta*, *En la tarde apacible*, la ya citada *Soledad*, (donde queda retratado el individualismo egoísta de la época, tan cruel para los espíritus generosos) *Al piano*, *Consagración*, *Versos a una niña*, *Romance del consuelo* y *La Venganza*, y tal vez se tenga la impresión de lo que significa la nueva labor de Margarita Abella Caprile.

Claro que no es un libro para leer en el mercado; se trata de emociones fugitivas para las que es menester cierta afinidad espiritual, indispensable para retraerse a sí mismo; de otro modo en lugar de *La Puerta* tendría que darnos este poeta, *affiches* estridentes o estribillos canallas, con qué irritar la epidermis de los estragados en el comercio del arte por la popularidad.

**La Amada infiel**, de Nicolás Olivari.

Tal vez resultará a muchos desconcertante la lectura de este libro, el primero de versos, de quien ya es conocido por una serie de pequeñas obras en prosa, obras que merecen los juicios más contradictorios, pero que anuncian la presencia de un escritor.

*La amada infiel* encierra una serie de composiciones que su autor subtitula "versos románticos y antirrománticos", aunque puede que ambas denominaciones nada expresen en cuanto a definir lo que contiene el libro. Alguien que no recuerdo ha sintetizado muy bien el romanticismo mostrándolo como la exaltación del sentimiento; en lo que se refiere al antirromanticismo, podría decirse que significa tantas cosas que por mucho abarcar, nada aprieta.

*La amada infiel*, más que una obra realizada es la expresión de un temperamento de poeta algo funambulesco que no deja nunca de interesar y que a ratos interesa mucho por la hondura de su emoción. En ese libro hay verdaderos aciertos si bien la forma es deficiente, no por no responder a cánones determinados, sino por insuficiencia de expresión. Pero la forma se alcanza siempre, es cuestión de tiempo. Por ahora debe respetarse la despreocupación del poeta ante la retórica establecida, y respetársele por su decisión para decir lo que se le ocurre con entera libertad y hasta con entero libertinaje, ya que ello favorecerá la formación de una valiosa personalidad. Bueno es agregar que si algunas páginas del volumen no fueran imitaciones o sugerencias de lecturas, serían altamente plausibles, y aun aceptada la influencia ajena, son de mucho mérito por la intensidad y movimiento alcanzados.

En vez de denominar romántica o antirromántica, la emoción frecuente en este libro, la llamaríamos humorística, mas no del humor latino, sino del humor inglés, esa angustia sonriente, que aun en los mendigos es caritativa. Y a tal emoción se junta esa despreocupada alegría triste del canillita, que es tal vez lo que le dá un sabor tan nuestro y tan querido a *La amada infiel*. Así en

#### LA PRISIONERA

En mi barrio el comercio alinea los correctos,  
enormes rascacielos, fantástica creación  
de un ingeniero poeta; le dá por hacer sonetos  
con las ciento cuarenta rejas de balcón...

La casa en su grandeza conmueve al papanata,  
admira al provinciano y enternece al burgués  
pero, miserable crónico, solo se desata  
mi curiosidad con la renta de fin de mes.

Ahora resulta que en el corredor más oscuro  
de esa casa que así llama nuestra atención,  
una palmera enana se agosta en el desnudo  
y frígido patio al que nunca besó el sol.

¿Qué inquisidor portero habrá plantado  
la pobre planta en ese callejón?

¿Qué esteta ciudadano habrá calculado  
la ingrata perspectiva de su creación?

¡Poetas! habrá que buscar la manera  
discreta y fructífera para consolar  
a la pobre palmera prisionera...  
La R. S. tanto tarda en llegar!

Un día de estos haré una locura,  
pero, eso sí, será en Carnaval,  
hay que pensar, poetas, en cuanto es cosa dura  
la suerte de la planta en ese lugar!

Me disfrazaré con latas de sardinas  
haciendo una corona; un taparrabo y en una  
noche tropical y ardiente, con mi mandolina  
le daré una serenata al claro de la luna.

Con ésta mi pálida cara de poeta,  
que un día no y otro tampoco yanta,  
te bailaremos ante tu maceta,  
mi verde amiga, mi hermana planta!

Un baile esotérico y funambulista,  
con algo de polka y más de can-cán,  
y vendrá la gente a ver al pruebista,  
en máscara trágica del Carnaval.

(Y si por mis zancadas resulta  
que el patio oasis remeda,  
nada me importaría pagar la multa  
por escandalizar en la vereda).

Otras páginas interesantes son *La Espera*, *La Costurerita*, *Porque*, *Canción de la carne flaca* y *Autorretrato*. En esta última composición, Olivari se revela el hombre en quien ese dolor anónimo y casi mal oliente de los hijos de nadie, encuentra un lugarcito tibio de corazón fraterno. Por eso pensamos que en este poeta hay muchas condiciones para hacer una obra bella y humana.

Con todas sus irregularidades *La amada infiel* logra con-movernos, tal vez por esa misma razón indefinible por la cual se quiere a las infieles amadas.

**El árbol joven**, de *Ofelia Calo Berro*. — Buenos Aires. 1924.

Mis versos son así... suben del fondo  
de mi sangre armoniosa;  
como un grito de amor, de paz o de tristeza...  
Y yo escribo mis versos con la misma alegría  
de quien canta o quien besa.

Con esta estrofa simple, en que un alma de mujer proclama la espontaneidad sincera de su arte, se inicia este libro, *El árbol joven*, que — pese a su forma especial — no tiene una sílaba exenta de emoción pura.

Son veintinueve canciones, once de ellas en francés, pero ninguna puede ser leída sin dulce satisfacción. Hay intimidad de alma en estos versos que nos recuerdan esa tibieza pudorosa de las confesiones sin oyente, a punto que nos resulta extraño tener que aceptar que se trata de una edición para el público. Por momentos, estas canciones nos traen a la memoria las que suelen leerse en diarios íntimos, inéditos. Es la expresión sin cálculo de los espíritus puros que, por lo común, viven replegados en sí mismos, temerosos de ver ajados sus pétalos por el manoseo de los lectores de folletines, o simplemente por la reserva compasiva de los que carecen de la sensibilidad necesaria.

Y es realmente un árbol joven este libro armonioso, donde los versos brotan con la naturalidad delicada de las ramas en los árboles donceles que no supieron aún de la cruel poda, que les impondrá el orden arbitrario de lo artificial. Estas canciones están al margen de la retórica, de la vieja retórica que impone formas encomiables, y de la nueva que rechaza toda corrección. Aquí se muestra un alma poseída de una invencible necesidad de cantar, necesidad que es todo su secreto y que la lleva a expresar fiel e íntegramente la emoción que la conmueve ante las bellas cosas que vé ante sí o que, a veces, están en su corazón.

En este libro, casi no se habla de recuerdos, ni de cosas muy futuras, es el reflejo de las horas de una jovencita amorosa, que marcha, como ella lo dice:

Je vais, les mains tendues  
Vers toutes les lumières,  
Vers les ombres aussi...  
Au devant de la vie  
Je vais, les mains tendues  
Comme dans les prières...

RAFAEL DE DIEGO.

## LAS CARICATURAS DE BERMUDEZ FRANCO

**E**SA gran fuerza renovadora de la Sensibilidad y de la visión que fué el impresionismo, elevó a categoría artística, dos artes que hasta entonces habían estado relegadas en manos de pintores y dibujantes más o menos mediocres, consideradas como estaban como un género subalterno, sin valor artístico alguno: me refiero al *affiche* y la caricatura.

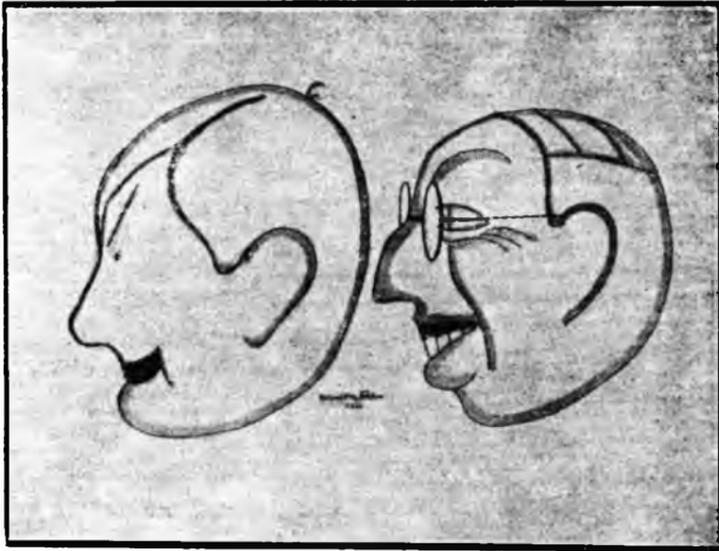
El procedimiento esquemático de los japoneses, puesto en boga por Toulouse Lautrec, fué una revelación asombrosa. Esas figuras compuestas de simples líneas planas, y al mismo tiempo tan palpitantes en la suavidad de su trazo, abrieron un horizonte nuevo a la sensibilidad artística, como antes lo había hecho Monet, con la distribución de los colores y la luz en sus maravillosos paisajes.

Por eso de Caran d'Ache a Gulbransson, media todo un abismo. La deformación grotesca, cómica, de la realidad, que constituía el encanto del francés, sorprende y choca frente a la línea pura, honda y armoniosa del alemán. Mientras el primero se preocupaba de interpretar su intención, deformando una actitud o un gesto de sus personajes, el segundo sorprende con el trazo casi impalpable de la línea, que a veces sólo es la sombra de una línea, la síntesis de la imagen soñada, en un alarde de precisión y distinción realmente maravillosas.

Ahí están si no, sus caricaturas de celebridades contemporáneas, que es la mejor demostración de nuestro aserto. De esa serie vigorosa de pequeñas obras maestras en su género, se destacan las de Ibsen y Tolstoy, las más hermosas creaciones artísticas realizadas en la caricatura contemporánea.

La filiación artística de Bermúdez Franco, no hay que buscarla en Bagaría a quien alguien ha señalado como su maestro. De

Bagaría quizá tenga lo peor, lo que felizmente está perdiendo, ese afán de sorprender, de interpretar lo grotesco de la figura, haciéndolas burlescas, pretendiendo hacer moralejas con sus asuntos, como antes lo había hecho ya el gran Forain, con un hondo sentido estético y moral, no igualado por nadie.



Giusti y Bianchi

En esa preocupación de Bagaría, de dar a sus caricaturas un aspecto reidero, coincide con Caran d'Ache, salvo en el procedimiento para construir sus figuras, en el que el español, es más moderno y algo más artista.

Pero lo que nos revela el talento artístico de Bermúdez Franco, constituido por ese admirable sintetismo ágil y hondo con que afirma todas sus observaciones, y ese estilo de elevada distinción que caracteriza toda su obra, no lo aprendió sin duda en Bagaría, sino en los alemanes, y sobre todo en Gulbransson.

Un discípulo de Bagaría no habría hecho nunca cabezas como las de Pedrell y Barrenechea, que nos exhibió hace dos años, o como las de Eugenio D'Ors y Vázquez Cey de la actual exposición, asombrosas de síntesis sutil y penetrante. Aquí estamos ya más cerca del impresionismo, que de la observación exterior y física de

las figuras que retiene con tanta complacencia el lápiz realista de Bagaría.

Bermúdez Franco se afirma cada vez más como un valor de rara austeridad y dignidad artística. La exposición de sus obras en el Salón Chandler, revela dos cosas interesantes, el dominio cada vez más seguro de su técnica, hecha de sutileza y distinción, y la honradez que exorna su obra y su vida de artista.

ANTONIO AITA.

## CRONICA MUSICAL

### Colón

#### ARTE ARGENTINO Y SUBVENCIÓN

**E**L hecho está consumado. *Tabaré*, el drama lírico en tres actos del compositor argentino Alfredo Schiuna, no se representa y la Municipalidad de Buenos Aires, de acuerdo con los sectores radical, conservador y demócrata — si se hubiera tratado de algo beneficioso para el progreso del país, no existiría, de fijo, tal concordancia o complicidad... — premia semejante bofetada a nuestro arte, acordando al comerciante extranjero que la dió, una subvención de doscientos cincuenta mil pesos...

Indudablemente éste es un gran país; tan grande que en él las cosas se hacen contrariando el sentido de la conservación, el sentido común, el patriotismo, el ideal de civilización del cual sólo carecen los pueblos inferiores y despreciables.

Está visto que la mayoría de los argentinos que viajan por Europa, lo hacen en calidad de baúl, consignados al tapete verde, al hipódromo, al cabaret, al *dancing* de hotel equivoco, escuelas de altos estudios donde se educan los que, a su vuelta, pretenden aplicar la experiencia tan bien adquirida, a la orientación y al adelanto espiritual del país.

El que haya viajado por el viejo continente con ideales más elevados, y haya sido capaz de comprender la gestación y el desarrollo de la gran civilización europea, ¿se imagina los teatros líricos de París, Berlín, Viena, Petrogrado y Milán, templos oficiales del arte lírico francés, alemán, austriaco, ruso e italiano, explotados por empresarios extranjeros, que perciben subvenciones y que excluyen sistemáticamente a todos los elementos

artísticos nativos?... Evidentemente no. Y cabe agregar que el menos escrupuloso y el más ignaro de los hombres públicos de allende el océano, se ruborizaría de tolerar semejante iniquidad.

¿Que en todas las grandes capitales existen teatros líricos? — Sí señores: los poseen y se honran con ellos; pero entre esos coliseos y el Colón, hay algo distinto, tan pequeño que escapa a la profunda sabiduría de nuestros baules-viajeros transportados en los expresos de la Compañía Internacional de Vagones Cama: ello es que en la Ópera de París, verbigracia, el repertorio en su mayoría nacional, se canta en francés, y que franceses son los miembros del personal, desde el director de orquesta hasta el último comparsa; de suerte que la llamada “Académie Nationale de Musique”, es la exteriorización, en todas sus fases, del genio lírico de Francia; en tanto que el Colón, por obra y gracia del Intendente Municipal y de la comisión administradora, es un antro operístico extranjero, del cual —el caso de *Tabaré*, entre miles, lo prueba — los argentinos están cuidadosamente excluidos.

Se dirá que en Europa ya existe un arte lírico. De acuerdo... Pero no se negará que ese arte no surgió de un día para otro, por generación espontánea; es fruto de una larga evolución; perogrullada que no ignora nadie, por más que pueda asombrar a la comisión administradora, la que, dada su conducta para con el arte argentino, parece no haberse percatado de ello.

Como ya lo hemos escrito, se nos ocurre que setenta temporaradas líricas extranjeras, en un lapso de otros tantos años, bastan para crear una cultura propia, capaz de dar frutos por sí misma, y que si tal no acontece, es que el pueblo argentino es amusical por naturaleza o que el arte lírico que aquí se cultiva carece de influencia cultural; y en ambos casos otorgar una subvención al empresario Mocchi, es tirar a la calle un dinero digno de emplearse en cosa más útil.

Pero todo razonamiento es inútil. Cuando se discute con personas sensatas, por más extraviadas que sean sus ideas, puede llegarse a un acuerdo. Mas cuando, como en el caso presente, un asunto de arte se transforma en cursilería, en terquedad asnal y humos aristocráticos, lo mejor es callarse...

Algún día, cuando ya no existan baules-errantes, y sí hombres de estudio, que vayan a Europa a descubrir los secretos de una

civilización; que ya no crean que el Escorial, la Catedral de Colonia o el Louvre, se construyeron empezando por el techo; que comprendan que la civilización de un pueblo es obra exclusiva de ese pueblo y que el poder de la inteligencia es más fuerte que el del oro; que uno debe enorgullecerse de lo propio, no de lo ajeno, por caro que lo haya pagado; en una palabra, hasta el día en que dejemos de ser advenedizos y semi-bárbaros, el Colón y todo lo que atañe al arte, seguirá como hasta el presente.

A pesar de todo, bueno es que sepan las personas cultas e inteligentes, que se canta en idioma nacional, el repertorio propio y extranjero, con un personal nativo, en todos los teatros líricos de Alemania, Austria, Francia, Italia, Rusia, Polonia, Holanda, Hungría, Grecia, Noruega, Suecia, Dinamarca, Estonia, etc.; y que en Bélgica donde se habla el francés y flamenco se cantan las óperas, en el primer idioma en Bruselas, en el segundo en Amberes, y que durante la dominación austriaca, existían en Praga, un teatro checo y otro alemán. Además, que en los teatros ingleses y norteamericanos, el inglés está suplantando al italiano, francés y alemán, y que los compositores, directores y cantantes nativos, ocupan de más en más los primeros sitios en repertorio y elenco.

Únicamente *South America*, trata de oponerse a esa nacionalización del teatro musical; por más que debe reconocerse que el Brasil impone óperas y cantantes brasileños en sus teatros. Síntoma aquel que acredita en forma rotunda, una completa ausencia de espíritu de progreso y de ideal civilizador.

#### LA TEMPORADA.

La temporada sigue desarrollándose de acuerdo con la aplastadora mediocridad, que nuestras autoridades municipales consideran *éxito artístico y exteriorización de cultura*...

En la dirección de la orquesta el único maestro digno de un gran teatro —el Colón queda excluido de tal categoría, por no tratarse del tamaño de la sala, pero sí de los espectáculos que se ofrecen al público—es Emil Cooper, que sólo ha comentado tres obras: *Boris Godunow*, *Orfeo* y *Dame de Pique*, lo suficiente para afirmar su gran temperamento artístico, su buen gusto, su refinada cultura musical y su probidad de músico respetuoso de

las obras que dirige y del auditorio, el cual ha sabido apreciar, justo es reconocerlo, las bellas cualidades del eximio maestro ruso, uno de los más eminentes artistas que hayan empuñado la batuta en el Colón.

En medio de la mediocridad ambiente, la figura de Emyl Cooper, se destaca como un elemento de primer orden, que ha sabido conquistar el aprecio admirativo de los aficionados.

Las novedades de la temporada fueron hasta ahora: *Nazdah* de Athos Palma, *Dame de Pique*, de Chaikovski, y *Le Furie di Arlecchino*, de Lualdi.

*Nazdah* es una de las mejores obras de nuestro naciente teatro lírico. De factura muy moderna, se singulariza por su probidad, que llega a ratos al sacrificio, y por su distinción. Athos Palma acredita en esta su primera producción teatral, un noble y severo concepto de su arte, que le aleja de todo halago a los gustos del público, una inspiración elegante, a la que, por temor de caer en el efecto vocal, ha cortado las alas, prefiriendo concretarse a una declamación lírica y dramática expresiva, a un comentario sinfónico lleno de matices, de suaves y variadas sonoridades y que, en ciertos momentos, alcanza a verdadera e impresionante grandeza.

En esta obra es imposible señalar una nota vulgar o baladí; todo en ella está equilibrado con lógica e inteligencia; pudiéndose lamentar que el compositor argentino no haya explayado con mayor franqueza su inspiración y su lirismo, no se haya dejado arrastrar por la embriaguez de la creación.

No menos lamentable nos resulta que el libretista, desde que creyó necesario trasladar la acción en que se desarrolla el argumento — inspirado en el cuento *La nodriza* de Eça de Queiroz — a otro país, no lo haya hecho a nuestra América, que hubiera ofrecido al músico la ocasión de emplear nuestros materiales sonoros; cosa tan beneficiosa para la personalidad de la partitura, que no es mucha, como para el significado que pueda tener *Nazdah* en la evolución del teatro lírico argentino. Significado nulo en el caso presente, desde que la acción pasa en la India de los Rajás y está escrita en versos italianos, dos cosas que no contribuyen a dar carácter americano a la música.

Con todo, lo repetimos, la obra es noble, bella y digna de todo respeto.

*Dame de Pique*, oída después de *Boris Gudonov*, causa una impresión desastrosa.

Chaikovski es un músico híbrido: germano-ruso en música pura, italo-franco-ruso en música lírica. Su labor, que es considerable, carece de trascendencia, nada agrega al arte, y si algún interés tiene, es el de evidenciar que por más talento que se posea, no es posible adaptar los grandes poemas musicales extranjeros: sinfonía, sonata, ópera, al espíritu, a la mentalidad y a la sensibilidad de otro pueblo, sobre todo, cuando se trata de un pueblo artista, genial, de personalidad propia, cual lo es el ruso.

A este error estético, se debe, en parte, la mediocridad de la labor de Chaikovski que se aparta fundamentalmente de la de los demás compositores de Rusia, desde Glinka hasta Stravinsky, pasando por Musorgsky, Rimsky-Korsakow, Borodin, Scriabin y otros, y de las novelas, los cuentos, las obras pictóricas y arquitectónicas de los grandes artistas moscovitas.

*Dame de Pique* es un lamentable dramón, en el cual hay dos suicidios, una muerte por miedo, una partida de naipes trágica, la aparición de un espectro, otras vulgaridades más; al que comenta con no menos vulgaridad, una partitura de factura impecable, pero sin emoción, sin vida interior, sin verdadero espíritu trágico y dramático.

Unos cuantos cantos populares rusos figuran como pegotes en un ambiente de objetivo italianismo, no exento de galicismo; la melodía es fácil y vulgar, la instrumentación correcta: en suma una obra de un ruso que teme ser tachado de salvaje y que se imagina que la civilización de un pueblo y de un artista, se exterioriza calcando moldes extranjeros.

Tenemos aquí demasiados Chaikovski, para sentir simpatía por ese género de creadores que nada crean, y que fincan todo su mérito en ser cultores del arte en boga...

*Le Furie di Arlecchino* de Lualdi, es la mayor ñoñería que haya subido a escena en el Colón. El teatro de títeres no es para todos: que un Stravinsky, un Ravel, un Manuel de Falla o un Conrado del Campo den vida a muñecos de trapo y de madera, nos parece bien, desde que se trata de músicos geniales o de gran

talento, de supremo buen gusto, de formidable maestría, y de extraordinaria imaginación, cualidades que les permiten escribir admirables partituras, llenas de gracia, de ironía, de delicadeza y de emoción: *Petruchka* y la *Historia del Soldado* de Stravinsky, *La boîte à joujou* de Debussy, *El Retablo de Maese Pedro* de Manuel de Falla y *Fantochines* de Conrado del Campo, son obras maestras o sencillamente deliciosas... En tanto que *Le Furie di Arlecchino* es una hobería sin gracia, apenas digna de un teatro de variedades.

Nada más puede señalarse en la actual temporada lírica. *Aida*, *Andrea Chenier*, *La Forza del Destino*, *I Campagnacci*, *Mefistófele*, *Tosca* y demás lugares comunes musicales que el público apreciara en otros tiempos, y que ahora no quiere oír ni de balde, pese al enternecedor empeño de nuestros hombres públicos.

*Orquesta Filarmónica.* — El Maestro suizo Ernest Ansermet es un eximio director de orquesta, que se conquistó la admiración del público en 1916, cuando dirigió los Bailes Rusos de Serge de Diaghilew, y que ha vuelto a entusiasrnarnos este año dirigiendo el primer concierto de la Orquesta Filarmónica.

En un mes de ensayos el eminente director ha logrado dar cohesión a la masa instrumental, formar una verdadera orquesta con músicos dispersos, pese a la calidad no muy recomendable de algunos elementos de las familias de maderas y cobres.

En el primer concierto, el público aplaudió una vibrante y musical versión de la Sinfonía Heroica de Beethoven; una característica interpretación de tres milongas (Aires de la Pampa) de Alberto Williams; una exquisita y delicada ejecución de esa maravilla del impresionismo que se titula "Prelude de l'après midi d'un faune" de Debussy, y, por fin, cuatro números de *El Pájaro de Fuego* de Igor Stravinsky, cuya versión admirable, bajo todo punto de vista, acreditó las eximias cualidades directoriales del gran maestro suizo, considerado como el mejor intérprete de Stravinsky.

La Orquesta Filarmónica ha estado acertada en su elección, y si bien resulta inferior a otras orquestas, la Filarmónica de Viena, verbigracia, merece un elogio por su actuación.

Tendremos, pues, gracias a Ernest Ansermet, una excelente temporada de conciertos sinfónicos; por desgracia, cuando dentro de algunas semanas se embarque aquel para Europa, nos quedaremos tan pobres como antes.

Que vengan del Viejo Continente el director o la orquesta, no resuelve para nada el problema. Esos momentos, muy pasajeros, de emoción y de deleite artísticos, que nos ofrecen, se asemejan, por lo fugaces, a los que nos proporciona el Colón, en sus buenas funciones... cuando las hay!

Lo que necesitamos — y ello no significa algo que pueda deprimir al ilustre maestro Ansermet, huésped muy grato y muy apreciado — es una orquesta permanente, que actúe durante unos seis meses al año con al frente un director argentino. Único medio de dar a la producción sinfónica nacional, el sitio que le corresponde.

El maestro Ansermet, según tenemos entendido, prepara seis programas; lo que quiere decir que dirigirá a lo sumo seis obras sinfónicas de autor local; número hartamente insuficiente para el desarrollo de nuestro arte, desde que existen inéditas más de cincuenta sinfonías, poemas sinfónicos, *suites* y oberturas.

Parte del estado actual del ambiente artístico, se debe a la falta de unión y de mutua ayuda entre los músicos de cada capacidad. Envidias, odios injustificados, luchas despreciables, egoísmo, bastardos intereses; todo lo que impulsa a los hombres carentes de ideal y de generosidad, y conste que nos referimos a muchos compositores, concertistas, directores y profesores de orquesta, están entorpeciendo nuestro progreso, con la poderosa ayuda de los poderes públicos, encantados, sin duda, de semejante colaboración.

*Ópera de Cámara.* — En el Odeón se está realizando una temporada de ópera de cámara, más artística, más cultural y de mayor interés que la del monstruoso Colón.

Tres cantantes-actores inteligentes y cultos: Angeles Ottein, que mucho ha progresado como actriz, Armand Crabbé, que tanto se aprecia aquí, y el buen bajo cómico Carlos del Pozo, ofrecen óperas de cámara, género delicado, artístico, exquisito, refinado, bajo la dirección de un excelente maestro joven, José María Franco, con decorados lujosos, modernos, de bello efecto.

La noche de la presentación, se dieron *La criada patrona*, de Pergolesi, obra maestra del teatro cómico clásico italiano, y *Fantochines*, deliciosa comedia musical del compositor español maestro Conrado del Campo, quien ha escrito una partitura moderna, graciosa, llena de finos detalles y de delicados matices.

Ambas obras fueron interpretadas con la mayor perfección: los cantantes-actores, los decorados de Manuel Fontanals, la concertación, todo está perfectamente equilibrado y en la nota justa.

Cuán pobres, chabacanas, huecamente ruidosas y de mal gusto, resultan la mayoría de las funciones del Colón, cuando se las compara a estas de cámara, espectáculos casi insuperables.

*Conciertos.* — El genial pianista español Ricardo Viñes, está dando en Diapasón una serie de audiciones, de enorme interés musical y artístico, tanto por las extraordinarias condiciones del eminente intérprete, como por las novedades que figuran en el programa.

Gracias al grande y abnegado apóstol de la música moderna, a quien deben su popularidad casi todos los compositores impresionistas y medernistas — los revolucionarios de la hora presente — desde Debussy hasta Mompou, hemos conocido obras de este último, de Germaine Tailleferre, Darius Milhaud y el chileno Humberto Allende.

En sus *Cantos mágicos* y sus *Escenas infantiles*, Federico Mompou se presenta como un artista de exquisita sensibilidad, cuyas obras sencillas, delicadas, muy personales, de un gran carácter popular catalán, significan una reacción contra la complicación, tantas veces innecesaria, de cierta producción moderna. A través de estas obras juveniles, tan originales, se evidencia un gran artista de quien se hablará seguramente, para gloria del arte de su patria y de la música contemporánea.

Las *Tonadas chilenas* del talentoso compositor Humberto Allende, son páginas de gran sabor popular y de una ciencia muy moderna. Allende, de quien hemos aplaudido aquí dos robustas y hermosas obras sinfónicas: Concierto para violoncelo y orquesta y Escenas populares chilenas, construída sobre motivos populares, es uno de los más eminentes músicos de Ibero-América.

Germaine Tailleferre, que perteneció al grupo de los *Seis*, el que tanto indignó a pelucones y academizantes, es una artista eximia. Es, según opinión general en Francia, quien con más arte y tacto usa la politonalidad: en efecto en su *Musique en plein air* para dos pianos, que Ricardo Viñes interpretó con Rafael González, llega a sonoridades de gran delicadeza, a exquisitos efectos, y no hiere al oído con el politonismo, al cual no estamos aún habituados, pero que, mediante el tiempo, nos parecerá tan lógico y agradable como la disonancia, que ya no asusta a nadie.

*Saudades do Brazil* de Darius Milhaud, ex secretario de Paul Claudel cuando este fué Ministro de Francia en Rio de Janeiro, está inspirada en el cancionero brasileño y evoca paisajes de la hermosa ciudad fluminense. La politonidad de esta serie es más agresiva que la de Germaine Tailleferre; la sensibilidad del autor tampoco impresiona, pero el humorismo rítmico, la ironía y el colorido, producen el efecto deseado.

La llegada al país del gran compositor vasco Padre José Antonio de San Sebastián, ha sido saludada con simpatía por los admiradores del gran músico, que conocemos por Ricardo Viñes. *Cortejo de bodas*, *Dolor*, *En el bosque*, *La hilandera*, otras obras más, acreditan el misticismo, el temperamento musical, el hondo espíritu vasco, de ese artista, que sitio tan destacado ocupa en el arte de su país.

Las sociedades musicales siguen desarrollando su programa cultural.

La *Asociación Filarmónica Argentina*, ha conseguido un sonado éxito con su audición popular gratuita, que atrajo a tanto público, que menester fué rechazar más de 500 concurrentes. Qué hermoso y consolador espectáculo es un concierto popular de ese género, en cuyo programa el *Cuarteto de Buenos Aires*, formado por León Fontova, Félica, San Martín y Gianneo, interpretó cuartetos de grandes maestros!... Mas hace por la cultura del pueblo, por el refinamiento del gusto y por el arte, una audición gratuita de música de cámara, que los conciertos de la Banda Municipal y las funciones del Colón. Es así que se hace patria y se educa al pueblo. Con los 250.000 pesos otorgados al empresario del Colón, podrían ofrecerse, cada domingo

por la tarde, durante ocho meses al año, cuatro conciertos de cámara y uno sinfónico, gratuitamente o con un precio de 20 centavos por las localidades; amén de la organización de sociedades corales para obreros, como se hace en México; con lo cual en pocos años, Buenos Aires sería una de las ciudades más cultas del mundo.

La *Asociación Wagneriana*, en sus concurridísimas audiciones de los lunes, ofrece a sus socios programas escogidos a cargo de destacados artistas. Entre ellos queremos mencionar a la señorita Elsa Piaggio, joven pianista argentina, que ya ha franqueando la difícil época que separa el niño-prodigio del concertista, y puede aspirar a desarrollar una brillante carrera, siempre que se la estimule, cosa que mucho dudamos... En *Tombeau de Couperin* de Maurice Ravel, *Baigneuses au soleil* de Deodat de Severac, *Poema de la araña-pollo* de Alberto Williams y *Páginas infantiles* de Joaquín Turina, la joven concertista, logró un señalado y merecido éxito.

En la *Sociedad Argentina de Conciertos*, merece señalarse el estreno de una hermosa y original obra de Joaquín Turina, para viola, cuarteto de arcos y piano, de gran sabor andaluz y en la cual Bruno Bandini tuvo una actuación destacada como solista de viola; Turina acredita en ella un sabor y un poder evocador, que le colocan entre los más grandes compositores de España.

GASTÓN O. TALAMÓN.

## BIBLIOGRAFIA

### LETRAS FRANCESAS

*Le tombeau sous l'arc de triomphe*, tragedie en 3 actes, por *Paul Raynal*. — Librairie Stock, Paris, 1924.

LA noche del 1.º de febrero de 1924, en que se estrenó *Le tombeau sous l'arc de triomphe*, se ha querido compararla con aquella de la primera representación de *Hernani*, pretendiéndose así darle una significación de punto de partida, semejante a la que tiene, en la historia literaria moderna, la aparición ante las candilejas de la obra victorhuguesa. Si hubo semejanza en los desórdenes, no la ha habido, seguramente, en la influencia directriz. La batalla de *Hernani* se libraba entre partidarios encendidos de fe y entusiasmo por sus respectivas ideas sobre estética; la escaramuza de la tragedia de Raynal fué un simple suceso de índole policial.

Magnificar la reacción de un público superficial al que hirió su sensibilidad, acostumbrada a las nimiedades de buievar, esa obra de hondo lirismo pero de trabajoso desarrollo, es lo que han hecho los amigos de M. Raynal, aprovechando la ocasión para gritar: ¡1830-1924! No, aun no. Francia busca desesperadamente el camino y el guía. Ni uno ni otro han aparecido todavía. El teatro de pre-guerra se hundió, y con él sus portaestandartes, en los manuales de historia literaria. Las tentativas teatrales de post-guerra lo han demostrado. De los autores de aquella época, hasta el mismo De Curel naufragó. *Terre inhumaine* no alcanza ni el tono de cualquiera de sus hermanas primogénitas.

Sólo Bataille, por su espíritu innovador e inquieto, hubiera sido capaz de crear algo nuevo, de descubrir horizontes que atrajeran a las nuevas generaciones. Y estas en la buena vía... Por que es de los nuevos escritores que vengan al teatro con un espíritu de postguerra de quienes saldrá la luz que señale el camino. Aunque nuevo, no será M. Paul Raynal, de filiación netamente curelesca, quien abra el nuevo ciclo del teatro francés, al menos con *Le tombeau sous l'arc de triomphe*.

Su tragedia se pretende que es innovadora porque carece en absoluto de teatralidad, tal como se entiende ésta hasta el momento. Nunca condiciones negativas han hecho escuela. Además, *Le tombeau* carece de teatralidad por que es, simplemente, un poema lírico en prosa, para el que se ha elegido la forma dialogada, con vistas a su ejecución teatral, pero dentro del cual no habla sino un solo personaje: el autor. Y por cierto que habla, habla, pero no dice nada. M. Charles Meré lo hacía notar así al día siguiente del estreno.

Jean Sarment, Jean-Jacques Bernard, sin buscar más nombres, los consideramos en mejor camino, con más sólida base, para dar la orientación que se busca.—E. S. C.

**Chefs d'ouvre de Adam Mickiewicz**, traduits par lui-même et par ses fils, avec une notice sur la vie de l'auteur par Ladislas Mickiewicz. — Editions Bossard, Paris, 1924.

**A**DAM Mickiewicz ha sido llamado el Hugo polonés, no sólo por su filiación romántica sino por el vuelo de su estro y las persecuciones políticas en que se vió envuelto.

La piedad filial recoge en este libro lo más grande de la obra paterna que tanto se inspiró en la libertad de Polonia, realizada hoy, con perdón de Francia.

Traducir versos de un idioma a otro les quita no poca belleza y sabor, aun si la traducción conserva la forma métrica; traducirlos en prosa es desnaturalizarlos completamente. Es lo que ha sucedido con estos *chefs d'oeuvre*.

*Grazyna y Conrad Wallenrod* son las más conocidas y celebradas obras de Mickiewicz y con ellas se abre el volumen, siguiéndole después baladas, romances, sonetos, odas y cantos políticos y cerrándola el *Libro de la nación polonesa y de los peregrinos poloneses*.

Un profundo sentido profético anima las composiciones, de cuya grandeza nada nos atrevemos a decir, tan poca se revela a través de la traducción y tan lejana y fria, a pesar de ser bien combativa, encontramos esta literatura.—E. S. C.

**Lettres á un ami. Souvenirs de ma vie politique**, por *Alexandre Ribot*. — Editions Bossard, Paris, 1924.

**L**A exquisita escritora que fué Pierre de Coulevain decía de sus conacionales: El francés es un hombre que no puede evadirse de la teatralidad, aun en la más nimia de sus acciones. Citamos de memoria, pero estamos seguros del autor y del espíritu del texto.

Esa teatralidad del francés lo lleva al libro de memorias, — que no es otra cosa que una válvula de escape puesta al exhibicionismo, — para fijar el gesto. Ved quien ha hecho, quien ha sido capaz de hacer, estas cosas, dicen sus memorias. Y se desviste, o se viste, ante todos los paisajes.

Podrá argumentarse que el inglés también es dado a dejar su cuadro de bitácora. Pero los caminos que llevan a un mismo fin son muchos. El del inglés es puramente utilitario. Ved lo que he hecho, dice, sin mija de exultación ni goce, — y aprovechad la lección. El francés se muestra, el inglés se oculta.

De esa tendencia a mostrarse, nació seguramente este libro de M. Ribot. Cuando quien se muestra ha hecho algo, en buen hora venga la exhibición. Detrás de esta veremos aquello. Y lo uno compensará lo otro.

M. Ribot, cuya historia fué en gran parte la de la tercera república, nos cuenta con su prosa fina y ágil, de buen francés, los acontecimientos en que le tocó actuar durante los tres primeros años de la gran guerra.

Dada la posición de M. Ribot, todo el relato está lleno de interés, aunque no se levantan muchos telones — hechos conocidos forman la mayor parte del libro. La autoridad del escritor pone lo que falta en substancialidad, en revelación de entretelones que ayudara a la historia y a explicar infinidad de hechos cuya razón no alcanzan a explicarse sino los que están en el secreto.—E. S. C.

## LETRAS HISPANO - AMERICANAS

**Nuestros poetas.** — Antología chilena moderna. — Recopilación, prólogo y notas de *Armando Donoso*. — Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1924.

**N**OSOTROS publicó en su número 178 el estudio que precede a esta nueva antología a manera de crítica y explicación.

Si alguien estaba capacitado en Chile para una obra como la que supone *Nuestros poetas*, es Donoso. Erudito y laborioso, conoce mejor que nadie la literatura de su país. A él, pues, le tocaba hacerla; y la ha hecho, con devoción y comprensión.

Somos reacios a abrir juicio sobre las *Antologías* en general, por tenerlo demasiado definido. De la de Donoso debemos, sin embargo, hacer una excepción, porque queremos elogiar los móviles que la inspiraron y admirar su cuidadosa realización.

Tres próximos volúmenes, con los títulos de *Nuestros prosistas*, *Nuestro Teatro* e *Historia de la Literatura Chilena*, completarán la serie felizmente iniciada.

Ya *Nuestros poetas* es un poco de historia literaria chilena objetiva. Con los tomos restantes, de indole similar, y el final que será a modo de coronamiento subjetivo, habrá hecho Donoso los libros indispensables a todo estudioso que quiera conocer el pensamiento del país hermano. — L. S. C.

**Biblioteca Argentina de Libros Raros Americanos** — Tomo II. — *Leyes y Ordenanzas nuevamente hechas para la Gobernación de las Indias*, 1502-1543. Edición de 1603. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Investigaciones Históricas. Buenos Aires, MCMXXIII.

**E**L Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras ha puesto en circulación últimamente el tomo II de la Biblioteca Argentina de Libros Raros Americanos, cuyo primer volumen fué el *Tratado de Confirmaciones Reales*, por Antonio de León (1630), con una introducción de Diego Luis Molinari. El presente contiene en edición facsimilar las *Leyes y Ordenanzas nuevamente hechas para la Gobernación de las Indias* (1502-1543). Esta nueva reimpresión de las *Leyes nuevas*, hecha según el texto de la edición de 1603, lleva una introducción de Diego Luis Molinari, llena de eruditas notas, en que se estudia el origen e implantación de las encomiendas, las *Leyes de Burgos* de 1512 sobre la condición y el trabajo de los indios en las posesiones de ultramar, el *Requerimiento* del doctor Palacio Rubio — también aprobado en 1512 — en que se legitimaba la esclavitud de los indios por causa de guerra, y las provisiones nacidas de la resistencia de los indios caribes a someterse a los castellanos.

**Criminología**, de *Ingenieros*. — Tradução do Dr. Haekkel de Lemos. — Monteiro Lobato e Co., editores. — Sao Paulo, 1924.

**L**A *Criminología* del doctor José Ingenieros, a cuyas obras les son familiares las traducciones a los idiomas extranjeros, acaba de ser vertida al portugués por un joven e ilustre abogado brasileño, el doctor Haekkel

de Lemos. Esmeradamente impresa por la casa editora del escritor Monteiro Lobato, esta obra de Ingenieros ha de ejercer sin duda benéfica influencia sobre los estudios de derecho penal y sus aplicaciones prácticas en el Brasil. Así lo reconoce la prensa brasileña al anunciar la aparición de este libro, y el propio traductor en el brillante prefacio que ha puesto a su versión, el cual se cierra formulando la esperanza de que esta obra "ha de contribuir con nuevas bases al progreso, defensa y seguridad de la sociedad, y a la rehabilitación de los desviados de las normas morales y legales".

### Libros y folletos recibidos en el mes de Junio

*Mis ocios a bordo*: por A. Washington de la Peña — Editor Juan Roldán — Florida N.º 359 — Buenos Aires, 1924.

*De Dios a la humanidad o Legislación humana, universal, natural*: por Alvaro Leonor Ochoa — Guadalajara, 1924. — México.

*La última lección*: novela, por Carlos Loveira — Habana, 1924.

*María Guadalupe*: Tomo I: Una obra de amor, de rebelión y patriotismo — Obras completas de A. Manzanares — Editor Juan Roldán — Florida, 359 — Buenos Aires, 1924.

*Srimad-Bhagavad-Gita o El Canto del Señor*: Traducido del texto original sánscrito al inglés por el Swami Paramananda y del inglés al castellano por M. López Villamil y Ricardo Viví — Editor Juan Roldán — Florida, 359 — Buenos Aires, 1924.

*La lingüística*: Estudios de Filosofía — Primera serie — por Juan Knowles — Editor, Juan Roldán — Florida, 359 — Bs. As., 1924.

*Investigaciones históricas*: por el Dr. Vicente Dávila — Caracas, Venezuela, 1923.

*Historia del general Arenales*: (1770-1831). Tomo I — Londres, 1924.

*Boletín del Archivo Nacional*: Tomo I, N.º 1-2-3-4 — Tomo II, N.º 5. — Caracas, Venezuela, 1924.

*De la vida de las plantas*: por Juan J. Carazo — Imprenta María V. de Lines — San José de Costa Rica, 1924.

*Crimenes del Imperialismo*: por Pedro J. Rosa — París, 1924 — Prólogo de F. García Godoy.

*La voz obsesionante*: por Eduardo Uribe — Imprenta y Librería Alsina — San José de Costa Rica, 1924.

*La Ville Merveilleuse*: por Francisco Contreras — La Renaissance du Livre — 78, Boulevard Saint-Michel — París, 1924.

*Las fiestas de mi escuela*: por Germán Berdiales — M. Gleizer, editor — B. A., 1924.

*Quimera!...*: por Paulina Simoniello — Atilio Moro, editor — Talcahuano, 74. — Bs. As., 1924.

*La levita gris*: por Samuel Glusberg — Viñetas de Hohmann — Editorial Babel. — Bs. As., 1924.

*Los pasos trémulos*: (peosias) por V. M. Pérez Perozo — Prólogo de César E. Arroyo — Quito, 1924.

*Antología Americana*: por Alberto Ghirardo — Anecdotario — Volumen V — Editorial Renacimiento — Madrid.

*Manuel Gálvez — Ensayo sobre su obra*: por Nicolás Olivari y Lorenzo Stanchina — Agencia General de Librería y Publicaciones — Rivadavia, 1573 — Bs. As., 1924.

*Tronos vacantes*: Arte y crítica, por Pedro César Dominici — Librería "La Facultad" — Florida, 359 — Bs. As., 1924.

*Palabras...*: por Alejandro Mac-Kinlay — Librería Fernando Fé — Madrid, 1924.

*Tierra honda*: (poesias) por Pedro Leandro Ipuche — Editor, Claudio García — Montevideo, 1924.

*El Judío Internacional*: por Henry Ford — Librería editorial Hammer — Verlag, Leipzig, Alemania, 1924.

*El minuterero*: por Ramón López Velarde — Imprenta de Murguía — Méjico, 1924.

*Poésies* par Jean Royére — Librairie Edgar Malfére — Amiens, Francia, 1924.

*El oculto pecado*: por José María Salaverría — Biblioteca Nueva — Madrid, 1924.

*Matin aux Oliviers*: par Claude Andre Puget — París, 1924.

*Poema de Panamá*: por Francisco Villaespesa — Imprenta Nacional. — Panamá, 1924.

*Informe de los obreros del tráfico de Buenos Aires*: por Luis N. Gruner — Departamento Nacional del Trabajo — Imprenta López — Buenos Aires, 1924.

## LAS REVISTAS

### Una entrevista con Vargas Vila.

#### I

**E**L corresponsal en Barranquilla de *Cromos*, de Bogotá, publica en ésta una entrevista que tuvo con Vargas Vila, que por las informaciones que contiene y el tono con que está escrita, merece ser reproducida:

Dos gendarmes cruzan sus fusiles a la puerta del Hotel Moderno cuando intentamos entrar. Yo saco mi *carriet* de Corresponsal de *Cromos* en Barranquilla y obtengo la franquicia. Castañeda Aragón me acompaña.

Vamos a visitar a Vargas Vila.

Parece que un estremecimiento cruzó por las vértebras de la multitud ayer, al recibirse la noticia de que el terrible panfletario se hallaba en la ciudad. ¡Vargas Vila en Colombia! se decía la gente con el asombro con que el morador supersticioso del templo vuelve a contemplar sobre la piedra sagrada el torso y la espalda de la divinidad que huyó en busca de otros cultos. ¡Vargas Vila en Colombia!

—No he querido pasar de largo—nos dice—después de que nos hallamos instalados en la sala de recibimiento del hotel. He desembarcado en las costas patrias pues hace cerca de cuarenta años que no piso tierra colombiana y la patria siempre es la patria. Mi corazón de Ulises libertario no podía desoir la voz de la Itaca natal. El perro tendido en el umbral de la casa me ha reconocido.

Mientras Vargas Vila habla, nosotros lo observamos atentamente. Nada en él revela al luchador, al agresivo, al panfletario. Viste correctamente. Sus maneras son suaves y discretas. Nada de ademanes violentos. Cuando habla apoya la mano en la mejilla con un gesto ambiguo que hace relucir el enorme anillo que lleva en el dedo y que parece labrado en el lomo metálico de un escarabajo. La voz es opaca. El rostro afeitado, no acusa rasgos vigorosos. Todo él está fundido en una uniformidad de planos que le dan una apariencia totalmente inexpresiva. Las gafas cabalgan sobre la línea de la nariz y parecen invadir todo el rostro. El cabello peinado de lado, se adhiere a la piel, liso y brillante. Un rostro, en suma, que no traduce nada de las agitaciones interiores. Otros americanos violentos como Montalvo y Díaz Mirón cuidaron de que su aspecto diera una idea de su carácter. Este no. Parece un buen cura que ha envejecido viendo crecer las hortalizas.

—En la Guaira—nos decía—fueron a verme a bordo muchas personas. Por la tarde se llenó el barco de una gran cantidad de muchachas que iban a pedirme autógrafos y dedicatorias de mis novelas. Yo las complacía. Estoy muy satisfecho de estos homenajes. Es que las mujeres son como los

fuegos fatuos: primero los persigue uno; después ellos nos persiguen. Como ustedes lo saben, no es el sexo bello el más favorecido en mis novelas. Así me explico el fenómeno. Lo mismo me sucedió en Montevideo, donde la mayor parte del público que escuchaba mi conferencia era de mujeres. Y, a propósito, les contaré que pocos momentos después de mi llegada a esa ciudad fui llamado al teléfono, por una señorita que no quiso darme su nombre pero que me suplicó que conversara con ella todos los días siquiera unos cinco minutos, pues sus circunstancias no le permitían conocerme personalmente. Así lo hicimos. Ignoro todavía el nombre de tan gentil admiradora.

—Parece—interrumpimos—que en torno suyo se ha formado una leyenda.

—Oh, sí, una leyenda que yo soy el primero en cultivar. Lo único que vale en la vida de un ser pensante es la leyenda. La historia es cosa vulgar. Historia tiene el cocinero del hotel, historia tiene el sargento de la esquina. En cambio, la leyenda! En torno mio se han dicho muchas cosas. Se ha hablado de mis joyas, en las cuales gusto de hundir las manos como un florentino desdenoso; de mi manera de vestir, del lujo de mis habitaciones, de mis manías suntuarias, de mis vicios, etc. Todo leyenda. Como les repito a ustedes, yo dejo que los velos fabulosos se hagan cada vez más densos en torno de mi persona. ¡Mis vicios! Yo no fumo, no bebo, no salgo de noche. Cuando vine a América, hacía diecisiete años que no salía a la calle después de las siete de la noche. Llevo, además, una vida perfectamente metódica. De ahí el excelente estado de salud en que me encuentro. Tengo cerca de sesenta años. Trabajo constantemente. Escribo todos los días, sin perder un minuto.

—¿Qué obra de las suyas le satisface más?

—Difícil decirlo, pues mi labor se reparte histórica e ideológicamente en varios períodos. Mi genio, como un gran río, se divide en tres grandes brazos que van a fecundar distintas zonas de la inteligencia. Están mis novelas, mi obra histórica y mi obra de pensamiento, es decir, filosófica. Las tres son como las caras de una pirámide que, diversas entre sí, forman en conjunto el monumento. Entre mis novelas la que más éxito ha tenido es *Ibis*.

—Sin duda, y tanto más cuanto que la sagrada ave del Nilo se ha convertido para usted en pájaro de mal agüero, decimos.

—Efectivamente. Oigan: Sucedió que en Río de Janeiro, al ir a firmar en el Banco de Londres y del Río de la Plata un cheque, el empleado que vió estampar mi firma al dorso del papel, lanzó de pronto una exclamación de asombro: ¡Es usted Vargas Vila!—Servidor.—Pues sepa que hace unos quince días se suicidó una sobrina mía en cuya mesa de noche se hallaba *Ibis* con una anotación marginal en la que aseguraba ser su libro el responsable de tamaña desgracia.—Lamento—le contesté—que no me haya conocido usted tan sólo en mi calidad de acreedor de la respetable casa de que es usted empleado, sino también como asesino. Y salí.

Muchos casos de estos puedo referirles. Las víctimas de mis libros pasan ya de treinta. Entre estas puedo contar el caso de dos agentes de policía, suicidados en Panamá, y a quienes se les encontró en el bolsillo sendos ejemplares de *Ibis*. ¿Qué culpa tiene uno? ¿Puede imputársenos a mí y a D'Annunzio el haber desatado una verdadera fiebre de suicidios? Imposible, y más si se tiene en cuenta que yo no escribo para el público. Antes bien, lo desprecio. Delante de las cuartillas, mi única preocupación es contrariarlo. De ahí que yo haya inventado esa manera arbitraria de escribir, y que se parece tanto al lenguaje telefónico: *Oh: Sí: Ya: Pero: Bien: Más: Y:* sistema que me permite llenar cómodamente una página con el contenido de un párrafo. Que rabien los académicos. Si yo quisiera ser un clá-

sico lo sería. Nada tan fácil como el periodo redondo. ¿Quién va a escribir así?

—Tiene usted razón—decimos.—¿Y desde cuándo adoptó esa manera?

—Desde que comprendí que iba para clásico. Además, creo ser entre los escritores de habla española, el que más ha enriquecido el idioma. Yo he sido un magnífico pirata. He tomado palabras y expresiones de todas las lenguas muertas y vivas para llevarlas al idioma nuestro, como el mosaísta que recoge todas las piedras para formar su maravilla multicolora. He creado, en cierto modo, un lenguaje cosmopolita, un idioma internacional.

—Y entre sus obras de carácter histórico y filosófico, ¿cuáles prefiere?

—Sin duda *La República romana* que es mi obra cumbre. Luego *El Horario reflexivo* y *La voz de las horas*. Hay una que estimo bastante y es *María Magdalena*, por haberle dado un sabor nuevo al pasaje bíblico en que figura la ilustre pecadora. Mi *Salomé* tiene un relieve característico dentro de las letras universales. No es la reconstrucción arquitectónica de Flaubert, ni la ambigua creación de Wilde, ni la figura de coloretos de Eugenio de Castro. No. Hay allí una interpretación novísima del sexo. Nunca el misterio de la mujer había sido afrontado con más pungente análisis.

—Es usted muy leído...

—¡Figúrese! Mis libros son leídos en todo el mundo. No soy, como se ha asegurado, un escritor para los bajos fondos sociales. Es claro que el pueblo me ama, porque ve en mí la encarnación de la Libertad, porque yo les he dicho la verdad a los tiranos, porque me he mantenido siempre derecho, como el asta de una bandera. Pero yo no soy un escritor para la muchedumbre. Bastaría, para comprobarlo, el ejemplo de mi vida. Yo soy el gran solitario. He fulminado desde el Sinaí, sin bajar nunca a donde están las tiendas del pueblo. Desde allí he dicho *mi verdad*, he gritado *mi verbo*. No voy con el rebaño. En una de las Repúblicas del Plata un grupo de jóvenes intelectuales me propuso que encabezara una protesta por la expulsión de Unamuno de España. Me negué a ello. Si protestaba, lo haría solo. Así he luchado siempre. Así he triunfado.

—¿Cuáles han sido sus amistades literarias?

—No las he tenido. En Madrid, sobre todo, no trataba con nadie. En España no hay nada que merezca la pena. Todo es morralla literaria. Tengo una revista que edito en París y que es exclusivamente mía. Allí no admito suscritores ni colaboradores, porque no quiero que nadie vaya unido al carro de mis destinos.

—¿Qué nos cuenta de Darío?

—Pobre Rubén. Nos unió una buena amistad. Un hombre excesivamente tímido. Un cisne, y como todos los palmípedos, pesado y torpe sobre la tierra. No tenía más que sus versos maravillosos. Nunca supo conducirse en la vida real. Como todos los genios, sólo tenía un punto luminoso. Lo demás era sombra y mancha en torno suyo pero. ¿qué tiene que ver la vida de un escritor con su obra? Adoramos en Darío su genio y hemos entregado su genio a la acción purificadora del tiempo. Muerto Darío sólo nos queda en América personajes detestables como Chocano. ¿Ha venido a Colombia? Lástima que aquí no lo hubieran coronado también. No quisieron los dioses que este hombre deshonrara el cadalso, muriendo en él, y allí lo tienen ustedes vivo, después de haber fatigado la infamia. Cuando se robó en Madrid una esmeralda, los sudamericanos tuvimos que levantar una suscripción para librarlo de la cárcel. Después estubo a las órdenes de Pancho Villa y de Estrada Cabrera. Preveía los serrallos de estos dos tiranuelos. Chocano es un esfuerzo del servilismo para andar en dos pies.

En Madrid hay un sujeto que se le parece: Gómez Carrillo. Se casó

con la Meller y la explotó lindamente. Por supuesto, que nunca fué más que marido honorario de ella. Con todo, Carrillo es un buen cronista. Su talento es el fulgor de una luciérnaga cuyo radio de luz sólo alcanza a iluminar la corola de una rosa.

## II

—¿Qué impresión trae de los países sudamericanos que ha visitado?

—Personalmente estoy muy satisfecho. Me han agasajado, me han solicitado, me han atendido. En Buenos Aires se me hicieron honores de pugilista. Laureano Gómez me ofreció un gran banquete. Por cierto que anduvo con la linterna de Diógenes buscando un intelectual que pudiera departir conmigo y no encontró más que a Sánchez (sic) y Rojas. En cuestiones intelectuales no vale nada la Argentina. Es la pampa. El cielo le ha negado hasta una montaña, para que allí no tenga nadie la idea de la grandeza. Creo haber sido el único escritor que a su llegada a Buenos Aires, no corrió a las oficinas de *La Nación*. Y sin embargo, me buscaron.

Montevideo es una ciudad preciosa. Lástima que la política lo haya embargado todo. El Brasil es un gran país. Intelectualmente va a la vanguardia del Continente. Hay un gran movimiento de ideas, que parece adquirir forma visible y simpática en el trato con las gentes, porque todo el mundo es gentil y caballeroso.

De mi paso por esas Repúblicas traigo, entre otros, un recuerdo muy grato: mi amistad con Juana de Ibarbourou. Es sumamente ignorante, pero quizás allí resida el encanto de sus versos. Me consultó un caso muy interesante. Resulta que su marido, un militar (y con esto está dicho todo) le ha prohibido que publique más libros de versos. Ella se encuentra perpleja y está resuelta a sacrificar su genio en provecho de su hijo. ¡Gran ejemplo!

—¿Y la Mistral?

—No la conocí. La Mistral es un caso patológico. Para estudiarla hay que recurrir a los libros de medicina. (El repórter, que ve en Gabriela la más alta expresión lírica femenina de la raza, calla aquí, realmente indignado).

—Sin duda habrá usted seguido el movimiento intelectual de Colombia.

—¿Movimiento intelectual? Aquí ha habido dos grandes poetas: Guillermo Valencia y Julio Flores. Guillermo Valencia con la cuarta parte de la inspiración de Flores habría sido el primer poeta de Colombia, y Flores con un poco del arte de Valencia, habría sido el primer poeta americano. Valencia sólo cincela ánforas a las que les falta el contenido.

(Para el señor Vargas Vila no hay un hondo y entrañable lirismo en *Los Camellos*, ni hay en *San Antonio* una idea de vasta trascendencia histórica, ni en el *Canto a Popayán* un gran sentido sociológico ni en *Las Cigüeñas* un programa de estética intelectual, ni en el *Circo* una visión perfecta de la antigüedad clásica).

—Y la juventud de Colombia, ¿le interesa a usted?

—Yo sólo sé que aquí y en muchas otras partes los jóvenes comienzan *vargasvilando*. Toman mis imágenes, imitan mi estilo, asumen mis actitudes. Después claudican, el día en que el Gobierno les ofrece un puesto fuera del país. Por eso dije por ahí que yo he hecho más Cónsules que el Senado Romano.

Nosotros protestamos. Entre la juventud, ¿quién lee o imita a Vargas Vila? Existe en Colombia un arte nuevo, sobrio y elegante, que nada tiene que ver con los tropos del autor de *Ibis*.

Finalmente, decimos: —¿Permanecerá usted algunos días en Barranquilla?

—Hasta que arregle el asunto de *Aura o las violetas*. Acabo de nombrar apoderado en Bogotá a Antonio José Restrepo, para que haga valer mis derechos. Yo no soy una viuda pobre para que una empresa cinematográfica me robe. Sí, señor, porque eso es un robo. Yo sé que los señores Di Domenico Hermanos han explotado mi obra escandalosamente. Ya veremos.

El señor Vargas Vila sigue hablando de muchas cosas. Evoca los tiempos revolucionarios, cuando todo el mundo se sabía su discurso ante la tumba de Diógenes Arrieta; habla de sus compañeros de tribuna y de combate, del radicalismo colombiano, del cual no queda más que un representante, que es él; nos dice que no va a Bogotá, porque teme que se le atribuyan aspiraciones políticas o que pretenda recoger la herencia de un general muerto recientemente. Que el nombre *Envidiópolis* puesto por él a la ciudad del Aguila Negra se confirma cada día más; nos dice de sus grandes negocios editoriales, de las memorias de su vida, en no sé cuántos volúmenes, de la diplomacia joven acreditada en las repúblicas del Sur, de su vida de solitario y desdeñoso, de sus prácticas higiénicas, etc. Nosotros nos despedimos.

RAFAEL MAYA.

Barranquilla, abril 27 de 1924.

### El secreto de "Las Desencantadas", de Loti.

EN el núm. 62 de *L'Amérique Latine*, encontramos y traducimos el siguiente artículo de la escritora chilena Inés Bello, el cual nos hace una revelación que "se non é vera...", y que en todo caso dice cosas muy exactas acerca del valor de Loti como novelista.

Nosotras las mujeres llevamos la indulgencia para con nuestro irreductible adversario — el hombre — hasta defender con una ternura maternal la ilusión en la cual le hemos envuelto.

Por eso ha guardado *Marc Helis*, con Pierre Loti, el secreto que nos revela ahora. Djenana no era turca y no ha muerto. Francesa y bien viva nos muestra hoy los entretelones de una novela que nos ha encantado a todos.

Esta novela de una novela, nos la había contado, hace cerca de quince años, en una inolvidable velada de invierno, bajo la lámpara familiar. Las cartas del ilustre escritor estaban allí; ante nuestros ojos, sobre nuestra mesa, junto a los retratos firmados de su mano y los cuadernos del diario donde *Marc Helis* había consignado, día por día, los incidentes de aquella extraordinaria aventura.

Entre bastidores, podíamos seguir la elaboración de una obra de belleza que ha hecho soñar y llorar dos generaciones de almas femeninas; y con secreta complacencia, admirábamos la inocente fatuidad que hace la fe en el amor tan fácil al hombre; aun al hombre de genio.

En la tristeza incurable de la mujer turca, que se sabe amada por su sexo y no por su alma, nosotras, mujeres de todas las razas, encontramos el reflejo de nuestro sueño mutilado, y la cruel ironía de ofrecer un tesoro cuyo valor no está cotizado todavía en el mundo, y para el cual no hay casi demanda en el mercado. El inmenso éxito del libro de Loti fué debido al

maravilloso eco que despertó en los corazones femeninos. El acento de la verdad, que no engaña, en él vibraba y hacía palpar todas las almas vivientes.

Loti no era psicólogo ni novelista. Era un delicadísimo receptor de impresiones sutiles, un poeta de paisajes, un explorador de espejismos.

El encanto de *Las Desencantadas*, encanto nuevo en la obra de Loti, vino de que el gran escritor no estaba solo, cuando escribió este libro. Un alma de mujer se quejaba con su pluma. Un corazón humano le confiaba sus íntimos y desconsolados dolores.

*Las Desencantadas* han nacido de la colaboración artística de una mujer superior y de un hombre de genio.

Esta mujer turca, esta prisionera, era nosotras todas, mujeres del siglo XIX. Desde tiempo inmemorial, ¿no oímos esta frase desdeñosa, con la cual se rebaja todos nuestros esfuerzos: "Cosas de mujeres?" Vale decir caprichos, supersticiones o necedades. Alrededor de nosotras se hace irrisión de lo que hay de más misterioso en el alma femenina — esta fuente de fuerza espiritual que el hombre ignora y que en la alquimia divina sirve de contrapeso a la más positiva razón masculina.

He aquí porqué el libro de Loti, inspirado por un alma de mujer, difiere de todo el resto de su obra y para nosotras todas tiene el mérito indiscutible de haber descubierto la llaga acelerando así el progreso del feminismo. Con esta palabra: "feminismo", pasada de moda hoy, no quiero significar la rivalidad de sexos; entiendo, sí, una colaboración que traerá a la sociedad la luz y la energía que la humanidad necesita y de la cual carece por causa de la exclusión de un sexo y de la excesiva preponderancia del otro.

Cuando *Marc Helis*, con su voz cristalina, nos contaba los episodios de su romance con Pierre Loti, uno de nuestros amigos le dijo: "¿Y esos ojos tan dulces, y esa voz tan clara han engañado a un hombre de genio?" Ella contestó: "No fué un engaño. Yo estaba tan emocionada como Loti: otra alma se había apoderado de la mía, me dictaba mis cartas y hacía sinceros mis actos." Aquella otra alma que vibraba en ella, no era solamente el alma femenina musulmana, sino toda el alma femenina.

Toda obra de arte realiza una transformación; salimos de la verdad particular para entrar en la verdad ideal y por eso la novela es más sincera que los sentimientos vividos personalmente por nosotros.

La factura de esta novela de Loti demuestra otra verdad, verdad oculta que el mundo no reconoce todavía abiertamente. Es que en los planos espirituales, la inspiración que fecunda el espíritu masculino se ejerce de la mujer al hombre, es decir, a la inversa de lo que pasa en el plano físico, y así se establece la armonía total en las diversas esferas de la vida.

Un día, en Junio de 1914, nos fué dado, a *Marc Helis* y a mí, tomar parte en una de esas fiestas espirituales de las que la vida es avara. Pierre Loti daba en *Fémima* una conferencia sobre las mujeres turcas. Su voz temblaba de emoción al recuerdo de aquella mujer Djenana, única sin duda en su vida de aventuras tras la persecución del Ideal, de la cual reconocería la voz, decía él, entre mil otras voces femeninas.

La "divina Bartet" se adelantó en la escena, para leer aquella última carta, testamento de Djenana al poeta. Antes de que empezara, Loti dijo: "Les afirmo, señoras, que no he suprimido ni agregado una coma, a la carta de la querida muerta".

Se hizo un silencio grave y lleno de emoción. La gran artista, con su voz de oro, leyó la hermosísima carta, que el genio de Loti no hubiera podido componer, si no hubiera brotado de un corazón de mujer.

Mi amiga y yo la escuchábamos emocionadísimas. ¿Ilusión o realidad? Pero la carta vibraba, y la vibración es la sola verdad artística.

Esa noche nos encontrábamos casi resignadas de ser mujeres. La vida nos reserva grandes compensaciones. — INÉS BELLO.

### Literatura deportiva

UN esfuerzo notable hasta lo excepcional, es el que ha realizado la revista francesa *Le Monde Nouveau*, al publicar un número especial —un grueso y elegante volumen de más de 250 páginas— enteramente dedicado a la *Literatura deportiva* y redactado por los escritores Paul Souchon y Jacques May. Prologa esta publicación Tristán Bernard, quien define su contenido y carácter del siguiente modo:

“Mi viejo amigo Jacques May, y su colaborador, mi colega Paul Souchon eran los más calificados, ya que ambos son buenos escritores y deportistas, para escribir este *ensayo sobre la literatura deportiva contemporánea*. No han querido remontarse hasta la antigüedad, aunque saben como yo que el primer escritor deportivo fué el buen Homero, que escribió *La Iliada* para los amantes del deporte y *La Odisca* para los aficionados al turismo. Con razón les ha parecido que había llegado el momento de examinar si el movimiento deportivo, que data de más de treinta años, habrá tenido alguna influencia sobre la literatura y si no sería el caso de deducir ya los caracteres generales de esa influencia.

“Porque, en fin de cuentas, Literatura y Deportes, Belleza del hombre y Belleza del verbo, lejos de oponerse están ligados en ciertas obras contemporáneas tanto y tal vez más de lo que lo estuvieron en la antigüedad.

“¿Acaso no tenemos numerosos deportes nuevos, particularmente los mecánicos, cuya expresión literaria nos pertenece en propiedad?

“Para juntar todos los elementos dispersos en los libros, las revistas, los diarios, de esta literatura deportiva, han sido necesarias muchas rebuscas; y a pesar de eso, nuestros dos autores, muy bien asociados, pues el uno es periodista y el otro poeta, no deben disimularse que cada día les valdrá un remordimiento, descubriéndoles un olvido.

“Tal como es, esta concienzuda reunión de materiales para una historia futura de la literatura deportiva, revelará por lo menos que tal literatura existe y ya ha producido una respetable cantidad de obras.

“Después de un primer capítulo consagrado a las consideraciones generales sobre la literatura deportiva, sus caracteres y límites, se abre la parte documental, en la cual los escritores deportivos están clasificados según el género cultivado y la cronología. Les preceden algunas breves apreciaciones y los definen numerosas citas, escogidas, dentro de lo posible, de modo que formen un cuadro sin repetirse las unas a las otras. Todos los deportes quedan así representados y bastará que los lectores o también los educadores abran este libro para encontrar en él, sobre cualquier deporte, una descripción firmada por un nombre conocido.

“Francamente, antes de recorrer este ensayo sobre la literatura deportiva contemporánea, yo no sospechaba que ella formase ya un cuadro tan impresionante.”

El prólogo general de los compiladores, al que se ha referido Tristán Bernard, se cierra con las siguientes palabras:

“Muchos novelistas, cansados de analizar los mismos casos sentimentales, de describir las mismas escenas eróticas; muchos poetas, igualmente cansados de cantar sus pequeños dolores, de repetir los períodos oratorios

de los clásicos y los románticos, las oscuridades de los simbolistas o los absurdos de los dadaístas, al fin se han vuelto hacia el mundo nuevo, hacia las armonías, los ritmos, los colores que les ofrecen los deportes y los deportistas.

"El propósito de este Ensayo es el de decir los méritos de los primeros escritores que han comprendido esta necesidad y citar con tanta amplitud cuanta nos permita el espacio, sus mejores páginas. De este modo esperamos preparar los materiales para una Historia de la literatura deportiva, que se escribirá algún día, y realizar desde ahora una antología contemporánea en que se encontrarán ejemplos literarios de todos los deportes.

"También esperamos mostrar con esto a los enemigos del deporte, a los eseritores encerrados en la falsa idea de que los ejercicios corporales perjudican al espíritu, cómo se equivocan groseramente. Sin recordarles la civilización griega, que debió su esplendor a la unión de los deportes y las artes, quisiéramos convidarlos a admirar las obras modernas que traen en su seno una nueva belleza.

"Por otra parte nos sería grato probar a los deportistas que sus esfuerzos, sus competiciones, sus sentimientos, su fe, han provocado expresiones literarias diversas. No todos se dan cuenta de la nobleza estética y elevación espiritual y moral de los deportes. Algunos desprecian a los escritores; demasiados los ignoran.

"Si las páginas siguientes contribuyesen a dar a ciertos deportistas más alta idea de sí mismos y los reconciasen con la literatura, nos juzgaríamos ampliamente recompensados."

Por las ocho secciones en que el libro está dividido, respectivamente tituladas: los novelistas, los cuentistas, los filósofos y moralistas, los cronistas, los humoristas, los educadores, higienistas y técnicos, los periodistas y los poetas, desfilan centenares de nombres, entre los cuales muchos ilustres, así los de Rosny, Tristán Bernard, D'Annunzio, Maupassant, Paul Adam, Maeterlinck, Barrés, Pierre Louys, Bourget, Mirbeau, Lorrain, Clemenceau, Brieux, Regnier, Pilon, Mistral, Rostand, Richepin, Fabre, etc. Sobre el propio Paul Souchon escribe un capítulo especial Alphonse Séché. Ningún deporte es olvidado en estas páginas, desde el billar al alpinismo, desde la esgrima al box, desde la danza al tiro al blanco, desde la tauro-maquía a la natación. Ciertamente este número especial de *Le Monde Nouveau*, el N.º 4 del año 1924, merece ser conservado en las bibliotecas.

## Clasicismo y Romanticismo

OTRO número extraordinario es el que dedica *Belles-Lettres* en su fascículo doble de mayo-junio de 1924, a debatir una vez más la eterna oposición entre el espíritu clásico y el romántico, a la luz de los sentimientos e ideas contemporáneos. La importante revista francesa, exclusivamente consagrada al arte y las letras, inició recientemente una encuesta sobre el punto entre los más notables escritores franceses, cuyos resultados se publican reunidos en este volumen. El cuestionario de la encuesta fué el siguiente:

"1.º ¿Cree usted, con M. Ernest Seillière y con Pierre Lasserre y Henri Massis, que *el clasicismo* asegurará la perennidad del arte, así como el dogmatismo la de la religión y de la civilización? O bien, con M. Henri Brémond, piensa usted que quien salvará a la vez la civilización, la religión y el arte, será *el misticismo* (o *el romanticismo*, puesto que estos dos vocablos parecen tener para él más o menos el mismo valor)?

"2.º La definición de Goethe: "llamo clásico lo que es sano, romántico

lo que es enfermo", ¿le parece a usted suficiente? Si no le parece, ¿puede usted proponer alguna más satisfactoria?

"3.º Entre los escritores contemporáneos—novelistas, dramaturgos, poetas—algunos parecen considerar que la verdadera tradición francesa se manifiesta en la Edad Media, fué interrumpida por el Renacimiento y nunca más se ha reanudado. Si admitimos que misticismo y romanticismo significan las mismas cosas, ¿puede dárselos la razón? Y según usted, ¿cuál es la época de la verdadera tradición francesa? ¿O bien piensa usted que cada época tiene sus *clásicos*?"

"4.º ¿Considera usted que sería de desear o de deplorar la restauración del espíritu clásico por un lado, del dogmatismo por el otro? ¿Y cree usted posible esta restauración en nuestra época, bajo el signo de la máquina?"

Sesenta y dos escritores—críticos, novelistas, poetas, filósofos, publicistas—han contestado a esta encuesta, con páginas inteligentes, sutiles y naturalmente contradictorias, cuyas conclusiones nos sería imposible resumir ni aproximadamente ni en líneas generales. Lo intenta el propio director de la encuesta, Maurice Caillard, en diez páginas finales en que sintetiza los principales argumentos en pro y en contra. Y concluye a su vez Caillard, poniendo punto final a la encuesta: "En suma, nadie vería ninguna ventaja en restaurar el espíritu clásico y quizá ha llegado el momento de exclamar con Henri Clouard: "Después de tantas escuelas y doctrinas, todas las licencias, salvo contra el individuo!"

## ECOS Y NOTICIAS

- EN París será levantado un monumento a José María de Heredia, el gran poeta francés, nacido en Cuba, autor de *Los Trofeos*. La idea surgió antes de la guerra; pero ésta interrumpió su realización. Preside el Comité encargado de los trabajos, Jean Richepin, y forman parte de él, Gabriel Hanotaux (vicepresidente), Ernest Martinenche, y entre otros, los escritores americanos Hugo D. Barbagelata, Ventura García Calderón, Armando Godoy, Carlos Lesca, Pedro Osorio y Gonzalo Zaldumbide. La *Revue de l'Amérique Latine*, deseosa de asociar todas las repúblicas del continente americano a este homenaje (otro monumento igual será levantado en Santiago de Cuba donde nació el poeta) dirige un llamado a sus amigos, a sus abonados y a sus lectores, para que todos se asocien a la obra, sin que importe la cantidad del donativo. En sus páginas se publicará la lista de los suscritores, que ya se ha iniciado y en la cual vemos figurar entre los primeros nombres el de Angel de Estrada.

- EN el Congreso de la prensa latina recientemente celebrado en Lisboa,— uno de los tantos engendros de la propaganda francesa en el Exterior, — el congresista Sr. Hugo D. Barbagelata, representante del Uruguay, propuso para idioma oficial de la conferencia, el francés, si bien cada delegado podía expresarse en su lengua natal.

Sentimos que nuestro amigo el señor Barbagelata haya sido el autor de esta proposición.

No sólo por el derecho de mayoría entre las naciones concurrentes, que asumen las repúblicas hispano-americanas y España, contra la insignificante minoría de Francia y Haití — ya que se quiere mezclar esta república de negros y mulatos en la latinidad — correspondía el uso del idioma español, sino también por ser el lenguaje oficial de mayor número de personas que el francés.

- EL número 18 de *La Revue Contemporaine* dá un resumen de la conferencia dictada por el Dr. Alfredo L. Palacios en el mitin que realizara la Federación de Estudiantes en el Príncipe Jorge contra Leopoldo Lugones, por su proyecto fascista del Coliseo.

En el mismo número se resume también el artículo de A. Orzábal Quintana sobre *La dictadura de las grandes potencias*, aparecido en nuestros números 172 y 173.

Ambos resúmenes que firma S. de la P. figuran bajo el título *La Juventud de la América latina y el imperialismo yanqui*.

- EL interesante semanario francés *Les nouvelles littéraires* está dedicando una página de cada número a comentar la vida literaria y artística en el Extranjero.

- BAJO la dirección de Paul Dermée ha comenzado a publicarse en París una "gaceta internacional de las letras y las artes modernas" que lleva el título *Interventions*.

Escrita por jóvenes y llena de un espíritu nuevo, *Interventions* puede desempeñar un brillante papel en el movimiento literario moderno.

- **A**LFREDO Giannini, ya conocido por sus elegantes y correctas versiones del *Buscón* de Quevedo, y los *Entremeses* y las *Novelas ejemplares* cervantinas, acaba de publicar una nueva traducción del *Quijote* (Florencia, 1924. Vol. XXIX de la "Biblioteca sansoniana straniera" dirigida por Guido Manacorda). Es ésta la tercera traducción italiana de la novela inmortal: las anteriores fueron hechas por Lorenzo Franciosini (Venecia, 1622) y Bartolomé Gamba (1818), corregida esta última por Francisco Ambrosoli en 1840. Francia cuenta con cincuenta traducciones del *Quijote*; Inglaterra con veintidós; Alemania con veintiséis.

- **E**L 3 del pasado mes de abril se celebró en la ciudad de México la ceremonia del descubrimiento de las estatuas de sor Juana Inés de la Cruz, Justo Sierra, Rubén Darío y Amado Nervo, instaladas por resolución del secretario de Educación Pública, en los nichos del Patio Anterior del propio ministerio.

- **L**OS números 23 y 24, correspondientes a Abril y Mayo de este año, de la excelente revista francesa *Intentions*, que dirige con notable buen juicio Pierre André-May, vienen consagrados a la joven literatura española. A un prólogo de Valery Larbaud y una introducción de Antonio Marichalar, siguen poemas y prosas de Dámaso Alonso, José Eergamin, Rogelio Buendía, Juan Chabas y Martí, Gerardo Diego, Antonio Espina, Jorge Guillen, Federico García Lorca, Antonio Marichalar, nuestro colaborador y amigo Alonso Quesada, Adolfo Salazar, Pedro Salinas y Fernando Vela, traducidos por Marcelle Auclair, Jules Supervielle, Gabriel Audisio, Jean Cassou, Valery Larbaud, G. Pillement y Mathilde Pomés.

Es de loar el propósito de la dirección de *Intentions*, que ha tenido una bella realización con este número extra. Los nombres que citamos más arriba forman lo más granado de la joven generación española, que está animada por un recio espíritu de originalidad y una fuerte voluntad de superarse. Hacerlos conocer en Francia, donde tan reacios se han mostrado siempre no ya para las famas tempranas sino hasta para los consagrados, no solamente es una prueba de inteligente política sino de buen gusto.

- **L'** *Amerique Latine* ha abierto una encuesta sobre la vida intelectual de Hispano-América, que consta de las siguientes preguntas:

- 1.º ¿Cuál es el libro que Vd. prefiera entre los que Vd. ha escrito?
- 2.º ¿Qué fin persiguió Vd. al publicarlo?
- 3.º ¿Cuál es la obra que Vd. prepara en estos momentos?

Las primeras repuestas que le han llegado al colega son de nuestros colaboradores y amigos Alfonso Reyes, R. Blanco Fombona, Armando Donoso y de los Sres. Juan E. O'Leary, José Severiano de Rezende, Carlos Magalhaes de Acevedo y Tobías Monteiro.

- **T**URQUÍA que tantas sorpresas nos está dando en estos últimos tiempos, nos prepara otra más. Pide el premio Nobel de Literatura para Abdul-Hak-Hamid Bey.

Una oportunidad para que nuestro colaborador el Emir Arslán nos diera algunas noticias del nuevo émulo de Rabindranath Tagore.

- **D**e la Revista de Bibliografía *Vient de Paraitre*, traducimos sin comentario la siguiente nota que aparece en su número 30:

"*Miguel de Unamuno*: Puede decirse que todos los medios intelectuales franceses han protestado contra el destierro de Miguel de Unamuno por el Gral. Primo de Rivera. (¡!) Miguel de Unamuno ha sido deportado a consecuencia de la publicación, hecha en la Argentina, de una carta

privada, en la cual atacaba el Gobierno. Se atribuye al Ministro de la Gobernación de España la siguiente frase: "Quisiera ofrecer al Gobierno cuatro cabezas de intelectuales por día". Se nos presenta la ocasión de trabar conocimiento con un autor que todo el mundo ha defendido de buena fe sin conocerlo".

- **E**N el año 1923 han aparecido en Francia 1589 libros nuevos de los cuales 1009 novelas, 284 piezas teatrales y 286 volúmenes de poesías. En 1922 estas cifras fueron de 976, 366 y 395 respectivamente.

- **E**L acontecimiento literario del momento será la aparición en París de una gran revista, que llevará el nombre del descubridor de América, fundada con los propósitos de conservar su verdadera fisonomía al continente. El nuevo hebdomadario aparecerá en español, pero más tarde tendrá una edición francesa. Hasta ahora han adherido los siguientes colaboradores:

En Italia: Gabriele d'Annunzio, Giovanni Papini, Luigi Pirandello, Benedetto Croce, Alfredo Panzini, Ardengo Offici, Guido da Verona, Ezio Levy, Alexandro Varaldo, Fausto María Martini, Jorge del Vecchio, Giuseppe Prezolini, Salvatore Gotta, Guglielmo Ferrero, Mario Puccini, Dario Niccodemi, Luigi Einandi, Marinetti. — En Portugal: Homen Cristo, Eugenio de Castro, Raúl Brandao, Aquilino Ribeiro, Julio Dantas, Antonio Sergio, ministro de Instrucción Pública, Joao de Barros, Mario Beirao, Joaquín Manso, Antonio Ferro, Carlos Selvagem, Virginia Victoriano, Antonio Sardinha, Alfonso López Vieira, Alberto de Monsaraz, Rocha Martins, Antonio Correira de Oliveira, José de Figueiredo, Hipólito Raposo. — En Francia: Henri de Régnier, Henri Bergson, monseñor Baudrillard, de la Academia Francesa, Francis de Miomandre, Camille Mauclair, Georges Duhamel, Paúl Fort, Paúl Valéry, Jean Cassou, Gerard d'Houville, Tristán Bernard, Edmond Jaloux, Benjamin Crémieux, Yvonne Printemps, Pierre Mille, Valery Larbaud, Georges Qudard, Fernand Divoire, Robert de Traz, condesa de Noailles, Louis Bertrand, Louis Vauxelles, Carol Berard, Adolphe Falgairolle. — En España: Azorín, Eduardo Marquina, Ramón Pérez de Ayala, Ramón María del Valle Inclán, Luis Araquistain, Francisco Grandmontagne, Ramiro de Maeztu, José Ortega y Gasset, Luis Olariaga, Miguel de Unamuno, Manuel Bueno, Emilio Gascó Contell, Luis Bello, Santiago Ramón y Cajal, Alvarez Quintero, Royo Villanova, José María Salaverría, Gustavo Pittaluga, Santiago Rusiñol, Adrián Gual, Leopoldo Romeo, Pio Baroja, Aranaz Castellanos, Gómez de la Serna, García Sanchiz, Luis Doreste, Corpus Barga. — En América Latina: Francisco García Calderón, Gómez Carrillo, F. Ortiz Echagüe, Pedro J. Rosa, E. Martiñenche, León Pacheco, A. Zerega Fombona, E. Montarroyos, Leopoldo Lugones, Serra Valle, José Ingenieros, Alfonso Reyes, Carlos Pereira, Hernández Catá, Pedro Emilio Coll, Sanín Cano, Ricardo Rojas, Fernán Félix Armador, Martínez Zuviria, Antonio Aita, Monteiro Lobato, Godofredo T. de Silva, Ronald de Carvalho, Afranio Peixoto, Aleidides Arguedas, Franz Tamayo, Guillermo Valencia, Vargas Vila, Cornelio Hispano, Henríquez Ureña, Cayetano Coll, Carlos Reyles, Juan Zorrilla, Andrés Eloy Blasco, Parra Pérez, Luis Correas, Alejandro Sux, Carrasquilla Mallarino, Manuel Ugarte, Wenceslao Armando Godoy, Gonzalo París, Enrique José Varona, Arturo R. de Carricarte, Chacón y Calvo, Gay Calbó, Armando Donoso, Gabriela Mistral, Félix F. Palavicini, Pedro Prado, Omer Emetu, Gonzalo Zaldumbide, Rafael Arévalo, Froilán Turcios, González Martínez, Núñez Domínguez, Salomón de la Selva, Juan Stefanich, Méndez Pereiro, Riva Agüero, Alberto Guillén, Alberto J. Ureta.

## NOTAS Y COMENTARIOS

### Viaje de nuestro director

**E**L 11 del corriente partirá para Europa en el *Re Vittorio* en viaje de placer, nuestro director Alfredo A. Bianchi. Es su propósito recorrer Italia, Francia y España, jira que sin duda favorecerá el estrechamiento de nuestras relaciones intelectuales con los muchos amigos que allá tiene NOSOTROS. También enviará Bianchi correspondencia a nuestra revista y a otras publicaciones porteñas. Estará de vuelta a la Argentina a fines de año.

Bianchi no ha querido aceptar ninguna demostración de despedida, y si sólo una íntima comida fraternal que sus amigos de NOSOTROS improvisamos en la relación noches pasadas.

Por las presentes líneas nuestro director se despide de todos sus amigos y los de NOSOTROS.

### Comida a Bermúdez Franco

**C**ELEBRANDO el éxito alcanzado por la exposición de dibujos y caricaturas de Antonio Bermúdez Franco, sus amigos le ofrecieron días pasados un banquete que organizó el director de la revista *Inicial*, Alfredo Brandam Caraffa. Ofreció la demostración nuestro director Roberto F. Giusti, quien hizo el elogio del arte muy personal del artista, y después de él hablaron y leyeron versos de circunstancias Brandam Caraffa, González Tuñón, Evar Méndez y Pedro Herreros. Cerró la simpática fiesta Bermúdez Franco, disertando, con conceptos muy personales, sobre el arte de la caricatura y el suyo propio. Reproducimos a continuación los versos que leyó nuestro viejo colaborador y amigo Evar Méndez, actual director de *Martín Fierro*.

## LAUREL A BERMUDEZ FRANCO

Esta su porción de gloria  
 Será breve o será eterna,  
 Pero no será ilusoria:  
 Con su Gómez de la Serna,  
 Su Baroja, su gran manco,  
 Con sus viejas de Tulum,  
 Puede ya Bermúdez Franco  
 Decir claro su: *Ego sum!*

Es el que ahonda y penetra,  
 Quien descubre y adivina;  
 Sabe una mágica letra;  
 Tiene la virtud genuina  
 De intuir razón e instinto;  
 Caza al vuelo la intención.  
 Su lápiz no dice: —Pinto,  
 Mas siempre tiene razón.

Y ahonde más, sintetice  
 Con repetido milagro;  
 Diga lo que nadie dice;  
 No importa que sea magro  
 Su pan, escaso su medro;  
 Tienda a una excelsitud,  
 Fronde y crezca como un cedro  
 Que busca la azul salud.

Celeste oriente del arte  
 Que a todos nos alucina,  
 La Gloria, justa, reparte  
 Ya aquí su rama divina.  
 Mi amistad, que no es de estopa,  
 Te da un gajo de laurel:  
 Aprovéchalo en tu sopa  
 Si no sabes qué hacer de él...

## Una conferencia de Julio Noé

**E**N el salón de actos públicos de *La Prensa* y bajo el patrocinio del Instituto Popular de Conferencias, nuestro amigo Julio Noé leyó el día 27 del corriente un interesante ensayo sobre el tema *Las nuevas tendencias de la literatura contemporánea*. Por más que el reducido espacio de una conferencia apenas permite esbozar los lineamientos generales de asunto tan vasto y complejo como es el que trató Noé, éste reveló, y no podía ser de otro modo, pleno dominio de la materia, un fino discernimiento de los matices y un simpático equilibrio en el juicio. Probablemente esta

conferencia será el núcleo inicial de un trabajo más extenso sobre el mismo tema.

Presentó al conferenciante el doctor Juan José Díaz Arana en un conceptuoso discurso en el cual sólo hemos lamentado que olvidara, al citar la labor realizada hasta la fecha por Noé, uno de sus más nobles esfuerzos: su activa dirección, durante tres años, de esta revista que no lo ha olvidado.

### Una nueva antología americana

**E**L escritor dominicano Manuel Cestero nos envía desde Nueva York la nota siguiente cuya publicación nos pide. Nos es muy grato complacerlo, aunque no entendemos bien el significado de la circular y el fin que se proponen sus remitentes:

En los primeros días de mayo último se fundó en la ciudad de Nueva York una sociedad que girará bajo la razón social de Compañía Editorial Continental. Forman esta sociedad jóvenes latinoamericanos y norteamericanos entusiastas que sienten viva simpatía por todo cuanto atañe a la América Española. La sociedad se propone propagar y dar a conocer tanto en Europa como en los Estados Unidos de Norte América, las letras hispanoamericanas que sólo son conocidas hasta la fecha al través de media docena de poetas, cuentistas, novelistas... que no han tenido la oportunidad, ya por apatía, ya por haberles faltado mano protectora o recursos propios para haberlo hecho por cuenta propia, de darse a conocer fuera de la tierra.

La Editorial Continental publicará cuatro grandes volúmenes de a 1500 páginas cada uno, en cuarto, ediciones de 25.000 ejemplares, lujosamente impresos, que recibirán gratis las universidades extranjeras, las bibliotecas, los centros artísticos, las redacciones de periódicos y revistas críticos, y los centros docentes. Los dos primeros volúmenes contendrán a todos los escritores a que nos referimos arriba, y los dos últimos a aquellos ya conocidos y traducidos a lenguas extranjeras.

Los escritores serán clasificados por países formando grupos. Y cada grupo será precedido de una amplia reseña acerca del país de origen. Reseña que estará a cargo de una alta mentalidad del mismo país de que se trate; si de Venezuela, dicha reseña será escrita por el notable crítico Jesús Semprum, si de Cuba, por Marques Sterling y así sucesivamente.

Esta reseña hablará de la cultura industrial, comercial, artística, literaria, del país sobre el cual sea escrita.

Quedan autorizados los poetas, a remitir al señor Manuel Cestero, director de la Compañía, que tiene su oficina privada en 201 West 120 Street, N. Y., hasta nueve poemas cortos o largos; los cuentistas, seis cuentos; los dramaturgos, dos dramas; los comediógrafos, dos comedias, los novelistas, dos esbozos breves, y los ensayistas, tres ensayos.

Estos originales deben venir bajo sobre certificado acompañado de la fotografía del autor con notas biográficas. Deben ser copiados en maquina o con letra muy buena. Las fotografías deben ser recientes para obtener buenos clisés que contribuyan a hermohear el libro.

Se recibirán originales hasta enero de 1925.

### Una biblioteca argentina en París

*Le Figaro* de París, que ya publica quincenalmente una página argentina, ha resuelto vincularse más estrechamente con nuestro país, instalando en su casa central, cuya importancia, tradición e irradiación son conocidas, una biblioteca de autores argentinos. A ella podrán concurrir por necesidad, curiosidad, esparcimiento o simple afán estudioso, no sólo nuestros compatriotas y los sudamericanos residentes o de paso en la gran ciudad, sino también los lectores españoles y muchas personas cultas de la misma Francia, que dominen el idioma y se interesen por nuestro país y nuestra literatura.

La idea pertenece al director de la agencia de Buenos Aires, señor Henry Grenier, y han sido invitados a que contribuyan a su realización los más conocidos escritores argentinos. Los envíos de los libros pueden hacerse a la agencia en Buenos Aires, instalada en la calle Juncal 1001.

### "Minerva"

C IERTAMENTE resulta simpático ver cómo las grandes casas editoras de libros saben ser a un mismo tiempo empresas industriales, e instrumentos de cultura, como es justo esperar de ellas. Se halla en este caso la *Calpe* de Madrid, cuya agencia en Buenos Aires publica, con el propósito de hacer conocer los libros que edita, una revista mensual, *Minerva*, que es algo más y mejor que un simple catálogo. Inteligentemente dirigida, *Minerva* es una publicación literaria ágil y amena en la cual las páginas puramente literarias se mezclan con las meditaciones filosóficas y las consideraciones de actualidad, y que a la vez que sirve de vehículo a las numerosas e importantes ediciones de la casa *Calpe*, instruye y entretiene.

### Agustín Millares Carló

H EAMOS tenido el vivo placer de recibir en esta casa al joven profesor de la Universidad Ceitral Dr. Agustín Millares Carló, quien dicta un curso de lingüística en nuestra facultad de

Filosofía y Letras, y dirige a la vez los trabajos del Instituto de Filología, de reciente creación en la misma.

Agustín Millares Carló es hijo, nieto y sobrino de hombres de letras. Continuando la tradición familiar, nuestro huésped se ha consagrado también a las letras, dirigiendo sus preferencias a una rama tal vez árida en sus aspectos externos, pero de innegable interés y atracción cuando se va hasta el plano en que el Dr. Millares la profesa.

El Dr. Millares ha venido a completar la obra del Dr. Castro, de quien es compañero en los trabajos seguidos en España bajo la dirección del eminente Menéndez Pidal.

Agustín Millares dirige el Archivo del Ayuntamiento de Madrid que es uno de los más ricos de España. No tiene aun treinta años y sus trabajos de cátedra y publicaciones le han conquistado una fama sólida y merecida.

No necesitamos decirle que NOSOTROS le ha tendido la mano con amistad sincera y se ha honrado con estrechar la suya, pues de él esperamos una fructífera obra, que contribuya a afianzar, en la forma más sólida, la solidaridad de raza y pensamiento.

El es sembrador en campo fértil.

“NOSOTROS”.

## EL COLEGIO INTERNACIONAL DE OLIVOS

1. pasado 22 de Mayo, el Colegio Internacional de Olivos que dirige el prestigioso educador don Francisco Chelia, celebró su acostumbrada fiesta anual con asistencia al magno banquete, del Ministro de Instrucción Pública Don Antonio Sagarna. A la cabecera de la mesa, entre numerosas personalidades de nuestro mundo literario y educacional,



Dr. Francisco Chelia, Director

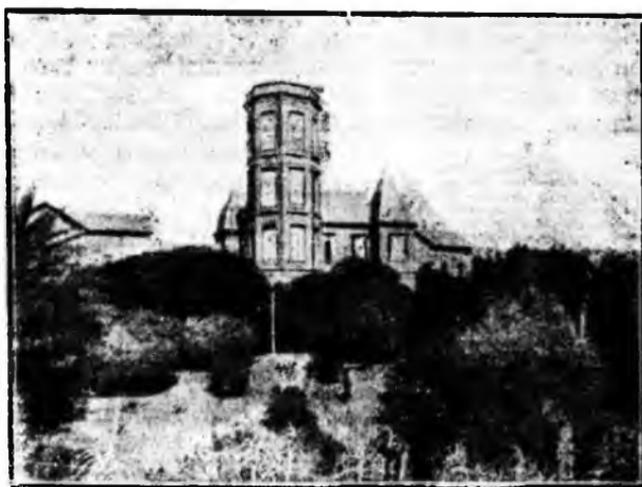
anotamos la presencia de José Ingenieros, Alfredo A. Bianchi, Roberto F. Giusti, Mariano Antonio Parreñechea, Aníbal Ponce, Eusebio Gómez, Pedro Coronado, Horacio González del Solar, Salvador Debenedetti, René Bastianini, Delfina Molina y Vedia de Bastianini, Adolfo Vázquez Gómez y Santiago Peralta. La fiesta, a la cual concurrieron todos los alumnos del Colegio, en simpática y jovial comunión con sus maestros y ex maestros, y las altas autoridades de la educación, comprobó una vez más qué ambiente de simpatía es el que rodea este importante instituto y qué espíritu, amplio y libre, a la vez que de serena cultura,

alienta en él, que más que un colegio es un hogar.

Altos merecimientos debe de haber alcanzado sin duda Francisco Chelia en la dirección de este establecimiento educativo, cuando el propio Ministro de Instrucción Pública no tuvo reparos

en levantarse a hablar largamente con simpática cordialidad y efusiva elocuencia. En efecto, no sabemos que haya en el país ninguna otra institución particular de la misma naturaleza que cumpla con sus fines con más eficiencia que ésta.

Su programa educativo es algo más que el vulgar prospecto comercial de muchos establecimientos similares, y de por sí ya define el Colegio y su espíritu. De las bases pedagógicas que sustentan ese programa, copiamos a continuación la primera: "El Colegio Internacional de Olivos es una institución educativa y de instrucción general, organizada sobre el régimen de la familia, a los efectos de obtener el mejor fruto de los elementos que los padres destinan a la enseñanza de sus hijos. El educador reemplaza a la familia natural en los cuidados, afectos y excitaciones que en el hogar conducen el espíritu del niño hacia las formas superiores



Vista de conjunto del Castillo

de conciencia y de cultura y hacia la confianza en el esfuerzo personal".

Tal es el criterio que informa los métodos de educación y enseñanza seguidos en el Colegio Internacional. El ha adoptado como leyes internas de funcionamiento los principios de solidaridad y de simpatía, cultivados aún con mayor benevolencia respecto de los débiles o deficientes; él proscribió de sus procedimientos todos los sistemas disciplinarios, confiando la reforma positiva y estable de la conducta de los niños a la sola influencia moral del educador, amigo maduro de sus alumnos; él confiere a los alumnos el uso común de todos sus bienes; escucha y discute; deja ocupar su tribuna por los niños; favorece todas las manifestaciones de la originalidad; no echa llave a ninguna puerta; propicia la libre inspiración y la iniciativa; se interesa por las opiniones de

los que se inician; levanta a los insignificantes; hace atmósfera al talento; procura, en una palabra, formar hombres con fuerza moral propia para llegar a todas las posiciones y para afirmar su entereza en cualquiera de los conflictos de la vida. Esta amplitud, lejos de ser un peligro, es un código de honor, inarticulado, que se apodera de los alumnos y los transforma para el buen acuerdo y para el trabajo.

Situado en el corazón de Olivos, sobre las pintorescas barrancas que miran al río, en medio de un admirable parque de varias manzanas, del cual disponen enteramente los alumnos, y dominando un amplísimo campo de juegos adyacente, que se extiende desde la vía férrea hasta el río, cuya costa le pertenece por varios centenares de metros, el Colegio Internacional puede competir por sus recursos materiales y por el valor de su enseñanza, ajustada a los planes de estudios oficiales y libre de toda influencia de secta o capilla — con los más celebrados institutos de la misma naturaleza, norteamericanos y europeos.



Un rincón del parque

Es así como sus alumnos conservan con él a través de los años una vinculación afectuosa, que se aviva antes que apagarse cuando dejan sus aulas para pasar a la Universidad, y los lleva frecuentemente a sentarse, hombres ya, con posición en la vida, a la misma mesa en que comieron durante su infancia y adolescencia la sana comida del Internado. ¡A cuántos vuelven a congregarse las fiestas anuales del Colegio, tal la reciente del 22 de Mayo!

Y ya que nos hemos referido al campo de juegos, recordemos que han sido muchos y sonados los triunfos obtenidos por este Colegio en los concursos deportivos — de fútbol, de tiro al blanco, de remo, de natación, etc., — y que en sus aulas se ha formado y en el río ribereño del Colegio aprendió a desplegar todas

sus admirables aptitudes, Maciel, el campeón de natación argentino, cuya presencia también fué festejada en la reciente fiesta.

Entre los varios instrumentos de cultura de que el Colegio se vale para completar su obra de enseñanza —gabinets, biblioteca, excursiones — debemos recordar en primer término la revista *Páginas*, que sirve para expresar la vida interna del Instituto y está abierta a la colaboración de profesores y alumnos. *Páginas* fué fundada en 1914 y celebrará, por consiguiente este año su décimo aniversario. Ciertamente representa para el Colegio Internacional una honrosa tradición. Revista rica de material, elegantemente impresa y bien dirigida, es algo más que una simple publicación escolar:

vale lo que muchos periódicos literarios juveniles de mayores pretensiones. En ella se iniciaron y formaron algunos jóvenes escritores que honran la nueva generación: Pedro González Castellú, Ernesto Laclau, Enrique M. Amorim, Juan Carlos Bernárdez, Félix Gallo y otros amigos de NOSOTROS.

Sería largo enumerar todas las excelencias de este Colegio que, fundado antes del 90 en la ciudad de Bs. Aires por el sabio



Avenida de los robles

educador italiano don Carlos Alberto Porchiatti, dirige ahora, con mano diestra y dedicación cariñosa de pedagogo por vocación natural, Francisco Chelia, doctor en Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Bastaría citar los nombres de los maestros que en él han enseñado, muchos de los cuales ocupan hoy eminentes posiciones en la enseñanza, para declarar cuál es la que en sus aulas se imparte. En verdad, la República Argentina, que en este terreno puede ufanarse de haber realizado admirables esfuerzos, puede señalar a la admiración de los extraños este instituto particular de carácter netamente laico, como es el Colegio Internacional de Olivos.